





**Alberto Hidalgo**

**España no existe**

CARLOS GARCÍA (ED.)

COLECCIÓN EL FUEGO NUEVO. TEXTOS RECOBRADOS, N.º 4





**Alberto Hidalgo**

**España no existe**

CARLOS GARCÍA (ED.)

Iberoamericana · Vervuert · 2007

**Bibliographic information published by Die Deutsche Nationalbibliothek.**

Die Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet at <<http://dnb.ddb.de>>.

**Reservados todos los derechos**

Introducción, notas, bibliografía:

© Carlos García (Hamburg)

© Iberoamericana, 2007

Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22

Fax: +34 91 429 53 97

[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)

[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

© Vervuert, 2007

Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17

Fax: +49 69 597 87 43

[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)

[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

ISBN 978-84-8489-296-0 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-86527-327-7 (Vervuert)

Depósito Legal:

Cubierta:

Impreso en España

The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO 9706

# ÍNDICE GENERAL

## CARLOS GARCÍA:

INTRODUCCIÓN .....	11
--------------------	----

## ALBERTO HIDALGO:

<i>Muertos, heridos y contusos</i> (1920) .....	17
---	----

PRÓLOGO .....	19
ESPAÑOLES .....	21
• Ramón Gómez de la Serna .....	21
• Ramón del Valle Inclán .....	26
• Ricardo León .....	28
• Ramón Pérez de Ayala .....	30
• Eduardo Marquina .....	33
• Hermanos González Blanco .....	35
• Antonio de Hoyos .....	37
• Rafael Cansinos Assens .....	40
• Azorín .....	43
• Julio Cejador .....	46
• MOSCARDONES: Vicente Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez, Emilio Cotarelo, Eduardo Zamacois, Gregorio Martínez Sierra, Julio Casares .....	49

<i>España no existe</i> (1921) .....	53
--------------------------------------	----

INTROITO .....	57
----------------	----

## I

LAS CIUDADES .....	61
EL PAISAJE .....	63
LAS IDEAS .....	64

## II

EL IDIOMA .....	67
-----------------	----

LA ORATORIA .....	69
LA ADJETIVACIÓN .....	72
LA HIPÉRBOLE .....	73
ESTÁ BIEN .....	75
¡COSAS DE ESPAÑA! .....	77

### III

NOMINACIÓN DE LAS CALLES .....	83
NO HAY BAÑO, PERO SE DA BUEN TRATO .....	84
ESOS LETREROS .....	86
UN CASO .....	87

### IV

LOS NOBLES .....	89
LOS CIEGOS .....	90
EL HORIZONTALISMO .....	91

### V

LA CULTURA MEDIA .....	93
EL BUEN GUSTO .....	95
TOROS Y TOREROS .....	97

### VI

LA CUESTIÓN DE ÁFRICA .....	99
EL ULTRAÍSMO .....	102
NOSOTROS .....	105
CONCLUSIÓN .....	108

## CARLOS GARCÍA:

<b>APÉNDICES .....</b>	<b>111</b>
I. Notas sobre <i>España no existe</i> (1921) .....	113
II. Alberto Hidalgo y Guillermo de Torre (1920-1933) .....	131
III. El <i>Índice</i> de Hidalgo (1926) .....	151

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE ALBERTO HIDALGO .....

185

El presente volumen contiene los capítulos dedicados a escritores españoles del libro *Muertos, heridos y contusos* (1920) y el texto completo de *España no existe* (1921).



# INTRODUCCIÓN

## CARLOS GARCÍA

A riesgo de provocar las iras póstumas del biografiado, comenzaremos haciendo una ubicación de Hidalgo<sup>1</sup>.

Alberto Hidalgo Lobato nació en Arequipa (Perú), el 23 de mayo de 1897, y falleció en Buenos Aires (Argentina) el 12 de noviembre de 1967.

Comenzó a publicar, hacia 1915, en revistas peruanas. Sus primeros dos poemarios dejan reconocer que aparecieron en plena Guerra Mundial: *Arenga lírica al Emperador de Alemania* (1916), donde da pruebas de un desaforado y absurdo filogermanismo, y *Panoplia lírica* (1917).

A pesar del tono marcial y altisonante, la poética de sus primeros libros no es vanguardista ni merece, a decir verdad, mayor atención. Hidalgo parece haberlo visto de otra manera: en el segundo volumen arriesga una “Exégesis estética”, proclama “La Religión del Yo” que practicará a lo

---

<sup>1</sup> Véanse sus diatribas al respecto: “Cuando hace unos años un escritor americano [es decir, Hidalgo mismo] publicó su *Ubicación de Lenin*, floreció la era de las ubicaciones. Borges se apuntó con una *Ubicación de Almafuerte*; otro apareció en Montevideo con una *Ubicación de Rodó*. En fin, salieron muchas ubicaciones. Hasta últimamente hemos visto por ahí una *Ubicación de Drieu La Rochelle*. En fin...” (“Vicios de nomenclatura”, en: *Crisol*, Buenos Aires, 27-VII-32). Poco después repetirá su queja: “Entre nosotros nada se respeta. Hay mil casos de uso de títulos y textos ajenos, y nadie ha obtenido nunca justicia. Citemos un caso, al azar. Cierto autor de aquí [otra vez Hidalgo] publicó en 1926 una obra con el título de *Ubicación de Lenin*. Jorge Luis Borges, varios meses después, publicó en *La Prensa* y luego en uno de sus libros, una *Ubicación de Almafuerte*. Más tarde, José Carlos Mariátegui, el gran escritor fallecido hace dos años, publicaba en una revista una *Ubicación de Hidalgo*, y ese trabajo constituye uno de los capítulos de su magnífico libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Raúl González Tuñón, hace no muchos meses publicó en cierto diario una *Ubicación de Drieu la Rochelle*. Además muchos escritores de menor cuantía hacen a cada rato *ubicaciones* en el sentido conceptual de la palabra [del] que primero la empleó. ¿Tendremos algún día una buena ley de propiedad literaria?” (“Entre nosotros”, en: *Crisol*, Buenos Aires, 26-II-33). Sobre las publicaciones de Hidalgo en *Crisol* véase Martín Greco: “El crisol del fascismo. Alberto Hidalgo en la década del 30”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 335-386.

largo de su vida, e incluye en una sección titulada “Plus Ultra”, la “más audaz y valiente” del libro, el contenido de su primer poemario y un manifiesto titulado “La nueva poesía”, que comienza (95-96):

Yo soi un bardo nuevo de concepto i de forma,  
 yo soi un visionario de veinte años de edad  
 yo traigo en el cerebro la luz inmensa i pura  
 que alumbrará la senda por donde se ha de andar,  
 yo soi un empresario vidente del Futuro  
 i por eso os hablo, poetas, escuchad:

Dejemos ya los viejos motivos trasnochados  
 i cantemos al Músculo, a la Fuerza, al Vigor;  
 alejémonos algo del mundo en que vivimos  
 para buscar los ritmos de la nueva canción;  
 que el águila bravía i audaz del Pensamiento  
 vuele sobre otro campos i bajo de otro sol.

Hidalgo es por estas fechas apenas un epígono, y ni siquiera bueno, de muchos otros poetas, incluidos el mexicano Enrique González Martínez y el argentino Leopoldo Lugones. Ello basta para que en Perú alcance cierta notoriedad.

Paralelamente, Hidalgo comienza a publicar medallones de literatos y políticos peruanos que se caracterizan por su mordacidad, y que irá recogiendo en *Hombres y bestias. Bocetos críticos* (1918), *Las voces de colores* (1918) y *Jardín zoológico* (1919). Ya en 1919 planeaba una antología de sus panfletos que no llegó a aparecer.

Hidalgo comenzó a enviar colaboraciones a Buenos Aires hacia 1917. Al pasar a la capital argentina en 1919, ciudad donde viviría, con pocas interrupciones, el resto de sus días, recopila y publica una selección de su obra poética titulada *Joyería. Poemas escogidos*, que recoge piezas de *Panoplia lírica*, *Las voces de colores* y del nonato poemario *La sombra de Hércules*.

En 1920 Hidalgo emprendió un viaje a España. En Madrid conversó con algunos *grandes* del momento, escribió sobre ello polémicas glosas y publicó infamantes entrevistas, tal como lo había hecho ya, en Perú, con personalidades de su país, y lo haría con otras argentinas e hispanoamericanas.

Tras el regreso a Buenos Aires publicó *Muertos, heridos y contusos* (1920): desenmascara allí a personas y personajes de la vida cultural en

lengua española: peruanos, argentinos, españoles, y algún hispanoamericano radicado en Madrid<sup>2</sup>.

El golpe siguiente, *España no existe. Conferencia leída en un café de Madrid, ante una veintena de amigos, el 25 de julio de 1920*, apareció en Buenos Aires en el segundo semestre de 1921. Hidalgo pasa allí revista a diversos aspectos de la vida y el pensamiento españoles, sólo para infamarlos. Nada se salva de su crítica o su desprecio: ni el paisaje, ni la mentalidad, ni la comida, ni el lenguaje, ni siquiera la tan sonada belleza de las mujeres. El capítulo dedicado al ultraísmo, movimiento de avanzada español surgido al filo de los años 1918-1919, es una violenta crítica de la literatura joven del momento<sup>3</sup>.

A pesar de que algunos autores adscriben erróneamente la obra temprana de Hidalgo al futurismo, su primer intento de hacer poesía de avanzada aparece tímidamente en *Tu libro* (1922), y continúa en *química del espíritu* (publicado en 1923, aunque su composición es de fecha incierta), con prólogo de Ramón Gómez de la Serna, a quien había conocido en Pombo en 1920.

Ya desde 1923 Hidalgo venía publicando en revistas de Buenos Aires los poemas que integrarían en 1925 su libro *Simplismo. Poemas inventados*, que apareció precedido por un largo texto explicativo en prosa: “Invitación a la vida poética”, el cual halló una resonancia crítica en Argentina, por parte de Ricardo Güiraldes y, más aún, de Borges.

Aparte de ese “ismo”, que ni era del todo original ni halló muchos cultores, Hidalgo creó el “poema de varios lados”. Al respecto dirá en su “Pequeña retórica personal” (*Amauta* I.6, Lima, febrero de 1927, p. 8):

Al poema corriente y moliente se le llama con bastante acierto una *composición*; del poema de varios lados se podrá decir que es una *construcción*. Hago un poema del mismo modo que edificaría una casa; pongo ladrillo por ladrillo, y si bien es lo más seguro entrar en ella por la puerta del frente, también se puede hacerlo por la del fondo y aun por las ventanas.

<sup>2</sup> Véase una selección de textos de Hidalgo dirigidos contra autores peruanos en *De muertos, heridos y contusos. Libelos de Alberto Hidalgo*. Edición y epílogo de Álvaro Sarco. Prólogo: Fernando Iwasaki. Lima: Sur Librería Anticuaría, 2004. En el presente volumen sólo se recogen los textos relacionados expresamente con autores españoles.

<sup>3</sup> Sobre este libro, que propone varios enigmas al estudioso, cfr. aquí mi trabajo “Notas sobre *España no existe* (1921)”.

Paralelamente, dio a luz en Buenos Aires una revista literaria, que alcanzó 8 números y es hoy muy difícil de hallar: *Eldorado. Semanario de la vida literaria argentina* (1924).

El momento de mayor integración de Hidalgo en el panorama de la literatura argentina va de mediados de 1924 a fines de 1928: al comienzo está la fundación de su revista *Eldorado*; en el centro, el *Índice de la nueva poesía americana* (con un prólogo tripartito: una parte suya, otra del chileno Huidobro y la última de Borges) y al final, *Pulso. Revista del arte de ahora*, en la cual colaboraron, aparte de Macedonio Fernández (con quien Hidalgo mantuvo por años una intensa amistad y correspondencia) numerosos autores jóvenes: Homero Guglielmini, Amado Villar, Leopoldo Marechal, Brandán Caraffa, Raúl Scalabrini Ortiz, Carlos Mastronardi, Roberto Arlt, Silva Valdés, Roberto A. Ortelli, Nicolás Olivari, Raúl González Tuñón, Lisardo Zía, Eduardo González Lanuza, Bernardo Canal Feijóo, Ilka Krupkin y muchos otros...

Hidalgo no tendría ni antes ni después una relación más estrecha con los órganos o los integrantes del campo literario de avanzada, que, por lo demás, se dispersaría a finales de la década.

A partir de 1925 Hidalgo dirige una peña y publica en el periódico *Martín Fierro*, donde otros autores jóvenes del momento (Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza) escriben elogiosamente sobre él. En 1926 dirigirá la famosa *Revista Oral*, de la cual, precisamente por sus características, poco ha sobrevivido, salvo en el anecdotario porteño y en dos separatas en forma de volantes. A partir de 1927, tras la aparición de *Los sapos y otras personas*<sup>4</sup>, comienza a decaer su estrella, quizás por lo que dice Macedonio Fernández en carta a Ramón Gómez de la Serna del 3 de noviembre de 1928 (*M. Fernández: Epistolario. Obras Completas*, II, Buenos Aires: Corregidor, 1976, 48):

Yo [a Hidalgo] lo trato con gusto en privado, en público procedo con retraimiento, lo que él comprende y aprueba, en vista de haberse él declarado acerbamente contra argentinos benévolos y muchos, inteligentes.

---

<sup>4</sup> El volumen ha sido reeditado recientemente bajo el título *Cuentos*. Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca, con notas de los nombrados y de Carlos García. Lima: talleres tipográficos, 2005.

Dos de esos argentinos eran Borges y Girondo, con quienes Hidalgo cuidó por años una íntima enemistad, voceada en varias de sus producciones y, en el primer caso, en algunas cartas abiertas, publicadas en la prensa de la época.

A pesar del tamaño, la variedad y la calidad de su obra, que abarcó numerosos géneros (poesía, relato, novela, periodismo, panfletos políticos y obras de teatro), Hidalgo no terminaría de pertenecer al *establishment* literario argentino. Su tendencia al libelo y su regodeo en la caracterización infamante le cerraron muchas puertas.

Sus libros no hallaron en la prensa especializada el eco que Hidalgo esperaba. En la década del treinta, acuciado por problemas económicos, debió prodigarse en la prensa. Para subsistir, tradujo o compuso, además, varios volúmenes de difusión científica, entre ellos una paráfrasis de la obra de Freud en 10 volúmenes, bajo el seudónimo Dr. J. Gómez Nerea (*Freud al alcance de todos*. Buenos Aires: Tor, 1935-1946).

También en esa “década infame” comentó el quehacer literario argentino y europeo en el periódico fascista y antisemita *Crisol*, donde dio a su proverbial maledicencia un giro políticamente incorrecto.

En la década del cuarenta tenía en el diario *El Mundo* una rúbrica que se ocupaba de todo, incluido, de vez en cuando, lo literario. En los últimos años publicó algunas obras teatrales; poco antes de su muerte se le otorgó un premio y se realizó una antología de sus poemas, pero poco más se ha hecho desde entonces.

En Perú, su país natal, su fortuna no fue mayor. Tras la aparición en 1997 de una antología poética, se comienza lentamente a revalorizar su obra, según muestra la reedición de su poemario *química del espíritu* (2001), de algunos de sus libelos (2004), de sus *Cuentos* (2005), y de un abultado volumen con textos tuyos y sobre él (2006). Se preparan también reediciones de *Diario de mi sentimiento* (1937) y de otros títulos<sup>5</sup>.

Nada similar ocurre hasta hoy en Argentina. A su muerte en 1967 se le dispensaron algunos honores, pero la crítica le ha vuelto desde entonces la

---

<sup>5</sup> Por mi parte, preparo ediciones comentadas de dos epistolarios de Hidalgo: con el mexicano Alfonso Reyes y con el argentino Macedonio Fernández.

espalda. En los últimos años, sólo hemos constatado la aparición de un artículo en el año 2005<sup>6</sup>.

El presente volumen aspira a rescatar del inmerecido olvido a una de las figuras principales de la vanguardia histórica sudamericana, protagonista de una época ya lejana, en que Argentina y España estaban aún entrelazadas, para bien y para mal de ambas.

Contiene los capítulos dedicados por Hidalgo a los autores españoles en *Muertos, heridos y contusos* (1920), y a continuación el texto completo de *España no existe* (1921). La ortografía y la puntuación han sido ligeramente modernizadas.

En un Apéndice final se recogen los siguientes trabajos de mi autoría: “Notas sobre *España no existe* (1921)”, “Alberto Hidalgo y Guillermo de Torre (1920-1933)”, y “El Índice de Hidalgo (1926)”.

Cierra el volumen una bibliografía que contiene los trabajos principales de Hidalgo.

Carlos García  
(Hamburg, agosto-diciembre de 2006)

---

<sup>6</sup> Ariel Fleischer: “Alberto Hidalgo: un vanguardista peruano en las Pampas”, en: *Esperando a Godot 2*, Buenos Aires, marzo de 2005, pp. 14-17.

*Muertos, heridos y contusos*

ALBERTO HIDALGO



## PRÓLOGO

Este volumen es hermano del que, con el título de *Joyería*, publicó el año pasado la Editorial Virtus, de Buenos Aires<sup>1</sup>. Ambos son selecciones de mi labor, aquél en verso, éste en prosa. De aquí su carácter relativamente transitorio.

*Muertos, heridos y contusos* ha sido formado con artículos procedentes de cinco libros míos, en preparación unos y publicados otros. El lector se servirá disculpar estos enredos, debidos a la prisa con que se ha producido mi obra y al noble afán de mejorarla cuanto antes, afán dictado por la ponderación de la madurez que, por desgracia, se me viene encima...

Hay aquí muchas páginas agresivas, violentas, rudas. Por ellas, como insultándome, se me ha llamado panfletario. Acepto el mote y lo agradezco. Es del “panfleto” de lo que suele hablarse con más injusticia y menos conocimiento. Los jovencitos de la aristocracia, sabios en fraseología de mermelada, si por acaso inician su lectura, siéntense tímidos y pierden la cabeza; los colores huyen de sus caritas rasuradas prematuramente, los labios se les secan y los cabellos se les ponen punta al cielo. Luego podría constatarse el estado de catalepsia. Es que la frase enérgica, el concepto valiente y el vocablo agresivo no nacieron en Sodoma. A los horteras les pasa algo parecido. Como tienen el cerebro adoquinado no podrán comprender nunca que hay cosas muy por encima de las palabras de pepermín, tan gratas a sus oídos. Es, pues, natural, en aquéllos y éstos, el desprecio que sienten por el panfleto.

---

<sup>1</sup> El presente libro, adquirido por la editorial América, de Madrid, para su biblioteca “Andrés Bello”, aparece ahora en Buenos Aires por circunstancias puramente fortuitas. A poco de volver de Europa, el autor, movido por un elemental deber de caballerosidad, decidió retirar uno de los artículos que entonces lo integraban. A este fin dirigió un cablegrama al director de la citada editorial, suplicándole el aplazamiento de la publicación. Salvo la supresión aludida, el texto, aunque algunos párrafos han sido ligeramente retocados, no ha sufrido ninguna alteración. Blanco-Fombona, gran maestro de caballeros, entre otras muchas artes de que es maestro, sabrá disculpar este cambio, no debido a flaqueza de opiniones, que sí a obediencia de las reglas de la cortesía y la gratitud.

Se hace cada día más necesario definir su posición literaria. En estos últimos tiempos se ha pretendido, degenerándolo, darle un carácter que no tiene. El panfleto es algo que está bien lejos de la grosería arrabalera. No basta ser soez para dominarlo. La procacidad es propia de carreteros. Como que el arte es manifestación espiritual, la inmundicia tiene que andar alejada de él, porque de ella es sólo susceptible la materia. La grasa es propia del cuerpo, no del alma. De allí resulta que todos esos que imaginan arte, y el panfleto es un arte, lo que no pasa de ser insulto grueso y sin gracia, se engañan como mujeres a los pocos instantes de conocer a un hombre. De lo contrario, nos veríamos en la obligación de dar el dictado de panfletario a cualquier tipo agresivo, con alma de lustrabotas y cultura de mozo de café.

Por otro lado, el panfleto tiene un abolengo verdaderamente ilustre. ¿Con quién nació? Lo ignoramos. Pero ya Dante nos dio pruebas de conocerlo bien. Muchos pasajes del Infierno son panfletos terribles. Hay tercetos suyos que hieren como tres puñales. Victor Hugo también fue maestro en eso de arrojar sobre las espaldas de los imbéciles un cargamento de gases inflamables. Los castigos, aparte las bellezas subjetivas, ¿no son explosiones fulminantes de una cólera que a veces llega a lo salvaje? Son poemas empapados en fuego (¡qué bien está la metáfora!). Sus alejandrinos son como llamas que por momentos pretenden incender el alma de los lectores. Cuando se les lee, uno tiene necesidad de pedir agua, jagual!, porque siente que se quema por dentro. Aquello sí que abrasa. León Bloy, por su parte, llega a lo inaudito. Se coloca más allá de la vida. No respeta nada, ni la muerte. Es una fiera. Está al margen de todo, por encima de todo. Si Victor Hugo aplasta, León Bloy sacude; aquél entontece, éste martiriza; el uno ahoga, el otro tritura.

Inocente cordero siéntome al lado de estos jaguares. Ellos asestan puñaladas, yo hundo la punta de un alfiler. Mis rasguños, después de todo, resultan inofensivos...

A. H.  
Madrid, 1920

## ESPAÑOLES

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

En el número 44 de la calle María de Molina, por los quintos apurados, en las afueras de la ciudad, cerca del campo, más allá de la vida, es decir, en el infierno, vive el mejor, por no decir el único gran pensador que hoy tiene España: Ramón Gómez de la Serna. ¿Por qué no me he de permitir el lujo de dogmatizar, yo, que nunca he dogmatizado? Fíjese bien en que he dicho el único gran pensador de hoy. Baroja, Azorín, Unamuno son de ayer. Están pasando.

La primera impresión que hace Gómez de la Serna es muy desagradable. Parece un corcho de botella de champaña. Tiene la cabeza redonda como una bola de billar. La cara es un queso de Holanda. Es bajito, mofletudo y rechoncho. Ni moreno ni blanco, a simple vista tiene una traza de bodeguero, o, a lo sumo, de hijo de bodeguero. Uno no cree ni quiere creer que este cuerpo sea el de Gómez de la Serna. No, no debe ser. Será un cuerpo postizo dentro del cual ha de haberse metido para despistar a los acreedores. Sí, sí, eso es, se dice uno, en mirándole los ojos, que no son los que corresponden a ese cuerpo. ¡Ah, los ojos de Ramón! Uno los mira fijamente, exclusivamente a ellos, y entonces tiene ganas de decirles: “¿Quién los ha metido a ustedes en esos inmundos agujeros? ¡Salgan de ahí!”. Porque eso parecen los ojos de Gómez de la Serna: los de una persona que nos estuviera mirando a través de unos agujeros hechos en la pared. Al fin acabamos creyendo la dolorosa verdad: éste es Gómez de la Serna en cuerpo y alma; éste el que ha escrito *Greguerías*, *Muestrario*, etc.

Gómez de la Serna ¿qué cosa es? ¿Un literato?, ¿un filósofo?, ¿un crítico?, ¿un periodista? Es todo y nada. Él se llama un “mirador”, es decir, un hombre que mira, y no –cual pudiera sospechar algún idiota– la galería o azotea desde la cual se mira. “Yo estoy –dice– entre la vida y la muerte, no tengo espalda ni cerrazón auténtica y estoy igualmente satisfecho de vivir o morir; yo estoy pasmado de ‘estar’, y mi única superfluidad es la de inventar cosas en el sentido del capricho sincero y de hacer una justicia aventurada, leal y desapasionada, aunque jamás fría, una justicia cor-

dial, apoyada en la observación, en lo que yo he visto y espero que se puede decir de las cosas, dispuesto a todo como en esa última hora del reo tranquilo en la capilla, como quien prefiere esperar el atentado personal, como un rey, pero sin descender a otra clase de refriegas como él no desciende. Yo lo espero todo. Yo no lo busco. Pero ha de venir. Yo sólo escribo y paso con la conciencia de que voy a morir y de que debo mirar las cosas con diafanidad, viéndolas perderse o continuar, pero evitando que se las pinte queriendo ser más de lo que son, evitando su dictadura y descomponiendo su sentido, siempre supuesto, lo más graciosa y paradójicamente que pueda. Así me entrego a mi labor, cayendo en mi cama desde hace ya muchos años después del alba, como el que entra en el sueño del yodoformo, en el carricoche de las operaciones del hospital, como el que no sabe si saldrá o no saldrá de la operación”.

Gómez de la Serna es un escritor nacido por generación espontánea. No se debe a ninguna escuela ni a ningún maestro; no está sujeto a ningún método ni a ningún código. Hace lo que le da la gana. Hoy escribe esquemáticamente, mañana se diluye; un día hace crítica, otro periodismo; ya llora, ya sonríe.

¿Escribe bien? ¿Escribe mal? Las dos cosas: bien, porque se deja entender; mal, porque con la preceptiva se limpia las asentaderas. Y en este punto yo paro mientes. Lo que se ha dicho de Baroja, puede decirse de Gómez de la Serna: su sintaxis es otra manifestación, no menos rotunda y evidente que las anteriores, de su personalidad, porque es una sintaxis propia, que ha nacido en él, con él y para él.

Más argumentos en favor suyo. Gómez de la Serna ha hecho escuela, no escuela pequeña, limitada por las fronteras de su patria. Es una escuela que cuenta con muchos discípulos, que ha traspuesto las fronteras españolas y ha atravesado el mar, como Colón hace cientos de años. En América, Gómez de la Serna tiene secuaces, amigos y entusiastas. ¿Cuántos escritores lograron eso a los treinta años?

\* \* \*

Ramón, así suele firmar y así le llaman los amigos, es sencillo y apartado, tranquilo y arrebatado, vehemente y sereno. Quiero decir que es un hombre completo. Sincero, de una sinceridad aplastante, él, que es un exclusivista al que no le entran balas, da sus opiniones, aun las más audaces, con aplomo y desenfado tan mayúsculos que suelen descon-

certar. Afirma, verbigracia, que José Gutiérrez Solana es el primer pintor, el único pintor español verdaderamente genial. A su lado, según él, Zuloaga, Sorolla y Anglada son unos bodoques. Yo no quiero ni puedo dar opinión sobre Solana, porque no lo he estudiado. He visto sus cuadros a simple vista, epidérmicamente. Pero desde luego me atrevo a asegurar que el nuevo dogma obedece en Gómez de la Serna a un interés bastante justificable: el de tener en su grupo un pintor de renombre, formado por él, creación suya.

—De todos los tuyos, ¿qué libro le satisface más?

—*Muestrario*.

—¿Y su teatro?

—Mi teatro, aun las cosas hechas con cariño y que han salido acertadas, tiene poca importancia. Yo no hago teatro por dos razones: primera, que no me gusta; y segunda, que me parece un género inferior, algo mecánico, sistemático, sin espontaneidad. Y es por esto mismo que no hago novelas. La novela siempre me parece insincera, porque se la llena de escenas y más escenas para estirarla hasta las cien hasta doscientas, hasta las trescientas páginas. Y aunque se escriba cosas bellísimas, eso es una estafa que se hace uno a sí mismo, una defraudación.

—¿Ha hecho usted su carrera con facilidad?

—Al contrario. He sufrido mucho. Cuando comencé a escribir y logré introducirme en un periódico, hube de librarme las batallas más atroces. La gente de letras se abalanzó sobre mí para destrozarme, como si hubiera cometido un delito. Me cerraron todas las puertas. Hubo insultos, anónimos, infamias y calumnias. No querían reconocerme nada. Me llamaban loco, imbécil y otras barbaridades por el estilo. Luego, cuando se fijó en mí la atención del público y se dieron cuenta de que lo que yo hacía era literatura para el porvenir, lo que se está haciendo hoy —por qué callarlo?—, lo que se hará mañana todavía, entonces comenzaron a imitarme, aunque en forma solapada. Éste fue el momento más difícil para mí, porque como ellos tenían la prensa a sus órdenes y mis cosas apenas se publicaban por commiseración una vez al año, iba yo a aparecer ante la posteridad como imitador, como plagiario. Felizmente...

Y Gómez de la Serna sonrió como sonríe el que llega a puerto después de muchos días de navegación. Hoy, ya es respetado, leído y, lo que es más, contado en el número de los que gozan de inmunidad. Los mismos escritores cincuentones han dejado de guiñarle el ojo. Azorín tiene por él verdadera admiración. Precisamente, hace pocas tardes, con-

versando con José Ortega Gasset, le oí decir que “Gómez de la Serna es uno de los pocos escritores jóvenes a quienes se debe saludar con el sombrero en la mano”.

Y eso me parece que es una realidad...

\* \* \*

“El Café, cualquier Café es un lugar admirable, la única asociación verdaderamente libre, igualitaria y limpia de dogmatismo y de oligarquía; la institución más independiente; los modernos senadoconsultos, donde se reúnen los españoles en secciones sin presidencia ni objeto; donde viven una vida larga y suya; donde se sienta la ciudad dejándose tratar más directamente y donde además dan café: un elixir enjundioso de fórmula secreta; un elixir espeso, acre, trascendental, especioso, que aviva la vida infundiéndola esa seguridad sin objeto, que es a lo más a que puede llegar la vida; un elixir en el que se degusta la esencia de lo exterior, de lo extraño, de lo público, de lo ambiente, de lo trashumante; algo que no es precisamente café, ya que lo que se prepara familiarmente con la certeza de que lo es, en otra cosa más casera, más líquida y más insípida por más que sea más rica; una cosa a la que falta algo que, por decirlo de algún modo, no es sabor, sino significado, significación”. “El Café no es el triunfo de todos aunque lo parezca; lo es gloriosamente sólo de los que se adelantan al tiempo, de los que se anticipan, de los que ven desde fuera de todos sus intereses creados, de los que no tienen esa seguridad que sólo se adquiere estando, no seguro, sino *en el seguro*”. Este elogio del Café puede sorprender en América, pero no en España. Quizá por eso convendría decir el Café español, no el Café, en general. En Buenos Aires, por ejemplo, existe el Café sin café. El Café donde se va a tomar cerveza exclusivamente y donde muchas veces no hay café; el Café donde se da una cita amorosa; el Café donde se descansa cinco o diez minutos; el Café, en fin, donde se va a oír música y donde si se toma café se hace sólo para justificar ante uno mismo el haber ido al Café. En España se tiene un concepto más serio del Café, un concepto religioso, ritual, litúrgico. Al Café no van los enamorados, ni los borrachos, ni los alegres. Todo ha de ser recogimiento, reverencia, introversión. Se tiene tanto respeto por él, que cuando dos personas quieren abofetearse, salen a la calle, lo cual ya es el colmo.

Uno de estos Cafés españoles, el más solemne de todos, se llama Pombo. Pombo se ha hecho célebre literariamente porque Gómez de la

Serna y más de una docena de artistas se reúnen en él todos los sábados. Vamos a Pombo.

Los “pombianos”, antes que de otra cosa, hacen efecto de amigos burgueses. No tienen barriga ni fuman en pipa yo no sé por qué. Algunos de ellos, según se me antoja, no saben ni por qué son “pombianos”. Yo creo que hay jóvenes que van sólo por curiosidad y para darse el lujo, tirándose hacia atrás, e hinchando el cuello, de decirles a sus amigos o a sus novias: “¡Yo soy amigo de Gómez de la Serna! ¡Yo voy a Pombo!”. Claro está que en cambio va gente de mucho valer y no menos prestigio. Ahí he conocido, para no citar sino a los más importantes, a Pedro Emilio Coll y a Bagaría.

Pedro Emilio Coll, todo un señor escritor, gusta desde el principio, por esa línea recta que se descubre luego entre él y su obra. Los que hayan leído *Palabras* y *El castillo de Elsinor* pueden estar seguros de que ya le conocen personalmente. Es un espíritu eutrapélico, reposado, ponderado. No se arrebata, no dogmatiza, no discute. Y luego, es tan inteligente, tan elocuente, que casi no habla.

Bagaría, al revés de Coll, habla mucho y algunas veces enérgicamente. Por cierto que me desconcertó al principio su figura de gañán, de campesino toscio. Es un hombre alto, fuerte, con una estampa de toro joven que no le sienta bien siendo como es un artista delicado, un humorista sutil, un dibujante alambicado dentro de su exquisita y rara complejidad.

Ramón Gómez de la Serna es como el jefe de este grupo. Se sienta un poco en el Café, hacia el centro de la mesa, con un aire papal. Conduce discusiones, apacigua acaloramientos y chilla de cuando en cuando. Su misma cara redonda le da cierto aspecto de Sumo Pontífice. Así nos resulta un pontífice joven y con patillas. Ya muy avanzada la mañana, se marcha, rodeado por todos, y en la calle levanta la cabeza hacia el cielo, y saluda a la aurora con una mirada fraternal...

## RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN<sup>2</sup>

Días pasados, un joven amigo mío, bastante inteligente y leído, me hizo una especie de interrogatorio sobre la actual literatura española. Le manifesté mi escaso entusiasmo por los escritores de España, y como él me dijese que era desatinada mi opinión y me preguntase si creía que todos los españoles son unas malas bestias, hube de contestarle repitiéndole seis u ocho nombres que, en mi concepto, son los únicos que pueden salvarse de este mar de estupidez y fraseología que es la literatura de hoy en España. Entre esos nombres no estaba el de don Ramón Javier María del Valle-Inclán y Montenegro. Suponiendo mi interlocutor que me hubiese olvidado del “gran don Ramón de las barbas del chivo”, me lo recordó. Le repuse:

—Don Ramón del Valle-Inclán, ciertamente, no merece ser despreciado, pero creo que tampoco es acreedor de mi respeto.

Poco faltó para que le diese un vahído. Abrió tamaña boca, se puso pálido y se quedó petrificado en el asiento, con ganas de no levantarse nunca. Por felicidad mía, estaba el chico sentado. Si mi respuesta la recibe de pie, de seguro que se hubiera caído al suelo y roto el cráneo por lo menos. Después de unos minutos, que aprovechó para tomar aire, rugió:

—¡Qué herejía!

—Sí mi amigo. Esto le parece a usted una herejía y crea que a mí también me lo hubiera parecido si hace dos años alguien me lo hubiese dicho. Cuando se es joven y se lee por primera vez a Valle-Inclán, se entusiasma uno más de lo necesario con la elegancia de sus frases, la limpidez de su estilo y la casticidad de su lenguaje. Después que uno ha ido creciendo en edad y en estudios, se va despegando poco a poco de aquella admiración, porque ya no buscamos únicamente en el escritor la pureza de su verbo sino también, y acaso de modo especial, la solidez de su pensamiento o la grandeza de su imaginación, que nos produzcan o el deleite de pensar o el placer de sentir. Y Valle-Inclán, amigo mío, no satisface entonces nuestras aspiraciones, porque él no sabe ni pensar ni hacer pensar, ni sentir ni hacer sentir. Él no pasa de escribir bien, todo lo maravillosamente bien que usted quiera. Me dirá quizás, que eso es suficiente para ganarse la inmortalidad. Pero yo le responderé dejando que el tiempo lo diga.

---

<sup>2</sup> Capítulo tomado del libro *Jardín zoológico* (1919). (*Nota de C. G.*)

Pasados treinta o cuarenta años, y muerto Valle-Inclán, nadie se acordará de su literatura y algún comentarista de entonces escribirá “Ramón del Valle-Inclán, escritor nacido en 1869, autor de más de una docena de volúmenes, de los cuales los mejores son: *Romance de lobos*, *Flor de santidad* y las *Sonatas de primavera, de estío, de otoño y de invierno*. Se distinguió especialmente por su indumentaria caprichosa y sus poses nada originales. Usaba unas barbas que un gran poeta comparó con las de un chivo, y unos quevedos fenomenales. El formato de sus libros guardaba relación con el de su persona: les hacía poner grandes adornos y feroces garabatos y eran impresos con tipo de catorce a veinte puntos, lo cual tenía por objeto aumentar el número de páginas y engañar a los bobos. Era muy curioso en sus posturas: una vez habiendo perdido uno de los brazos en un vulgar pugilato, declaró que se lo habían cercenado en un duelo a sable, que tuvo, por defender el honor de una dama. Manejaba el castellano con pureza, gracia y flexibilidad singulares, y puede asegurarse que fue uno de los mejores estilistas de su tiempo”.

RICARDO LEÓN<sup>3</sup>

El señor Gómez de Baquero, inteligente y acucioso crítico español, al hablar de un libro de Ricardo León, comienza lamentándose por lo que él llama “la extinción del estilo”. Dice que “la precipitación de la vida moderna hace que se lea muy deprisa. La mayoría de los lectores lee en los libros, no las palabras, sino los conceptos e imágenes que ellas aca-rean. El estilo se va haciendo una cosa superflua”. Como era de esperarse, dice estas cosas con el objetivo de hacer resaltar los méritos del señor León, “escritor que cultiva los primores del habla y se presenta como heredero de la tradición cultura y erudita”. Creo que está en error el señor Baquero. Y es deplorable, porque el señor Baquero es hombre de muchas luces y vastos conocimientos. Hoy no asistimos a la extinción del estilo, no; más bien, presenciamos el nacimiento de un estilo nuevo, que pudiera llamarse *un estilo sin estilo*. Es decir que –repito lo que dije en otra ocasión– a los hombres modernos sólo nos importa el hacernos entender; eso nos es suficiente. No nos interesa el cómo digamos las cosas, sino las cosas que digamos. Ahora, decir grandes conceptos, bellas imágenes y nuevas ideas, y decirlas bien, es harina de otro costal. Más méritos tendrá, naturalmente, el gran pensador que sepa expresar sus pensamientos, que el que no lo sepa. Pero lo primero influirá muy poco ante la estima de la gente, porque el estilo es algo tan superficial que no merece la pena de hacer por él cuestión de estado. Yo le podría decir al señor Baquero, como su amigo el purista indignado, que “¡se puede ser escritor sin saber escribir!”.

Por lo demás, hay que felicitarse de que la mayoría de los lectores modernos lea en los libros, no las palabras, sino los conceptos e imágenes que ellas acarrean. Eso no prueba precipitación sino ausencia de frialdad. Y prueba también que el arte no debe ser mero juego del espíritu, como quiere Guyau, sino que está llamado a desempeñar un papel importantísimo en el progreso de la humanidad. Oigamos a Eucken: “En nuestros días se afirma que el arte debe ser indiferente a toda materia y a todo contenido y que no debe ocuparse más que de la perfección de la forma; sólo así, se dice, que es completamente él mismo, y que puede sin obstáculos seguir su propio camino. Pero semejante desprendimien-

---

<sup>3</sup> Capítulo tomado del libro *Jardín zoológico* (1919). (*Nota de C. G.*)

to del resto de la vida ¿es bueno en el interés del arte y éste puede dar así todo aquello de que es capaz? El arte, comprendido así, corre gran riesgo de degenerar en una pura maestría de la forma, en una técnica brillante, esplendorosa de virtuosidad, y de no tener detrás de él al hombre todo entero, de llegar a ser incapaz de influir sobre esto y sobre la humanidad". Y más adelante: "Las grandes obras de arte que hablan de una manera duradera a la humanidad ofrecen la particularidad de que en ellas toda oposición de contenido y de forma ha sido superada, y con la perfección de la forma han expresado plenamente lo que llenaba el interior de la vida".

Bueno. A todo esto me he olvidado de lo que tenía que hablar. Tenía que hablar del señor León, novelista y poeta. No están demás las ideas arriba apuntadas, que refuerzan las citas del filósofo alemán. Si destruimos los argumentos de que se vale Baquero para elogiar a León, es como si lo hubiéramos destruido al mismo señor León. Se va de narices. El autor de *Casta de hidalgos* no es sino un estilista, y por cierto que no de los muy buenos. Ha llamado la atención por su manera arcaica y su espíritu conservador *á outrance*. En sus libros, tanto de prosa como de verso, se advierte que tiene alma de polilla, corazón de sacristán, cerebro de hortera.

Si fuera necesario clasificarla, yo aseguraría que el señor León es un escritor intestinal. Diré el por qué. Pues sencillamente, porque antes de escribir piensa en el estómago. Un hombre como él, de relativo talento, no puede creer sinceramente que el catolicismo, con toda su legión de frailes gordos, es quien menos daño ha hecho a la nación española. Muchas veces, traído de los cabellos, nos presenta en sus novelas un sacerdote, con el solo fin de tener oportunidad para defender su religión. Esto por un lado. Por otro, hay que convenir en que el señor León es un hombre bastante pobre de imaginación. ¡Claro, si los sacristanes tuvieran imaginación, no serían sacristanes! Todas sus novelas se parecen entre sí, no porque procedan de la misma fábrica, sino porque asuntos, personajes, movimiento y procedimientos son los mismos. Y con eso no se va a ninguna parte.

### RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Ramón Pérez de Ayala parece un indio del Perú, o por lo menos un injerto. ¿De dónde ha sacado esta cara un hombre, como él, de la más genuina prosapia española? He ahí una pregunta de las que no tienen respuesta. Su color, en efecto, es resueltamente americano, un color que no es ni el del blanco ni el del negro. La frente pequeña, los pómulos bien marcados, las encías algo prominentes, la nariz ancha y hundida arriba, todo él se me antoja un oriundo de los alrededores de Cuzco, Cajamarca o Ayacucho. Tanto me desconcierta el punto que acabo preguntándoselo:

—¿Hay algún americano entre sus antecesores?

—Ninguno. Por el contrario, corre por mis venas sangre de los conquistadores de América. Yo desciendo en línea directa de don Francisco Pizarro. Pero me gustaría mucho que no diga usted nada de estas cosas, porque en verdad no tienen importancia.

—Naturalmente, digo para mi capote, qué te va a gustar eso, si sabes que el conquistador del Perú fue pastor de cerdos en Extremadura...

Pérez de Ayala, cuyo prestigio en España es verdaderamente ciclópeo, monumental, una cosa indestructible, es un hombre sencillo y afable, familiar y cariñoso. Delgado como un bastón, su cuerpecito un poco como de dependiente de almacén se mueve dentro del traje a la moda, cual una sardina en conserva dentro de su lata. Habla con verdadera franqueza, sin subterfugios ni rimbombancias. Sostiene sus opiniones con decisión, pero sin acaloramiento. Esto no quita que algunas veces se manifieste cruel, mordaz y agresivo para con cierta gente de letras, atacada por él. Ese prestigio de don Ramón —hay que ponerle el don, porque suena bien— tiene ciertamente un respaldo formidable: *La pata de la raposa*, *Tinieblas en las cumbres*, *Troteras y danzaderas* y otros libros; pero se debe en gran parte a su campaña contra don Jacinto Benavente.

Casi en todas las épocas y en todas las literaturas se ha notado este fenómeno: los escritores jóvenes para levantar la cabeza y llamar la atención del público, se han estrellado, llenos de brío y de violencia, contra las figuras consagradas, negándoles todo valor. Valle-Inclán lo hizo contra Echegaray, él lo hace contra Benavente, no tardará mucho tiempo en aparecer alguien lanzándose contra él. Con la vara que mides serás medido, dice el proverbio. Pero yo creo que si don Ramón no se hubiera “metido” con Benavente, no tendría tantos lectores como tiene. Y esto

no quiere decir que sea mi propósito afirmar que hizo su campaña con el único fin de hacerse reclame. Lejos de ello mi intención. Antes bien, creo que la hizo con mucha sinceridad y más todavía, con mucha eficacia. En España, Benavente se había dado cierta patente de inmunidad. La crítica pregonaba a todo redoble de tambor su genio y su originalidad, y el público, aunque de mala gana, se tragaba la píldora. Hoy, gracias exclusivamente a Pérez de Ayala, sucede cosa distinta. Hoy por hoy, aquí en España son muy pocos los que creen en Benavente. El público va a sus estrenos con dos fines: o silbar o dormirse. Y esto es cosa que hay que decir muy fuerte, porque en América no lo sabe nadie, siendo el caso muy digno de achacarse a otros escritores y poetas que allá imaginamos personas admiradas y respetadas.

Siendo, pues, éste uno de los principales acápites de la obra de Ayala, sobre él hago girar con especialidad nuestra conversación.

—¿No han cambiado nada sus opiniones sobre Benavente?

—Nada. Cada día que pasa me reafirmo más en ellas.

—¿Insiste todavía en que la obra de Arniches tiene más valor?

—Sí, pero teniendo en cuenta lo que he sostenido siempre, y es que su valor es “negativo”, puesto que está basado en un concepto falso de la dramaturgia. Por cierto creo que “personalmente” Benavente vale más que Arniches, como que tiene mayor talento, mayor ingenio y mayor habilidad técnica.

—¿Teatralmente no le concede ni el más mínimo valor?

—Teatralmente, no. Y de modo especial, entiendo que las obras a que debe el renombre son las más acreedoras a la censura. *Los intereses creados*, por ejemplo, es una comedia falsa, sin originalidad, sin sustancia y sin estilo propio. Cualquiera que lea quince días seguidos obras clásicas, escribe con sonsonete clásico. De manera que el estilo de *Los intereses*, tan alabado por sus amigos incondicionales, no tiene mayor mérito. Ahora, se tiene que convenir conmigo en que Benavente es un escritor sin personalidad: lo ha imitado todo, desde la farsa italiana hasta el moderno teatro francés. Arniches, en cambio, tiene desde luego el gran argumento en su favor de haber continuado nuestra tradición dramática. Y no sólo eso, sino que hasta hay en él condiciones de creador. Ha formado un idioma: el de los chulos. Cuando comenzó a escribir, esto es evidente, sus amigos le decían: “Pero hombre, si así no hablan los chulos”. Y Arniches contestaba: “No hablan, pero hablarán”. Lo cual pasa ahora: los chulos hablan como los personajes de sus sainetes. Eso se

llama genio creador. El idioma no lo hace el pueblo; lo hacen los escritores... que pueden hacerlo. Y Arniches lo ha hecho.

—De modo que...

—Lo más que da Benavente, donde queda bien, perfectamente bien, es en el teatro casero. En este orden *Señora ama* es algo admirable. Benavente tiene mucha gracia, sabe hacer reír cuando quiere, sabe gustar. Ahora, yo le podría decir que su gracia, y esto, que le digo en tono confidencial, no me gustaría verlo en letras de molde —yo, señor de Ayala, creo que la indiscreción, es una virtud!—, su gracia es la del maricón que murmura de los demás. ¿Usted no ha leído las comedias de Oscar Wilde?

—¡Hombre! Creo que sí...

—Pues bien, Benavente ha aprendido mucho en ellas. A no ser que el espíritu fraternal de los dos autores, la comunidad de vicio, les haya hecho pensar lo mismo...

Y ahora, un leve consejo a los compañeros de América: no desperdicien sus volúmenes enviándolos a los escritores españoles. Don Ramón Pérez de Ayala no lee los libros que le mandan. Aquí en su biblioteca los tiene puestos en fila, con los pliegues vírgenes y quizás sin haber mirado las admirativas y rimbombantes dedicatorias...

EDUARDO MARQUINA<sup>4</sup>

He aquí uno de los valores más positivos de la España actual. Eduardo Marquina es, indudablemente, un buen poeta. A través de todas sus obras se le ve de cuerpo entero. Tiene ese mérito. En sus libros él es siempre él. Nada de imitaciones. Tendrá como todos, influencias extrañas. Muy bien. Pero no alcanzan nunca a opacar lo suyo, lo medularmente suyo.

Tiene una chifladura: sentar plaza de poeta civil. Es un desastre. Esto le lleva a escribir las *Canciones del Momento*, que son rotundamente malas, y las odas a las ciudades que ha recorrido con la compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza, en su gira última por América del Sur. Ya se ve que tiene su quid este asunto, como no podía ser menos, y el tal quid consiste en adular a los pueblos por donde ha pasado, para que los Ateneos le dieran banquetes y le concedieran “audiencia” los presidentes de república. ¡Qué bribón!

Si Marquina es admirable como poeta por su hermoso *Vendimión*, su *En Flandes se ha puesto el sol*, su *Tierras de España* y muchas de sus *Elegías*, es vituperable como hombre, por servil, por necio y por hipócrita. Allá va la razón de estos adjetivos.

Antes de salir de España, Marquina, interrogado por un periodista, declaró su admiración vehemente por las letras americanas y, entre otras cosas, puso sobre los cuernos de la luna a mi paisano el señor Sassone. Al hacerlo se diría: “Con esto me ganó la simpatía de los peruanos”. Nos creyó tontos. En Lima, un selecto grupo de periodistas ofreció un té de despedida a la genial Tórtola Valencia. Fue invitado Marquina, y allí, recuerdo que, discutiendo ideas sobre América, de cuya superioridad intelectual, moral y política sobre su país se habrá dado cuenta, le dijimos:

—¿En verdad, cree usted, Marquina, que Sassone es un dramaturgo admirable?

—Por lo menos, el título de su obra *Lo que se llevan las horas* es bastante bueno...

La respuesta entrañaba una cobardía. O tenía vergüenza de sostener lo que dijo al periodista español, o tenía miedo de malquistarse con nosotros, pues se percató oportunamente del desprecio que en el Perú tenemos, los que sabemos pensar, por el antipático Felipe.

---

<sup>4</sup> Capítulo tomado del libro *Jardín zoológico* (1919). (*Nota de C. G.*)

Otro detalle que pinta su espíritu. Antes de sentarnos a la mesa, Tórtola nos comunicó que Marquina no la quería bien, manifestándose algo fastidiada con su presencia. Bueno; a los postres, todos los presentes fir-mamos su álbum de autógrafos. Marquina puso, más o menos: “A Tórtola Valencia, alma de España”. Y ella, después de leer tamaño elogio, volviéndose a un amigo que estaba a su derecha, dijo en voz alta, pero discreta: “¡Yo siempre creeré que Marquina es un animal!”

Entiendo que con esto quedan justificados los adjetivos...

HERMANOS GONZÁLEZ BLANCO<sup>5</sup>

Edmundo, Andrés y Pedro González Blanco –¡toda una razón social!– son tres escritores que conocerán seguramente casi todos mis lectores, unos de oídas, otros de lectura. Ignoro cuál es el mayor. El mejor, a mi modo de entender las cosas, es Edmundo.

Edmundo es un escritor bastante serio. Es uno de los muy escasos españoles que escriben con alguna seriedad. Su libro sobre Strauss es inmejorable. Igual cosa podríamos decir del que titula *Jesús de Nazaret*. Se diferencia de casi todos los escritores de su patria en esto: en que piensa. Para ser respetado, eso basta.

Andrés González Blanco es un pícaro de marca. Tiene todas las agallas de los que quieren hacerse célebres a todo trance. Él, como Bobadilla, es poeta, novelista, crítico, sociólogo y erudito. Esto último quiere decir que ya es despreciable. Todos los bellacos tienen sus manías: la de éste es la citorrea. En sus libros se divierte uno más que en un circo. Baraja ideas ajenas con la misma facilidad que el payaso chistes que no son tuyos. Escribe tan mal como un aprendiz de *reporter*. No es raro encontrarse en sus libros con faltas de ortografía. Su cultura es completamente superficial. Hace citas de segunda mano. Atribuye a otros los disparates que se le ocurren, a fin de darles autoridad; pero ignora que ése es un anzuelo que sólo lo tragan los incautos. Dogmatiza como magíster y se llama, muy suelto de huesos, el mejor crítico español. El mejor crítico español que sí puede ser, por aquello de “tal hueso para tal perro”. La literatura española actual, tan mala como es, tiene necesidad de un crítico malo, aunque siendo González Blanco no es malo... sino peor. En tierra de ciegos el tuerto es el rey: donde todo es pirotecnia, literatura de castillos en el aire, luces de Bengala, cualquiera que enciende una lámpara, aunque sea prestada, llama la atención. En España, de algún tiempo a esta parte, sólo se vive de préstamo. ¿No hemos visto a Rubén oficiando de maestro de escuela en medio a la lírica contemporánea española? ¿No se saquea todos los días a Rodó, a Herrera Reissig, a Chocano? ¿Últimamente no hemos visto a uno de los más honestos escritores españoles, a Pío Baroja, imitar descocadamente *La lámpara de Aladino*, de Blanco-Fombona, en esos libros que se llaman *Juventud*, *Egolatría* y

---

<sup>5</sup> Capítulo tomado del libro *Jardín zoológico* (1919), con ligeros cambios. (*Nota de C. G.*)

*Las horas solitarias?* ¿No estamos ya hartos de ver el teatro de Benavente que no es sino una admirable e inteligente trasplantación del teatro francés? Quedamos, pues, en que el mejor crítico español es Andrés González Blanco...

Pedro es lo peor de la familia. Conste que no he leído nada de este señor: el tiempo es oro. Pero le ha oído dos conferencias que diera en Lima, y por ellas le juzgo. Aseguro que es un mentecato que no ve dos cuartas más allá de sus narices. En una habló contra no me acuerdo qué revolucionarios mexicanos. Inútil decir que fue contratado para eso por el señor Carranza, actual presidente de México. ¿Qué nos importaría a nosotros la política interna de aquel país? En otra dijo estupidez y media sobre la literatura española. Habló contra Echegaray, Pérez Galdós, Benavente, Valle-Inclán y todos los españoles que pudo. Los ridiculizó contando detalles más o menos miserables de su vida, como si por ellos se pudiera juzgar sus obras. Me calenté y me salí. Alguien me ha dicho que este Pedro González Blanco habla así por envidia, pues siendo contemporáneo suyo, nunca pudo formarse un nombre, viéndose últimamente obligado a oficiar de traductor. Es muy probable. Para ser justo, debo confesar que en Lima tuvo un gesto verdaderamente admirable. Es cosa acostumbrada en los pueblos de América, reportear a cualquier títere que llegue del extranjero. En la capital del Perú, un joven Balarezo Pinillos que tiene mucho ingenio para escribir sobre adoquines y chimeras y que desde hace poco tiempo quiere sentar plaza de “literato”, sin tener dedos para organista, al hacerle un reportaje, le preguntó:

—¿Quién le parece el primer literato español?

Don Pedro repuso:

—Mi hermano Andrés.

El joven Balarezo se quedó de una pieza.

## ANTONIO DE HOYOS

Después de media hora de espera en el aparato, porque los teléfonos en Madrid andan como todas las cosas en España: a paso de tortuga, una voz de criada, hay voces que delatan, se dejó oír:

—¿Quién?

—Deseo hablar con don Antonio de Hoyos y Vinent.

La sirvienta colgó el tubo.

Llamé nuevamente, y nadie respondió. Ya un poco desesperado, reincidí.

—¿Quién?

—Deseo hablar con el señor Hoyos.

Esta vez la criada, la bendita criada, en tono de reproche, casi insolente y con toda la energía posible, me dijo:

—¡Pero, señorito! ¿Es que no sabe usted que don Antonio es sordo, que no oye nada?

—No lo sé y no sé tampoco que sea obligación de todo el mundo estar enterado de la sordera de don Antonio —contesté resueltamente.

—¡Ahí tiene usted lo que son las cosas! Pues el señorito es sordo...

—Entonces, hágame el favor de decirle que me espere, que quiero hablarle. Soy un escritor de América. Creo que eso bastará para que me reciba...

Y bastó, en efecto, porque a los pocos minutos traspuse los umbrales de su morada. Di mi nombre, y un criado me hizo pasar. Ya en la puerta de su despacho, el marqués de Vinent, rigurosamente vestido de luto, murmuró, tendiéndome la mano, las frases protocolares, y a renglón seguido:

—Soy sordo como una tapia. Nos entenderemos por señas y por escrito.

Dijo estas palabras sin aspaviento ninguno, sin ningún dolor, sin ninguna emoción, con la frialdad de quien está seguro de que la cosa no tiene remedio. Yo, en cambio, con el lápiz tembloroso entre los dedos, me conmoví, le miré absorto, largo rato, y le compadecí desde el fondo de mi alma, yo que ni tengo alma ni sé compadecer...

Es Antonio de Hoyos un hombre alto y robusto como un sargento quechua. Habla con una voz gruesa, seca, terminante, imperativa; pero que no es del todo suya: es una voz aprendida, desarrollada a fuerza de ejercicio. Da la impresión de que Hoyos, por sistema, hablara fuerte, casi a gritos, a fin de oírse él mismo y despejar sus oídos. Vano intento fuera.

Nunca podría oír nada. Viéndole hablar (¿por qué sólo se ha de oír hablar?) se me ha ocurrido una idea, que no sé si es nueva, pero que se me ha ocurrido. Los sentidos son como los hombres: enemigos entre sí. Se declaran la guerra unos a otros y a veces dos o más se alían contra uno. El vencedor, como es natural, duplica sus fuerzas con las del vencido. Éste es el caso de Hoyos. La vista, el gusto, el olfato y el tacto batieronse contra el oído y le mataron. De resultas de tan fiera iniquidad ha salido ganancioso el escritor. Yo creo que todos los novelistas tienen un sentido más desarrollado que los otros. Los hay de tan refinado gusto que sin palabras una cosa pueden decir a lo que sabe. Se me antoja que Zola debió ser de éstos. El autor de *La taberna*, en mi concepto, más que verlas, gustaba las cosas. De allí que algunas de sus obras sean un tanto grotescas. D'Annunzio, en cambio, es todo visión. Le basta una simple ojeada para darse cuenta hasta de los más nimios detalles de un árbol, pongo por caso. Por eso su prolíjidad algo empachosa. Hoyos debe tener arreciado el tacto. Percibe la realidad con las manos, que dicho sea de paso, son grandotas como dos tortugas. Y esto es cosa de que el lector suele resultar contagiado. En sus novelas, uno no ve las cosas sino que las agarra. Yo, por su parte, creo haber palpado alguna vez las carnes de sus mujeres...

Y bien: de cuantos españoles han conversado conmigo sobre América, pocos lo han hecho con tanta sinceridad como éste. Cuando le pregunté si conoce algo de nuestra vida, tanto artística como material, se levantó del asiento, alzó los brazos y empezó:

—De América, aunque algunos hipócritas le digan lo contrario, aquí, en España, no conocemos sino muy poco, casi nada. Aquello sólo interesa cuando se piensa en ir a ganar dinero. Yo tengo grandes deseos de ir por allí, y esté usted seguro de que cuando lo haga será de incógnito. No iré, como otros que aquí no pueden hacer nada, a dar conferencias y adular a los públicos. Iré a estudiar su vida, a nutrirme de ella, a recoger enseñanzas. Creo que América debe ser diferente de como la pintan nuestros escritores, buenos y malos. Vea usted. Un día que quise perder el tiempo, leí un libro de Joaquín Belda sobre la Argentina, y lo que saqué en limpio es que ese país no tiene ninguna novedad, ningún interés...

—Eso es porque Belda es un mediocre. ¿No lo cree usted así?

—¡Oh! Menos que mediocre. Yo lo creo imbécil. Pero me parece que para “ver” un pueblo no se necesita tener mucho talento. Es porque esos hombres no llevan otro afán que el de lucrar. Créame, compañero: toda

esa gente que en Madrid habla de hispanoamericanismo es la que menos conoce esos países. Yo sé que hay allá una literatura llena de esplendor, pero no lo sé más que de oídas. Y así lo saben todos, si lo saben.

—¿Ha leído a algún novelista americano?

—A ninguno. Miento; espere usted. He leído un libro del señor Rodríguez Larreta: *La gloria de don Ramiro*, y creo que es una de las mejores novelas que se ha escrito en castellano, especialmente en su género. He leído también *El hombre de hierro*, por Blanco-Fombona, novela que es también muy digna de admiración por lo bien construida que está y las grandes pinturas de ambiente que encierra. También conozco algunas cosas de Bunge y Ocantes, pero ya de menor importancia. Eso es todo.

—¿Y poetas?

—Los que han llegado a España, Darío, Chocano, Nervo y uno o dos sonetos de Lugones.

Después de esta breve charla, el marqués de Vinent me mostró algunos retratos suyos, hechos por grandes pintores como Zubiaurre, Ochoa, Federico Beltrán, etc., siendo este último el más digno de mención. Ya en el umbral de su casa, al marcharme, me dieron ganas de gritarle mi admiración por su briosa sinceridad; pero como el simpático escritor no me hubiera oído, me contenté con estrujarle la mano lo más fuerte que pude.

## RAFAEL CANSINOS ASSENS

A los pocos días de llegar a Madrid, me di a la busca de Rafael Cansinos Assens. Corrí calles estrechas, salvé recodos, traspuse barrios antiguos, tristes, oscuros y no muy limpios que digamos, hasta que di con la casa. Llamé a la puerta, y la portera me contestó que no conocía ni de nombre al señor Cansinos.

—No puede ser —le dije y me encomendé a la sabiduría de un vecino.

—¿No es uno que anda siempre con libros en el brazo y trabaja en las imprentas?

—¡Hombre! Pues sí, ése debe ser —respondí, dándome a pensar en que nada tiene de extraño que un escritor ande con libros bajo el brazo y trabaje en las imprentas...

Llamé a la puerta señalada, y allí un señor muy amable me envió a *La Correspondencia de España*. Allí me fui. Entré a la sala de recibo y esperé. Mientras, a solas con mi pensamiento, medité piadosamente en las miserias españolas. Este diario *La Correspondencia de España* es uno de los más antiguos y acreditados de Madrid, lo que no quita que en el despacho en que estoy no haya una mala silla en que sentarse. Se puede decir sin exageración ninguna que el retrete del más pobre y miserable diario suramericano es más limpio y más elegante que esta sala de recibo de uno de los principales diarios españoles. Cosas de España...

En fin, se abre una puerta y entra Cansinos. Es un hombre alto, delgado, correctamente mal vestido. Digo correctamente, porque da la impresión de una persona que de capricho se vistiera mal. Todo él es desaliñado. Su cuerpo guarda relación con su traje, pues a la vez que lleva los pantalones deshilachados, el sombrero diciendo a gritos su caducidad y el cuello y la corbata vueltos del revés, tiene una barba de algunos días, los cabellos más que desordenados y en los ojos, rojizos y pequeñines, una que otra legaña.

Es relativamente joven. Debe de tener unos 38 años a lo sumo. La deducción la hago mirándole. Oyéndole la cosa cambia. Si por el modo de hablar se calculase la edad de la gente, un espíritu avizor no le daría más de 20 abriles. Cansinos acciona, gesticula, argumenta y razona como un mozalbete. En realidad, en literatura no es sino eso: un mozalbete, un mozalbete de talento, lleno de audacia, de curiosidad, de ilógica, de bríos, de falta de aplomo y paradojismo. Otro síntoma de ello es su desorientación literaria: él ha hecho romanticismo, simbolismo, naturalismo, cubismo, futurismo... y nadismo.

Si yo tuviera fortuna, contrataría a Cansinos para que me hablase de literatura, y le pagaría bien. Es de lo más divertido que hay. Pocos hombres poseen como él la elocuencia del disparate. Desde que comienza a hablar hasta que termina, todo es un disparatario, hasta el saludo que nos hace y la taza de café que nos convida. Oídle:

—Yo conozco mucho la literatura americana. Tengo el placer de haber leído un libro de usted: *Las voces de colores*. Me lo mandó Álvaro Armando Vasseur.

—¡Hola!

—Por cierto que allá, en América, hay ahora un gran poeta: Vicente Huidobro.

—¿Cómo dice?

—Vicente Huidobro es lo único respetable que tiene América. A su lado Rubén Darío, Santos Chocano y los demás son unos pigmeos. Es un hombre admirable. Oiga un poema suyo:

### HALALI

1914

Nubes sobre el surtidor de verano  
La noche  
Todas las torres se hablaban en secreto  
De pronto ábrese un ojo  
El cuerno de la luna grita  
Halali  
Las torres son clarines colgados  
Agosto 1914  
Es la vendimia de las fronteras  
Detrás del horizonte pasa algo  
En la picota de la aurora están colgadas todas las ciudades  
Halali  
Halali  
Y no es una canción  
Los hombres se van

Basta. Nos vamos a marchar, y nos marchamos, en efecto. ¿Para qué seguir conversando con un hombre así? Si estas cosas triunfan en Europa, que no triunfarán, nos volveremos a América, a paladear a nuestro

Rubén, a nuestro Eguren, a nuestro Chocano, a nuestro González Martínez, a nuestro Herrera Reissig...

Al despedirme, le miré nuevamente de pies a cabeza, y se me antojó pensar que no debe andar bien de recursos. Sin embargo, me dije, es el escritor joven que más escribe, el más fecundo. Deducción: los escritores, en España, se mueren de hambre. A comprobarlo.

—¿Cuántos libros lleva publicados? —le pregunto.

—Más de veinte.

—¿Desde cuándo escribe usted?

—Mi primer libro apareció el año 1914.

—Ese trabajo enorme, de más de tres libros anuales ¿le habrá producido muchas pesetas, verdad?

Abre unos ojos grandes como dos cráteres de volcán, levanta los brazos al cielo y todo tembloroso de espanto me pregunta:

—¿De modo que usted cree que los escritores en España ganamos dinero? A mí, nunca se me ha pagado un centavo por mis libros.

Y así es, ni más ni menos, buenos camaradas suramericanos, que tenéis la ilusión de venir a llenaros los bolsillos de dinero y las cabezas de lauros. Aquí los escritores, para poder vivir, tienen que publicar más de tres libros por año, caminar por las calles con los pantalones deshilachados, ser desconocidos hasta por las porteras de sus casas y emplearse en diarios en que se les obliga a trabajar hasta altas horas de la noche, y donde se les hace escribir “artículos”, “juicios”, y “poemas” como éste: “*Muerte de una señora por envenenamiento*. El domingo a las tres de la madrugada, la Comisaría del distrito de la Latina, daba cuenta a la primera Brigada de Vigilancia, de una denuncia presentada en aquel centro, por el dueño de la droguería, establecida en el número 52 de la calle de Toledo. El compareciente manifestó que en el piso principal de dicha casa, una señora, inquilina, de dicho cuarto, llamada doña Isabel Mújica, de cincuenta y cuatro años, casada, natural de Argel, se hallaba en aquellos momentos bajo los efectos de una gravísima intoxicación por haber ingerido heroína, cuya sustancia tóxica había sido servida equivocadamente, sin duda, en la farmacia donde fue despachado un reconstituyente para dicha señora”, etc.

## AZORÍN

Don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual nos habían avisado su visita para las tres de la tarde. Nosotros nos hemos sentado en un sofá para que la espera se nos haga menos cansada. De pronto, un reloj de cuco que tenemos colgado sobre nuestra cabeza, suena las tres y media. Don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual no vienen ya, nos decimos con melancolía. ¿Por qué no habrán venido don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual?

Nosotros esperábamos a estos amigos para que nos llevasen a casa de Azorín, porque don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual son sus amigos. Azorín les ha pagado esta amistad haciéndolos desfilar por algunos de sus libros, como *Los pueblos*, *Castilla y España*, por ejemplo. Mas como no vienen, como no han venido, nosotros nos vamos, solos. Llamamos a la casa del escritor, y a la criada, una francesa que acude a nuestra llamada, preguntamos:

—¿El señor Azorín?

—El señor Azorín está en casa —nos dice la criada, que por cierto ha aprendido a hablar como Azorín...

Entramos en una sala muy limpia, muy arreglada, que sirve de escritorio y a la que el “maestro” no debe entrar sino cuando tiene visitas. Nos sentamos en un sofá plácido y mullido, pero antes ponemos nuestro sombreros y nuestro bastón sobre una mesa que está a nuestra derecha. Y cruzamos los brazos sobre el pecho, llenos de recogimiento, como los colegiales en los colegios en tanto escuchan las lecciones del profesor. De antuvia, nuestro bastón cae al suelo, rompiendo así el silencio de la casa. Nosotros palidecemos al pensar que el “maestro” pueda molestarse por el ruido. ¿Por qué se habrá caído nuestro bastón?

Una puerta se abre de súbito, y por ella aparece Azorín, vestido de negro, paso a paso, quizás triste, erguido y serio, caminando como sonámbulo y clavando en nosotros sus miradas hondas. Nosotros vamos hacia él y le estrechamos la mano que nos tiende mientras nos dice, con una voz como las voces de las monjitas:

—Tanto gusto...

Y Azorín hace un leve esfuerzo para retirar la mano, pero no lo consigue, porque nosotros se la apretamos con fuerza. ¡¡Azorín!! ¡¡Azorín!!, nos

decimos interiormente. ¡Y nosotros que habíamos creído difícil, casi imposible, ver a Azorín! ¡Nosotros que habíamos pensado que Azorín no existía, que era un sueño! Por eso, precisamente por eso, porque lo pensábamos, no le soltamos la mano ahora, para mejor cerciorarnos de que estamos ante él, de que le tenemos agarrado.

Azorín con un gesto nos ofrece asiento y se sienta a nuestro lado, en el sofá plácido, mullido. Azorín deja caer las manos sobre las piernas. Azorín nos mira. Azorín deja de mirarnos. Azorín piensa acaso. ¿Por qué piensa Azorín?

Nosotros habíamos preparado allá en nuestra casita, un discurso lleno de ditirambos y adjetivos para decírselo a Azorín. Y ahora que le estamos viendo no nos atrevemos sin embargo a comenzar. Azorín, por su parte, tampoco dice palabra. ¿Por qué Azorín no nos preguntará que quiénes somos, en qué nos ocupamos y cuáles son nuestras ideas y nuestros planes?

Azorín levanta sus ojos hondos hacia la puerta del fondo, que se abre, y por la que entra una criada, la francesa. La criada se acerca a Azorín y le dice muy despacito unas cosas que no alcanzamos a escuchar. Acaso –¡oh, prosa de la vida!– ha de haberle pedido unos céntimos para comprar aceite o un trozo de carne. Azorín la despide con una mueca sencilla, benévolamente, y con una vaga tristeza la mira alejarse y perderse tras la puerta. Azorín tiene por las criadas un cariño especial. Él no lo oculta. Él lo ha escrito en uno de sus libros: “Las criadas forman en nuestra vida una de las más queridas ilusiones. ¿Quién no recuerda a María, a Isabel o a Remedios, aquella linda muchacha de ojos azules, traviesa, ligera, que cuando éramos niños traveseaba con nosotros? Y luego, a través de los años, otras y otras muchachas que encontramos en los paradores de los pueblos, en las fondas, en las casas provincianas, en los campos, van poniendo en nuestra vida momentos fugitivos de alegría y de satisfacción. Garcilaso era también un entusiasta de las criadas bonitas, y al ir a un pueblo extranjero lo primero que hizo fue reparar en ellas. Todo lo cambia el tiempo; entonces las de España valían más que las de Francia; hoy –que no se vea en esto antipatriotismo– están más en alza las francesas...”. De ahí que ahora que vemos a Azorín mirar melancólico el ondulante talle de la criada francesa, no nos extrañemos.

Diez, veinte, treinta minutos estamos con Azorín, mirándole nosotros, mirándonos él. Nada, ni un monosílabo siquiera, se nos ocurre pronunciar. Por último, nos levantamos, tomamos nuestro sombrero y nuestro

bastón y le tendemos la mano. Azorín nos la estrecha con suavidad, rozándola apenas, y también con suavidad nos dice:

—Tanto gusto...

Y nos marchamos, hacemos una venia a la portera y ya en la calle nos decimos:

—¿Por qué habremos venido a visitar a Azorín?

## JULIO CEJADOR

De charla un día con Ramón Pérez de Ayala, recayó la conversación, no recuerdo cómo ni por qué, en el escritor cuyo es el nombre que sirve de título. No dio razones ni fundó argumentos al formular su juicio sobre Cejador, pero es el caso que lo remató con estas palabras: “Ése es un animal”. Yo no me sorprendí por dos razones: primera, que la sorpresa no es mi fuerte y segunda, que el insultar a Cejador es cosa frecuente en América y España. Yo también, por mi parte, en un librejo que anda por ahí, de cuya paternidad no me arrepiento –porque tampoco sé arrepentirme–, pero que he de corregir mucho al reeditar, he escrito de Cejador cosas feúcas y no muy respetuosas que digamos<sup>6</sup>.

Fue con motivo de la polémica que sostuvieron Carrère y Cejador sobre quién era mejor poeta, si Darío o Almafuerte. Copio el fragmento más agresivo del artículo, para que se vea la índole del tal: “... Carrère, un poeta llorón, de a dos por cinco centavos, con desgonzamientos de hetaira y genuflexiones de Job criollo; Cejador, un crítico apolillado, de estilo petulante, gusto senil y espíritu de sacristán escapado de los rebaños de la Compañía de Jesús”. Y terminaba así: “Darío y Almafuerte, como casi todos los poetas, son incomparables. Hay entre ellos antagonismo de concepto y antagonismo de formas. No hay manera de que se den la mano. Sólo a este par de españoles se les puede haber ocurrido sostener tan necia contienda. Dedíquese el señor Cejador a mirar nuevamente a Loyola, si tanto le agrada, y el señor Carrère a escribir versos sobre *la tristeza del burdel*, que quizá es la casa que frecuente; y no nos vengan a encasillar nuestros poetas, ni a darles galones, a éste de coronel, al otro de comandante, a quién de capitán, que la poesía no es regimiento, ni muchos menos. ¡No hay que meterse en camisa de once varas!”. Ha de tenerse en cuenta que esas cosas escribí a raíz de la polémica aludida. Me pareció entonces y me sigue pareciendo todavía una puerilidad infantil y simplona el ponerse a discutir dos personas mayores sobre si fulanito es mejor o peor que zutanito. Si el lector es vivaz y tiene alguna sensatez en la mollera, me dará la razón. Fulanito es fulanito, y zutanito es zutanito. Cada uno es uno. Especialmente en poesía no hay

---

<sup>6</sup> Hidalgo alude a su libro *Jardín zoológico*. Los pasajes citados más abajo proceden del capítulo “Darío y Almafuerte” (1919, pp. 85-88). (*Nota de C. G.*)

primeros ni segundos. Se es o no poeta. Eso es todo. El que prefiramos a Mengano sobre los demás, es harina de otro costal. Persona habrá a quien le guste menos el que a nosotros nos place.

Desde luego, confieso que la violencia y ligereza con que está expresada mi opinión de Cejador, son asaz injustas, aunque en el fondo no varíe el juicio ni poco ni mucho. Y esto no quiere decir, claro está, que participe del parecer de Ayala. Los escritores de las nuevas generaciones hemos dado en olvidar el valor de los términos medios. Afirmamos o negamos con tanta rotundidad que algunas veces caemos en el ridículo. Pero ese término medio existe. ¿Cejador no sería un excelente ejemplar?

A un lado sus labores de filología, ciencia de que no entiendo una bicoca, tiene méritos como articulista y como crítico y más aún como hombre. Un día que me dije: "Vamos a ver al 'animal' de Ayala", me convencí de esto último. Bien es verdad que cuando hace crítica es muy amigo de hablar ex-cátedra. Está muy posesionado de su papel de magíster, y no hay Cristo que le baje de su altarcillo. Parece poseído de cierta voluptuosidad de consagrador. Un poco árbitro de cosas que no le han sido sometidas, se siente algo así como agrimensor de talentos. A uno le concede cien varas cuadradas, a otro veinte, a otro ninguna. Es una ingenuidad de hombre maduro, que se le debería perdonar, así fuera sólo en gracia de su madurez y de su buena voluntad.

Tiene Cejador un espíritu tranquilo, entusiasta, expansivo y sincero. Trabaja desde por la mañana hasta la noche con un tesón envidiable. Siempre metido en su biblioteca, que muestra orgulloso, y siempre pidiendo libros aquí y allá, acumula datos y más datos para esa *Historia de la literatura castellana* que está empeñado en llevar a cabo y de la que ya tiene varios tomos publicados. Él sabe los nombres, pero no siempre conoce las obras, de todos los escritores castellanos, aun los más insignificantes y de las más apartadas regiones de aquende y allende el mar.

Por cierto que luego de entrar yo en su estudio, me interrogó:

—¿Es usted escritor?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

Le di mi nombre. Y entonces el simpaticísimo viejo sacó unas libretas de un armario, pasó a otro, después a otro, y a otro, hasta que de repente se vino hacia mí, que le miraba maniobrar con no poca extrañeza, y me dijo con voz de triunfo:

—Aquí lo tengo a usted. ¡Mire!

Allí estaba mi nombre, en efecto, seguido de una lista de mis libros, sí que incompleta y con las fechas en desorden.

—¿Pero cómo diablos se ha procurado esos datos? —le dije, los ojos incendiados en asombro.

—No lo sé. Cosas de la vida...

Es pues asombroso, misterioso el modo como hace su obra este buen viejo. ¿Qué mañas se dará para averiguar tanto nombre? Porque él tiene apuntados, debidamente apuntados por orden de abecedario, nombres, muchos nombres, mil, dos mil, tres mil nombres de escritores. ¿Los libros? Ya los leerá algún día. Espera que se los manden. Y si no se los mandan, pues los encargará. Pero, eso sí, no se quedará sin leerlos, ni los autores dejarán de tener su parrafito reticente y travieso en esa historia que más parece un catálogo...

### MOSCARDONES

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. A Blasco Ibáñez yo no le veo la punta. Sus novelas son, todas, si no de imitación, de adaptación. Puro Zola, pero sin la fuerza ni la genial desenvoltura de ese gran generador de caracteres.

Su estilo es soporífero, incoloro, vulgar. Sus pensamientos son raquílicos. Parecen viejos convalecientes a quienes tiemblan las piernas, y que, si por acaso alguien se antoja de mover, se van al suelo y se maltratan las narices.

En materias sociales no van más lejos que cualquier vulgar republicano con humos de socialista. Sus ideas, si son suyas, las traduce en gritos, ademanes, amenazas y alardes. Produce la impresión de un cencerro atado a la cola de un caballo desbocado que corriese vertiginosamente. ¡Pura bulla, y en el fondo nada! Así, cualquiera podría resultar apóstol.

Como todos, o casi todos, los evangelizantes, nunca pone en práctica sus prédicas. Aconseja la virtud, y se deleita elogiando al populacho, que, en España, Inglaterra, Francia, China, y en todas partes, es fuente de vicio y corrupción. Celebra la democracia, y vive como burgués. Aplaudie la honradez, y es un estafador de tomo y lomo.

Quien no crea esto último, que lo pregunte a los argentinos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Juan Ramón Jiménez es un poeta sietemesino. Todo en él es débil, tembloroso y raquítico. Su espíritu es sensiblero y llorón, rayano en mujeril. Ingenuo como niño enfermizo, se cree todo lo que le dicen. Aquí una anécdota suya que le pinta de cuerpo entero.

Un buen día se pone a hacerle versos a una señorita limeña que le escribe cartas sentimentales. Cartas y versos, a cual más abundantes y febriles, cámbianse todos los correos, hasta que ya el pobre, violentamente enamorado, como un personaje de folletín, la avisa que está dispuesto a embarcarse para Lima, con el objeto de conocerla... y de casarse. Georgina Hübner, que así se llama la ninfa, asustada por la noticia, se pone en comunicación con el cónsul del Perú en Barcelona, y le hace decir que ha muerto. Jiménez llora entonces (véase el libro *Laberinto*) como una Magdalena: “¡Has muerto! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué día? ¿Y yo, Georgina, en ti? ¿Yo no sé cómo eras... morena? ¿Casta? ¿Triste?”<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Versos del poema “Carta / A Georgina Hübner / En el cielo de Lima” (*Laberinto*, 1913, pp. 71-74). (*Nota de C. G.*)

No había tal Georgina; es decir, sí la había. Era una bromista, que quiso tomarle el pelo: el señor José Gálvez, mal poeta y mal amigo... de Jiménez.

¡Pobre Juan Ramón!

EMILIO COTARELO. ¿Ustedes conocen al señor Cotarelo? La Real Academia Española de la Lengua, últimamente, le ha incorporado a su seno. El señor Cotarelo, para que se sepa, que no se sabrá, de seguro, es un buen señor que se llama Emilio y apellida Mori por línea materna, si no me equivoco, lo cual es muy probable tratándose de quien se trata. El señor don Emilio Cotarelo y Mori no tiene otros títulos que los de haberse pasado la vida en amables consorcios con las polillas de los libros clásicos, haber escrito en sus márgenes unas “anotaciones críticas” y haber lanzado a la luz pública unos cuantos estudios de filología. Son cosas con que se divierten mucho los alemanes. Los académicos españoles más alemanes por cierto de lo que aparentan, han hecho muy bien en llevar a su lado a este señor. Es una patente de mediocridad bien otorgada.

EDUARDO ZAMACOIS. Pío Baroja llama a Eduardo Zamacois “papagayo literario”. Indudablemente, este Baroja es un hombre de talento.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA. Si además de los géneros literarios patentados hasta hoy, se aceptase la existencia, puesto que existe, de uno más, al que pudiera llamarse culinario, Gregorio Martínez Sierra tendría ya cabida precisa en un catálogo por secciones. Sería como el jefe del gremio, el “primer cocinero”. No es ni siquiera un escritor doméstico como hay muchos. Su sitio es algo inferior: está en la cocina. Toda su obra literaria da una sensación de “plato del día”, una ensalada rusa o un trozo de carne a la portuguesa. Después de todo, tiene el buen hombre una cara muy apropiada, una cara y un cuerpo que están pidiendo a gritos el gorro y el delantal de los profesionales. A mí, que soy tan arbitrario en mis juicios, y tan atrabiliario algunas veces, se me antoja que cuando se le dijese: “Gregorio, traiga usted alcachofas a la vinagreta”, se presentaría con un tomo de las *Cartas a las mujeres de España*. He aquí su menú:

Fiambre	Teatro de ensueño
Sopa	Mamá
Pescado	Todas las traducciones de Rusiñol

Frituras	Las golondrinas
Postre	La casa de la Primavera, o frutillas en chantilly

JULIO CASARES. ¿Y qué decir de Casares? Pues de Casares nada. Es de esos hombres de quienes no se debe hablar para no darles importancia. Entre otras cosas, por inútil. ¿De qué, para qué ha servido su *Crítica profana*? La gente, entre la gente yo, sigue creyendo en Azorín, en Valle-Inclán, y en los otros. Conque, al cesto, y sobre el cesto un salivazo...



*España no existe*

ALBERTO HIDALGO

Conferencia leída en un café de Madrid,  
ante una veintena de amigos,  
el 25 de julio de 1920

BUENOS AIRES  
— 1921 —



*A*

*ALFREDO GONZÁLEZ PRADA*



## INTROITO

Amigos: las primeras palabras que os voy a decir, no son de agradecimiento, cual es de uso, sino de felicitación. De felicitación porque, siendo españoles, habéis tenido el coraje de venir a escucharme, sin faltar uno, todos veinte, los únicos invitados, a pesar de que sabíais por haberlo yo advertido, que esta noche voy a hablaros mal de España. Al pensar, hace mucho tiempo, esto que he escrito ha poco, a insinuación de vosotros, solía preguntarme: “¿A quiénes, sino a españoles, he de decir estas cosas?” Y había razón en mi pregunta. Porque ningún fin saludable hubiera tenido que las dijese a un público suramericano. Ello hubiera servido, de servir algo, para producir en ese público una corriente de aversión a este país, cosa que está muy lejos de mi propósito. Antes bien, yo aspiro a crear, dentro de España, un sentimiento de pudor al ver lo desgarbado de su desnudo, que la haga enmendarse lo antes posible, cubriendo sus carnes viejas con los trajes de la civilización, la dignidad y la cultura.

Ya me parece haber visto dibujada una mueca de disgusto en vuestros rostros, al escuchar mis últimos vocablos. ¡Perdón, amigos míos! Pero en este caso, me permito deciros que faltaríais a vuestro compromiso si os disgustárais conmigo. Me habéis asegurado que tenéis los espíritus lo bastante tolerantes como para escuchar impasibles todas mis acusaciones, por graves que fueran. Por esta razón, os reclamo solemnemente el cumplimiento de vuestra oferta. Y así pues, espero que no daréis motivo para quejar de vosotros. Por otro lado, en pago de ello, yo os declaro, con toda la lealtad de que soy capaz, que ninguna de mis frases lleva intención de herir susceptibilidades más o menos justas. Las hay muy agresivas, rotundas y violentas, lindantes acaso con el libelo. Pero no han sido construidas, os lo juro, puesto de rodillas si queréis, con el expreso fin de fastidiar, sino con el muy santo y noble de decir verdad lo más descarnada y claramente posible. Y esto, señores, basta para disculparlo todo.

Ha pocas noches, uno de vosotros, movido por conceptos que emití, me echó en cara el ser franco, juzgó que soy “severo por deliberación y sistema”, y, de remate, dijo que estoy al servicio de un afán “antiespañol-

lista". Protesté entonces y protesto ahora. A todo el que es amigo de presentar las cosas en camisa y, mejor todavía, al descubierto, suele creer la gente enemigo de esas cosas. Es una insensatez. Yo no soy antiespañol; quizás sea tan español como ustedes. Ya lo dijo Bartrina: el que habla mal de España es español.

Pero sucede cosa muy importante. Allá en mis selvas americanas, yo era un frenético enamorado de España. Vine a conocerla, y no la encuentro por más que la busco. Y entonces grito: España no existe. Es decir, esa España caballeresca, quijotesca y todas las otras escas conocidas; esa España brava y guerrera de que nuestros padres nos hablaban cuando éramos niños; esa España de las mujeres bellas; de ojos enloquecedores<sup>1</sup>; esa España trágica de los toros terribles y los toreros valientes; esa España absolutista de los reyes donjuanescos y tiranos, todo junto; esa España de las ciudades únicas, llenas de monumentos y recuerdos de la antigüedad; esa España de los poetas admirables, de los donceles enamorados, de los trovadores bajo la luna, de los espadachines, de los dueños al volver de una esquina; esa España no existe. Y es más: dudo de que haya existido.

Y dudo también de que haya pueblo más embustero que el español. Los españoles le habéis hecho al mundo eso que vulgarmente se llama meter gato por liebre. Habéis hablado de una España falsa, una España apócrifa, una España que si alguna vez existió fue sólo en la imaginación de poetas románticos y más o menos histéricos.

España ¡qué triste certidumbre!, es un país sin carácter, sin personalidad propia, vulgar, y, lo que es peor, tan atrasado que nos obliga a creer que los franceses tienen razón cuando afirman que África empieza en los Pirineos...

Mentiría si dijese que no tiene color nacional. Sí, lo tiene; pero es un color como el de la ropa demasiado expuesta al sol, un color agonizante, mate, desvanecido como el perfume de un frasco abierto. Es algo, señores, que pertenece a la Historia y que la Historia muestra, no pura y simple, sino condimentada con las salsas con que ella, máxima cocinera, suele condimentar ciertos manjares.

En el discurso de esta conferencia, si hemos así de llamarla, no trato precisamente, y es natural, de lo que España no tiene, de lo que hubiera

---

<sup>1</sup> Aquí se me ocurre una greguería, digna de Ramón Gómez de la Serna: ¡En España son feas hasta las mujeres bonitas!

querido ver y no he visto. Me ocupo de lo real, de lo efectivo. Y solamente de lo más destacado, de lo que aparece en relieve, que el abordar otros asuntos, tantos como falta de abordarse, habría exigido el transcurso de varias charlas o las dimensiones de abultado libro.

Una vez más, repito, confieso que estoy cierto de que me escucharéis con serenidad. Os hablaré, pues, con la franqueza, con la rudeza, con la asperaleza del hermano que al regresar repreueba a los hermanos mayores el descuido de la casa, la malversación de la hacienda y la mengua del honor heredados.



# I

## LAS CIUDADES

Un curioso ejemplar de millonarios con talento, Felipe Tomás Marinetti, ha clamado, es bien sabido, hacia los cuatro puntos del horizonte, en esa su pirotécnica literatura de manifiestos, contra los edificios, esculturas y cuadros de la antigüedad, porque, según él, han convertido a Italia en centro de reunión de turistas rastacueros. Yo soy de los que le dan la razón. Pero me interrogo: ¿qué diría Marinetti si estudiara el caso de España?

Porque si toda Italia es un museo, toda España es una tienda de antigüedades. Y ya se sabe que en las tiendas de antigüedades, para colmo de colmos, no hay cosas antiguas sino cosas viejas. Todo lo español da una sensación de acabamiento, de caducidad.

Donde mejor puede esto comprobarse es en las ciudades. Yo, es claro, no las conozco todas; mas sí las principales. He visitado Toledo, Barcelona, Sevilla, Burgos, Salamanca, Segovia, Cádiz, San Sebastián y Granada. San Sebastián es la única moderna y de suyo la única decente. Las demás podrían ser llamadas ciudades-sandwich<sup>2</sup> unas, y ciudades en construcción otras. A esta última categoría pertenece también Madrid<sup>3</sup>. A aquellas yo las llamaría de ese modo porque son como los sandwich: los barrios viejos están metidos entre dos rebanadas de calles con pujos modernos. Por lo demás, los mismos barrios viejos, no son viejos en realidad; con propiedad pudiera decirse que son barrios envejecidos, descuidados, en pleno deterioro. Sus monumentos, esos de que tanto nos han hablado, nos hablan y nos hablarán durante siglos de siglos, son tan escasos que es menester buscarlos con candil. Y una vez hallados, no responden a los elogios que de ellos conocemos.

El caso de San Sebastián no puede, no debe pasar desapercibido. Ésta, dentro de España, es una ciudad extranjera. Extranjera no sólo por

---

<sup>2</sup> ¡Hay que suramericanizarlo todo! ¡Por qué escribir sándwich?

<sup>3</sup> [Nota de C. G.] Por estas fechas se estaba dando fin a la construcción del primer tramo de la Gran Vía.

ser diferente de las otras sino de manera primordial por haber sido elevada al nivel en que se encuentra por los extranjeros que, atraídos por la benignidad de su cielo, acuden a ella, por veranear, de diversas regiones del mundo. No es posible negar que si los franceses no estuvieran al lado, San Sebastián no sería lo que es. Lo cual se me antoja que no es muy decoroso.

## EL PAISAJE

Mucho se ha hablado del paisaje. El propio Azorín le ha dedicado un libro. Justo es, y laudable, que algunos esfuerzos sean dedicados a describir la naturaleza. Pero desgraciadamente, la intención ha sido casi siempre aviesa. Los escritores han hecho, y siguen haciendo, el papel de los jugadores poco honestos: quedarse a dos ases. No han descrito el paisaje por el simple hecho de describirlo, rindiendo culto a la belleza, sino con el deliberado fin de hinchar y más hinchar sus libros. Las novelas, con especialidad, pecan de este pecado. Entre personaje y personaje, sin ton ni son, se ha metido pedazos de panorama: campos, montes, huertas. Todo, repito, con el objeto de hacer crecer los volúmenes. ¡Como si la bondad de un libro residiera en su tamaño!

Mas, hay en esto un aspecto interesante, si se quiere. Es el exceso de hipérbole con que se ha ponderado su hermosura. Leyendo libros españoles, en América, el lector imagina que España debe de ser el paraíso. Algo de lo que ha sido más y con mayor frecuencia elogiado, es la sierra del Guadarrama. ¡Y, oh, señores! La sierra del Guadarrama no vale las dos terceras partes de su renombre. Al hombre que viene de América, esas montañas se le antojan confites...

He recorrido el país de este a oeste y de norte a sur. Jamás he hallado un paisaje capaz de satisfacerme. Los mejores trozos me han parecido o tontamente pueriles o delicaduchos en exceso. Vuestro paisaje es un paisaje de cartón, un paisaje de biombo, un paisaje de dibujo infantil, un paisaje afeminado. No hay firmeza de tonos, aspereza de conjunto, rotundidad de líneas. El paisaje americano puede ser, será, es todo lo salvaje, todo lo brusco que se quiera; pero da una fuerte sensación de vida, de grandiosidad y de locura. El español, da una idea de naturaleza muerta o por lo menos anémica y arterioesclerósica.

Aquí no hay volcanes que rujan, ríos que se desmelenen, encrucijadas que asusten, bosques que atemoricen. Ni hay tampoco crepúsculos que hagan delirar, mullidos céspedes en que adormirse, gratas sombras en que encontrar cobija, blandas ramas en que hamacarse. Digo verdad si digo que el paisaje español es un paisaje de ficción, engañoso y vulgar.

## LAS IDEAS

Una cuarta parte de los habitantes del reino la componen frailes y monjas. Monjas y frailes son los únicos que no creen en la religión católica. Es lógico. ¿Cómo se ha de creer honrado el que se sabe ladrón? Los demás son fanáticos, fanáticos ciegos. Hasta en los más nimios detalles dejan traslucir su fanatismo. Ante las puertas de las iglesias, ya vayan en tranvía, coche o a pie, los hombres se descubren y las mujeres persignan, murmurando extrañas avemarías. Esto es: conservadorismo<sup>4</sup> en religión.

El sistema de gobierno es el mismo de hace doscientos, trescientos, cuatrocientos años. Ni siquiera las prácticas se dan el lujo de evolucionar. La Inquisición ha cambiado de nombre, pero no de métodos. A Torquemada le han sucedido Maura, Romanones, Alba, La Cierva, Dato, y luego vendrán Melquiádes Álvarez, Cambó y Lerroux. Esto es: conservadurismo en política.

Los escritores escriben las mismas cosas y más o menos en las mismas formas que usaron Cervantes, Quevedo, Lope y Calderón. Los más audaces imitan a los extranjeros, ya sean franceses, suramericanos, alemanes, rusos o noruegos. Y la imitación es una manera de conservar. Hay verdadera fobia por lo cosmopolita; existe el odio de lo nuevo, y a todo lo que lo es, se le llama despectivamente “exótico”. Esto es: conservadorismo en literatura.

Ha echado grandes raíces el culto de la nobleza. Las jerarquías sociales lo invaden todo y todo la dividen. El abolengo es buscado hasta bajo la tierra. No interesa averiguar si el recién llegado es persona honorable; lo importante es saber si desciende o no de “padres ilustres”. De esta lacra es buen síntoma la manía de la ceremoniosidad y el cumplido elevados al cubo. Antes de la firma, en las cartas, no se acostumbra el sobrio “servidor de usted”, sino el antipático “le besa las manos” o el humilde “a los pies de usted”. Esto es: conservadorismo en sociedad.

Hasta los últimos pisos de las casas, a riesgo de asfixiarse, la gente sube grada por grada, pues les tiene miedo a los ascensores. Para trasladarse de una región a otra, se prefiere el lomo de la bestia al asiento del ferrocarril. Mayores comodidades se les encuentra a los barcos de vela que a los de vapor; al caballo de paseo, que al automóvil; al candil, que a

---

<sup>4</sup> ¿Por qué se ha de decir conservadurismo?

la luz eléctrica; al sereno, que a la llave de la puerta de calle. Esto es: conservadorismo en la vida.

Así, el estado de las ideas es éste: conservadorismo en religión + conservadorismo en política + conservadorismo en literatura + conservadorismo en sociedad + conservadorismo en la vida = época cuaternaria.



## II

### EL IDIOMA

Esto es pintoresco en grado superlativo: en América se habla y escribe el español mejor que en España. Los españoles lo saben y algunos hasta lo confiesan. El señor Julio Cejador, verbigracia, publicó el 7 de marzo, en *La Tribuna*, de Madrid, un artículo en el que declaraba que en Argentina se habla el idioma con más casticidad y pulcritud que en la península. Y conste que en Argentina, y esto es un mérito, se ha introducido en el castellano voces procedentes del inglés, el alemán, el ruso, el italiano y el polaco. ¿Qué se diría si se tomase en cuenta países como Perú y Colombia, donde se conserva todavía, por encima de su aparente modernidad, el idioma de nuestros mayores?

Dato semejante es buen argumento, entre otros muchos, con que probar la decadencia de la raza. Es abonable que se emplee giros y palabras extranjeras, conforme lo vayan eligiendo el transcurrir de los tiempos, la aparición de nuevas necesidades y el nacimiento de ideas modernas; pero incita a la compasión el que se deje desaparecer el espíritu de un idioma, que siempre, de este o el otro modo, representa el espíritu de una raza.

El español, en España, no ha evolucionado lo más mínimo. Y si alguna evolución ha tenido, ha sido en sentido inverso, es decir, regresiva. En lugar de enriquecerlo, lo han desmejorado. El pueblo habla una jerga de lo más estúpida. En la literatura es donde mejor puede estudiarse el punto. ¿Qué escritores, por ventura, han hecho lo que d'Annunzio con la suya: purificar su lengua? ¿Qué nuevos matices le han dado? ¿Qué sutilezas de estilo han traído? Los novelistas, comenzando por ese mastuerzo que se llama Blasco Ibáñez; los críticos, cuyo mejor representativo es el soporífero González Blanco; los dramaturgos, a la cabeza de los cuales va el peligroso, el sospechoso, el inabordable Benavente, hablan y escriben todos como periodistas, en estilo de reporteros. Azorín es caso aparte y por eso, cabalmente, nulo: se le lee poco.

Algunos, más romos de entendederas y estrechos de horizonte, imaginan virtud imitar a los clásicos. El tipo de estos es Ricardo León, ese

baturro más nacido para segundón de sacristía que para escribiente de Academia. No dejan de ser listos los tales. Transitan, después de todo, por el camino más fácil. Con leer algún tiempo unos cuantos autores del siglo XVII, cualquier fulano escribe como ellos. Y el público, que, para estas cosas en América, y para todo en España, es un bobo de Coria, les bate palmas y les lanza hurras, imaginando liebre lo que apenas es gato.

Cosa también muy esencial para nuestro objetivo, es recordar que al idioma español le pasa lo que a la literatura: está desapareciendo. Contribuyen a ello la diversidad de razas y los antagonismos regionales. Cada tribu quiere imponer su dialecto. Y así los catalanes hablan catalán; los vascongados, vascuence; los valencianos, valenciano.

¡Pobre castellano, haber tenido que refugiarse en América para poder subsistir! Y de América ya se comienza a echarle. Yo, por ejemplo, tengo a orgullo no escribir en español: escribo en suramericano...

## LA ORATORIA

Es cosa corriente decir que los hombres nos diferenciamos de los demás animales por la palabra, por el don de la palabra con que hemos sido favorecidos. Error. Es, más bien, por la palabra por lo que nos parecemos más a las bestias. Yo debería decir que es por el mal uso de la palabra; pero no lo digo, teniendo en cuenta que el habla ha degenerado tanto que ya lo más inteligente es estar callado siempre. Hemos llegado a la época en que la mayor elocuencia es la del silencio.

Ésta es una elocuencia reñida a muerte con los españoles. Vosotros lo habláis todo. Sois unos loros. Para darle a uno los buenos días, le pronunciáis un discurso; para lustrarle los zapatos, otro discurso; para pedirle un cigarrillo, otro; otro para convencerle de que Juan Ramón Jiménez es mejor poeta que Homero, y otro y otro y otro para eso y lo de más allá.

En el Congreso, los diputados se divierten de lo lindo pidiendo a la presidencia, cada cinco minutos, el uso de la palabra. No se preocupan de los problemas sociales, ni de que el país tenga elementos de vida, ni de que no se robe la hacienda pública, ni de que disminuya el analfabetismo, ni de nada por el estilo. Su única preocupación es la de hablar. ¡Hablar! Por eso, lo que más abunda son discursadores. Hay más oradores que carpinteros, que sastres, que labriegos. Cualquier mozo de café se siente superior a Castelar. Y esto no es muy audaz, puesto que Castelar no era demasiado superior a un mozo de café. De allí el atraso y el retroceso del país.

Con los títulos de *Jornada municipal* y *Una sesión borrascosa y pintoresca*, publica el diario *La Tribuna* la siguiente información:

Se abre la sesión a las once, presidiendo el Conde de Limpia.

Leída y aprobada el acta anterior, el Concejo queda enterado de los asuntos al despacho de oficio.

EL TEATRO DE LA GRAN VÍA.— Se pone a discusión el dictamen en que se propone, de conformidad con la moción de la Alcaldía-presidencia, se declare caducada la concesión de terreno que ocupa el teatro de la Gran Vía, otorgando a los concesionarios un plazo de quince días para desalojar el solar.

El señor Araquistain, de la minoría socialista, defiende, en un extenso discurso, la caducidad de la concesión y manifiesta que el alcalde anterior señor Garrido Juaristi, al no dar cuenta al Municipio de las comunicaciones del señor Salaberry, incurrió en responsabilidad, que, a su entender, debe exigirsele.

El señor Farge se declara en contra de la caducidad, pronunciando un discurso tan extenso, que la mayoría de los concejales dormita en los escaños. Defiende la gestión del señor Garrido Juaristi, interrumpiéndole el señor Araquistain, diciendo: "Sus señorías son ramificaciones del señor Garrido Juaristi".

—Sí, los intereses creados.

El señor Rodríguez, con su voz aflautada, pronuncia unas palabras que no oímos, que son contestadas con voces y gritos de la minoría socialista. Comienza el escándalo. El alcalde da campanillazos sobre la mesa, rompiendo la campanilla.

Calmados los ánimos, el señor Farge continúa su soporífero discurso, manifestando que no está en su ánimo agriar las cuestiones, dada la cordialidad en que desea llevarse con todas las minorías.

El señor López Dóriga:

—Hasta que se le apruebe la proposición que su señoría ha presentado, para que adoquinen el trozo que necesita de la calle de Embajadores.

El señor Fernández (don Valentín) protesta de los anteriores palabras en términos duros, volviendo a producirse el escándalo, y el alcalde a romper otra campanilla.

Entonces interviene en el debate el señor Alberca, que apoyándose en datos de la Historia se declara en contra de la caducidad.

Por fin, se pone a votación el asunto, que es desecharlo por 26 votos contra 14.

OTROS ASUNTOS.— Con motivo de la concesión de apertura de una carbonería, el señor Martín y Martín (don Eustaquio) habla del precio de las patatas, interrumpiendo el señor García de Vinuesa que qué tiene que ver una cosa con otra.

El señor Román (don Hilario): Como el alcalde les tiene miedo a los ruegos y preguntas, pues se tiene que hablar cuando se puede.

El señor Saoruil: Eso es; yo llevo cinco sesiones sin poder decir nada, y la prensa luego dice que aquí no se hace nada, y es menester ir contra la prensa; bueno.

El señor Reglero: ¿Y yo cuándo voy a hablar?

Se produce otro escándalo, pues todos los concejales quieren hablar, haciéndolo al mismo tiempo. Por encima del barullo se oye la voz del señor Reglero que dice: "Aquí traigo los papeles —enseñando un enorme montón de documentos. Si no se me deja hablar voy a decirle al pueblo lo que aquí pasa". El orador se dirige al balcón, y, no pudiendo abrirlo, vuelve al escaño. Continúa el escándalo buen rato, y el alcalde inutiliza, mientras tanto, dos campanillas más.

Se aprueba el dictamen que dio lugar al incidente, y continúa la sesión.

Habiendo transcurrido las horas reglamentarias, el señor alcalde propone que se prorogue la sesión hasta que se terminen los asuntos de la orden del día.

Piden la palabra treinta concejales.

El señor Álvarez Arranz opina que se deben celebrar dos sesiones extraordinarias, y el señor Reglero dice que como la prensa no da bastante extensión a las reseñas de sesiones del Ayuntamiento, éste debe editar un diario y publicar íntegros los discursos de los concejales.

Ampliamente se discuten estas dos proposiciones.

El señor Tato y Amat habla tan acaloradamente que es completamente imposible tomar nada de su discurso. El señor Navarro Enciso llama la atención sobre que se está hablando de una cosa distinta de la prórroga de la sesión.

El alcalde, muy incomodado, da fuertes campanillazos sobre la mesa, terminando por romper la campanilla. Un ordenanza se acerca a la mesa presidencial y dice al alcalde que ya no quedan más campanillas en el Municipio, y que siendo las dos y media, y estando las tiendas cerradas, es imposible comprar otra.

El conde de Limpias da cuenta al Consejo del aprieto de la campanilla, proponiendo el señor Rodríguez que se la sustituya con la bocina del automóvil del alcalde.

El señor Sánchez Baytoa, tomando la broma en serio, pide la lectura del artículo de la ley municipal pertinente al caso, y leído éste, y no encontrando ningún precepto legal que se oponga a ello, está por que la bocina del automóvil sustituya a la campanilla.

Con motivo de una interrupción del señor Araquistain, considerándose aludido el señor Fernández (don Valentín) se entabla entre ellos un tiroteo de palabras que la presidencia corta rápidamente.

En votación nomina se acuerda levantar la sesión, siendo las cuatro de la tarde.

Nada más rotundo que los hechos. Como se ha visto, los señores municipales de Madrid, acostumbran emplear nada menos que cinco horas en discutir simplezas y pelearse por un quítame allá esas pajas. Cinco horas y nada en claro. ¡Ni siquiera un par de bofetadas! Todo, los alardes, las valentonadas, los quiijotismos, todo de boca afuera.

## LA ADJETIVACIÓN

He aquí una de las manías más arraigadas en el maníático espíritu español. Es manía hermana de la anterior. La adjetivación y la oratoria caminan siempre de bracero. Yo no sé de orador alguno, en el mundo todo, que hable sin adjetivos, mejor dicho, que hable sin más adjetivos de los necesarios. Por eso es que todos los discursos, sin quitar nada a su sustancia, cuando la tienen, lo que ocurre pocas veces, pueden reducirse, sin mucho esfuerzo, a la quinta parte. Una peroración de Maura, por ejemplo, de esas que duran cuatro horas, cabe toda en una plática de diez minutos, con sólo suprimir los adjetivos.

Para convencerse, si se pone en duda, de la existencia de este pecado de la adjetivación, tómese cualquier periódico, ya sea diario, ya sea revisita. Siempre se encuentra cosas parecidas a estas: "El ilustre crítico don Ramón Pérez de Ayala", "El insigne novelista don Joaquín Belda", "El eminent actor don Enrique Borrás", "El eximio zapatero don Pedro López", "La maravillosa soprano María Barrientos", "La simpática y gracia tonadillera Pilar Molina". ¡Por Dios!, ¿no sería mejor decir simplemente: "El crítico don Ramón Pérez de Ayala", "El novelista don Joaquín Belda", etc.?

La génesis de esto es fácil de explicar. Es cuestión de fonética y, mejor todavía, de acústica. El oído español parece hecho para la oquedad, la rimbombancia, la hinchaón, la algazara tamborilera. El trombón, el parche y la matraca han sentado plaza de reyes. Son más reyes que los reyes con corona y con cetro. La gente les tiene por ídolos.

Desde Quintana hasta nuestros días, la literatura es una cosa vacía, enfática y pedantesca. Hasta diría que la literatura española ha desaparecido, convirtiéndose en algo que pudiera llamarse "género discursivo". Ya no hay novelistas, poetas, filósofos ni críticos; ahora sólo hay oradores. Los poetas, que son los más fuertes para soportar las catástrofes, han echado en olvido ¡desmemoriados! las lecciones que les dio Rubén Darío. Ahora no hacen otra cosa que discursos con rima y algunas veces con ritmo. ¡Qué triste!

Todos, escritores, médicos, abogados, políticos, no saben sino esto: adjetivar. También lo hacen un poco por sumisión gerárquica, por esclavitud, por espíritu monárquico. No podrían vivir sin reyes. Y como sólo era posible tener uno, se han creado otro, que no es de carne y hueso, pero que es rey al cabo: S. M. el Adjetivo.

## LA HIPÉRBOLE

La hipérbole no podía dejar de tener raíces. Aberración hubiera sido. Precisamente, pocos campos tan a propósito como éste para el mejor desarrollo de la planta. Estéril es el suelo para el trigo, cuyo fruto ha de ser importado, so pena de no gozar del pan nuestro de cada día; más es fecundo y solícito para este árbol de anchas hojas, ingrata sombra y ninguna savia.

Nada, aquí, se dice sin exageración. El tono hiperbólico lo ha invadido todo: la literatura, el foro, la política y la charla familiar. Si se lee un libro, se dice o que es el mejor que se ha escrito en el mundo o que es un solemne mamarracho; si un hombre da muerte a otro, se le califica de trágico asesino, delincuente neto y monstruo humano, o, en cambio, se le llama inocente, piadoso sujeto, incapaz de delito; si pasa una mujer bella, se la juzga maravillosa, sobrenatural y más bella que todas las bellas que en el mundo han sido.

Véase, que mejor que nosotros hablan los ejemplos, cómo comienza en *El Día*, de Madrid, la reseña de una corrida de toros, a la que han sido dedicadas nada menos que cuatro columnas del diario:

Homero legó al mundo *La Iliada*, epopeya gloriosa del pueblo helénico; Shakespeare dio a la humanidad su *Hamlet*; Cervantes regaló a los siglos su glorioso *Quijote*, síntesis maravillosa de una raza y esquema espiritual de todas; Goethe escribió *Fausto*; un genio pintó la divina *Gioconda* y otro inmortalizó, rebajándolo, el espíritu de Dionisos, en *Los Borrachos*; Miguel Ángel modeló *Moisés*, haciendo hablar al mármol el lenguaje de la inmortalidad...

A vosotros me dirijo, ¡oh, genios! Yo os pido vuestras plumas, vuestros pinceles y vuestros buriles; yo, pobre, insignificante, mezquino, atómico, llego a vosotros, de rodillas, para que me elevéis sobre el polvo de mi mezquindad, y poder con vuestros mohosos e inmortales trebejos, cantar las glorias del más grande torero que han visto los pasados siglos y esperan ver los venideros; del Grande, Único, Colosal, Estupendo, Glorioso, Archiespantoso, Prócer y Magnífico Juan Belmonte.

Las faenas que hizo Belmonte ayer en la plaza de Madrid, y que llenaron de espanto y admiración a 13.000 espectadores, las conocerán ya en Marte.

Desde los Pirineos al Himalaya, desde el país fantástico donde vuela el pájaro dulce que habla, hasta el polo, donde habita la foca; desde el yermo a la selva y desde el bosque a la montaña; desde el palacio de marmóreas balaustradas hasta la choza mísera; lo mismo el que rige la mancera junto al surco, que el que vigila el faro; todos, estantes y habitantes de la tierra; hidal-

gos, próceres, plebeyos, tacaños, pródigos, deportistas y paralíticos, sanos y enfermos; todos, todos, todos sabrán a estas horas que Juanito el Grande, en una borrachera de arte, en un ataque de locura, de valentía y arrojo, se excedió, se irguió, voló en la cima de la taurofilia, dejando escrita, en caracteres indelebles, una fecha histórica: 20 de junio de 1920.

Ustedes, a la vez que admirado una pieza de la más genuina literatura española, habrán visto confirmadas mis anteriores aseveraciones. ¿Verdad, que el ejemplo es contundente? Después de esas evocaciones epopeyicas y esos adjetivos con mayúscula, ya nada queda por decir...

## ESTÁ BIEN

Si es verdad que las cosas triviales, bien vistas, suelen ser las que tienen mayor trascendencia, no está demás dedicar unos minutos a una observación que cae en el terreno de la banalidad, pero de la cual pudiera hacerse, por espíritus avizores y prolijos, muy felices y fecundas deducciones.

Vuestros escritores tienen por suma perfección llevarle la contraria al público, si se me permite usar una expresión popular. Está, pues, de moda dar al público lo que éste no quiere que le den. Pensar de modo contrario que él piensa, he ahí lo que se persigue. Hacer cosas extrañas a él, epatarle, es tenido por muy elegante. Así, ya que el público tiene la inveterada costumbre –vicio racial– de exagerar las cosas, los escritores han dado en rebajarlas. Viendo que el público es hiperbólico, los escritores se han hecho ponderados.

Para aliar este afán de la mesura con el tradicional de la galantería, se ha encontrado una fórmula que permite elogiar sin elogiar, mejor dicho, escamotear un ditirambo sin ofender a quien lo busca. Esa fórmula es: “Está bien”. Ejemplo: si al señor Gabriel Alomar se le pregunta qué opinión tiene del señor Pompeyo Gener, el señor Alomar responderá de fijo: “Pompeyo Gener está bien”.

Interroguemos a don Jacinto Benavente.

–¿Qué le parece el artículo que ha escrito contra usted, don Ramón Pérez de Ayala?

–Está bien.

Naturalmente, a don Jacinto no se le antojará bien el artículo de Ayala. Pero eso no tiene importancia; la cuestión es soltar la frase.

Es poco menos que endémico el estribillo de “está bien”. De veinte veces que se hable con un escritor, diecinueve se le oirá decir “está bien”. Cualquier rapazuelo de provincia que se dé el lujo de pergeñar unas cuartillas o rimar unas décimas, se cree ya en la obligación de responder “está bien”, trátese de lo que se trate. Por lo demás, el ritornelo está pasando tanto de boca en boca, que de repente va a ser oírlo de labios de mercaderes, lustrabotas y carreteros. ¡Ah!, el día que eso se realice, los escritores lo borrarán para siempre de su vocabulario, cuidando, claro, de buscarle un sucedáneo.

No faltará alguno que me asalte con el argumento de que se dice “está bien”, porque todo está bien. Sería argumento bastante pobre. Soy de los

que creen que todo está bien, incluso lo malo, que sirve –ya se sabe– para que se note lo bueno. Pero no es éste el caso. La verdad es que sólo se dice o para fingirse parcitos en el aplauso o para encubrir la cobardía de no afrontar una respuesta decisiva. Lo cual quiere decir que el “está bien” es algo que está mal.

## ¡COSAS DE ESPAÑA!

La frase de que acabo de hablar no es, ciertamente, la única que se usa. España es por excelencia el país de las frases. Hay tantas en circulación, que dentro de poco va a olvidarse el idioma y la gente se verá obligada a entenderse por sólo esas frases. Una de ellas es: ¡Cosas de España!

Esta frase lo arregla todo. Los defectos y los que no son defectos del país. Debido en mucho a ella, los españoles imagináis que España es el peor de los mundos, olvidando a veces que el león no es tan fiero como lo pintan. Una calle desempedrada la queréis pavimentar diciendo ¡cosas de España! Las crisis ministeriales os parecen ¡cosas de España! Los malos escritores se os imaginan ¡cosas de España! ¡Como si sólo en España hubiera malos escritores, crisis ministeriales y calles desempedradas!

Y aquí, mis veinte amigos, voy a leeros casi íntegro un artículo de un gran escritor español, un escritor vuestro, que vosotros habéis echado al olvido. De paso, digo que este olvido es muy digno de vosotros, porque, a decir verdad, el escritor a quien me refiero tenía demasiado talento para ser español. Dice así:

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudieramos citar, en el vocablo político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan finamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solidado siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeron. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de ésa de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos, y humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una

vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

*En este país...* ésta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: ¡cosas de este país! que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser este su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón sin embargo, o la naturaleza por mejor decir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germe y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía sin saber que, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Éste es acaso nuestro estado, y este a nuestro entender el origen de la fatalidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe, y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un sumtuoso convite incierto, que se verificará o no se verificará más tarde. Sustitu-yamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdenosa de su país, fue no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontrele en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y en sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera, me dijo. ¿Qué quiere usted? En este país... Y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñose en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beefsteak* con todos los adherentes de un almuerzo *à la fourchette*; y que en París los que pagan ocho o diez reales por un *appartement garni*, o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con *champagne*.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente a pesar de su notoria inutilidad. Llevome, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeño que él. —*¡Cosas de España!* me salió diciendo al referirme su desgracia. —Ciertamen-

te, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él. —Cosas de España!, me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan a los necios, dije yo para mí.

Llevome enseguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

—¿Lo ve usted?, me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no hay libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

—Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos?, le pregunté sin embargo.

—No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times*!!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país, y clamaba: ¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se construyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco. ¡No hay limpieza en España! exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo. ¡Ah! ¡país de ladrones!, vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres donde en la calle acontecen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeúntes.

Nos pedía limosna un pobre. ¡En este país no hay más que miseria! Exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Íbamos al teatro, y ¡Oh, qué horror!, decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café. No entremos. ¡Qué cafés los de este país!, gritaba.

Se hablaba de viajes. ¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar!, ¡qué posadas!, ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresá de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto<sup>5</sup>!

¿Por qué los don Periquito que todo lo desprecian en el año 33 no vuelven los ojos a mirar atrás, o no preguntan a sus papás acerca del tiempo que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canesa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del Cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en el *Sí de las niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, o las malhadadas ventas para caminantes ascendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el Marlborough (o Mambrue, como dice el vulgo) cantando a la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin... en que...

Lo que he leído lo escribió Mariano José de Larra. Larra, a quien todavía no habéis levantado un monumento en una de vuestras mejores plazas; Larra, a quien nunca comprendisteis y a quien jamás comprenderéis del todo; Larra, quien se avergonzó siempre de haber sido español, aunque no lo dijera o dijera lo contrario nada más que porque era compasivo con los animales...

---

<sup>5</sup> ¡Oh! Desde 1833 en que se escribió esto, las cosas deben de haber caminado al revés; no de otro modo se explicaría el que España esté ahora más atrasada que estaba en 1833... (Nota de A. H.; 1920).



### III

#### NOMINACIÓN DE LAS CALLES

En Buenos Aires las calles tienen nombres de caciques: Rivadavia, Sarmiento, Lavalle, Mitre, Güemes, etc. Esto tiene una razón de ser: la gratitud de quienes, por esos hombres, fueron favorecidos con un puesto público o una pensión nacional. Allí, cuando un individuo es elegido miembro de la Municipalidad, lo primero que hace, lo primero que debe hacer, es acordarse de quien le “dio la mano”, vale decir, de quien lo salvó de la miseria. Se pregunta: “Cómo agradecerle a don Fulano los servicios que me prestó?”. Y, sin mucho pensar, se levanta de su asiento, en la primera sesión del llamado Concejo Deliberante, y pide que a la calle tal se le dé el nombre de su protector, llámese éste Alsina, Moreno o Sáenz Peña, previo elogio de su obra y vida y previa frondosa adjetivación de los “méritos” de su héroe. Los demás concejales, sin decir chis ni mus, aprueban el pedido, no porque estén de acuerdo sobre la existencia de las nombradas excelsitudes, más si porque también a ellos, en su oportunidad, les aprueben la patente de glorificación de otro Mengano, que tienen premeditada.

En todas las ciudades españolas ocurre fenómeno semejante; pero, eso sí, doblemente ruin y vergonzoso. El viajero, a poco de caminar, no puede menos que indignarse o, en su defecto, ponerse a reír. Aquí las calles tienen nombres de reyezuelos y de dignidades otorgadas por ellos. Así tenemos la calle de Fernando VII, la calle de Alfonso XII, la calle del Marqués de Urquijo, la calle del Conde de Aranda. Conviene fijarse en que no se llaman como ellos, sino que son de ellos. Hay que parar mientes en la partícula “de”. Ese “de” indica posesión según parece. Es concebible que se diga calle Hidalgo, pero no calle de Hidalgo.

La costumbre argentina, con todos sus defectos, resulta plausible, porque es reveladora de un sentimiento dignísimo: la gratitud. En cambio, la española es de todas veras punible y lamentable. Revela humildad, vasallaje, sumisión, degradación social. El pueblo pronunciando todos los días los nombre de sus amos, ¡qué asco!

NO HAY BAÑO. PERO  
SE DA BUEN TRATO

En las puertas de muchas casas, hay pegadas efigies de santos, según sea la devoción del propietario. Unas son de San José, que aparece luciendo una barba de muchos días, como para probar que en su tiempo no había barberos; en otras estampas está la Virgen María, compungida como una mecanógrafa inocentona, en otras San Antonio, pobre santo al que representan siempre con una carita de homosexual. Y así todos los santos y santas del cielo. Pero yo creo que tal conducta es una ingratitud. Porque sobre esa devoción, hay otra más fuerte, más arraigada, más inarrancable: la de Nuestra Señora la Mugre. Su imagen, pues, debería adornar la entrada de las mansiones. A no ser que la falta quede justificada con ese letrero que cuelga de los balcones de los hoteles y las casas de huéspedes:

No hay baño, pero se da  
buen trato

Así es, en efecto. No hay baño, pero se da buen trato. Conste que el buen trato consiste en una interminable serie de preguntas sobre si hemos amanecido bien, si tenemos noticias de la familia, si nos duelen los callos y otras sandeces de la laya. Lo importante, lo interesante es ser amable; ser limpio es cosa que no solamente no se acostumbra, sino que se mira mal. El dueño de un hotel, con el que tuve un serio altercado a causa de no querer darme baño todos los días, como para aplastarme me lanzó este curioso argumento: "En España la gente no se baña casi nunca, porque es muy limpia. Seguramente, usted que se quiere bañar a diario...". Una carcajada más le cortó el discurso.

Muy pocas casas, las de extranjeros, y los dos o tres primeros hoteles, es decir, el Palace, el Ritz y el Roma, gozan el don de tener baño. Algunos marqueses, condes, duques, infantes y otras dignidades, lo tienen también; pero éstos sólo con el objeto de mostrarlo a sus visitas. Mejor, debieran ponerlo en la sala de recibo. Entre un sofá de seda y un tapiz de Persia, el baño sería de un lujo y una elegancia inefables. Un chic definitivo. Y, sobre todo, muy elocuente.

Creo, por otra parte, y lo digo en descargo de mi conciencia, que esta repulsividad por el aseo no es voluntaria. Es una cosa racial, ingénita y

quizás hasta física. No sería aventurado afirmar que si a los españoles se les obligase a bañar, se morirían: (no morirían, sino se morirían). La pringue les ayuda a vivir, les alimenta. Sé de gente que se ahogaría irremisiblemente en una tina de medio metro de profundidad. Por esto es que la natación es un *espor* al que la gente ha rodeado de una fábula diabólica, sobrenatural. Los nadadores producen espanto. Así, cuando dos o tres niños se desafían a dar zambullidas en el tingó de dos ríos o acequias, corren tras ellos hombres y mujeres y los diarios publican avisos invitando al pueblo a presenciar la hazaña.

Y eso vale por una oración a Nuestra Señora la Mugre.

## ESOS LETREROS

Hágase la observación siguiente en los barrios apartados de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, y en todos los barrios, incluso los centrales, de las restantes ciudades españolas, San Sebastián aparte.

Los propietarios que alquilan casas, departamentos o habitaciones, ponen, en las puertas, anuncios así:

Hermoso piso amueblado,  
con toda clase de  
comodidades, se alquila. 28 duros  
mensuales

Esto nada tiene de raro. Lo que sí es raro es lo que viene luego. Se da veinte o treinta pasos más allá, y de pronto se divisa un letrero que reza de este modo:

Hermoso piso amueblado,  
con toda clase de  
comodidades, se alquila. 28 duros mensuales. Hay W. C.

¡Hay W. C.! Este aditamento cuán trágico es. Y cómo habla de la habilidad de quien lo pone. El *guoter close*<sup>6</sup> es tan desconocido que hasta sirve de novedad, de reclame. Sin embargo, según me dice alguien, es un reclame contraproducente. Más probabilidades de arrendar tiene el primero que el segundo de los anunciantes. Y ello es debido a que los españoles, especialmente las mujeres, no se avienen así como así con el cómodo utensilio. Tienen temor de que algún malcriado las agüeite a través de los tubos del desagüe...<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> ¡Sigo suramericanizándolo todo!

<sup>7</sup> [Nota de C. G.]: *agüeitar* es una forma arcaica de *aguaitar*: acechar, espiar.

## UN CASO

Todo lo que en materia de baños de natación hay en Madrid –lo tengo bien averiguado– son dos piscinas. Una de primera clase y otra de segunda. En aquella se paga 1,20 pesetas por cada baño; en ésta, 70 céntimos. Pertenecen las dos a un establecimiento curiosamente motejado “El Niágara”. A la postre, el título resulta comprensible: por estos trigos, cualquier chorro, por más menguado que sea, sabe a catarata. A estos baños concurren los extranjeros residentes en Madrid y quizás, doy de barato, hasta algún madrileño.

Una tarde se encontraron en *La Puerta del Sol* Blanco-Fombona y Villaespesa.

–¡Hola! don Paco...

–¡Hola! don Rufino...

Se abrazaron. No se veían desde mucho tiempo atrás. Cambiaron recuerdos y se dijeron mutuos elogios.

–¿A dónde va usted? –dijo el poeta andaluz.

–Voy a “El Niágara” –respondió el poeta suramericano–. ¿Por qué no viene? Charlaremos...

–Bueno, vamos.

Y fueron. Ya en “El Niágara”, Fombona se desvistió, se puso un calzoncito –única prenda que allí se da– de dos cuartas, a modo de taparrabo, y se metió en el pozo. ¿Qué parecería el gran escritor, nadando en las aguas del Manzanares, con su carota ancha y al aire sus espaldas cuadradas y temibles?

De repente, Villaespesa silbó a Fombona, que le había olvidado, por darse chapuzones y volatines. Fue Fombona hasta el borde y Villaespesa le dijo:

–Oiga usted: ¿a que me baño?

–Claro, hombre; báñese.

Y Villaespesa solicitó un calzoncito, se desnudó, se engalanó con él y luego, poco a poco, fue metiéndose en la piscina, grada a grada y cuidando de agarrarse a las barras de fierro.

–Oiga, Rufino, no se salga. ¡Qué caray! Tengo miedo de ahogarme. Mire que es la primera vez que me baño. ¡Qué caray! ¡Hay que ser audaces!

Su compañero sí que casi se ahoga, al oír tamaña confesión. ¡Primera vez que el hombre se bañaba!

Vestidos, Villaespesa, acaso en pago de haberle sacado de tan grande curiosidad, invitó a almorcizar a Fombona, y en el camino le iba diciendo, mientras movía los hombros y se rascaba el cuerpo, a través del traje:

—¡Caramba! Siento una cosa extraña, como que me faltase algo...

En su casa, lleno de orgullo, como quien vuelve de la guerra, Villaespesa contó la nueva a su familia. Y aquello fue la de Dios es Cristo.

—Pero, amigo Fombona, no ha debido usted consentir que se bañara Paco... ¡Mire que él no está preparado para esas cosas! ¡Nadie sabe lo que ahora le irá a pasar! ¡Pero a quién se le ocurre! ¡Ay, Paco! ¿No te enfermarás?

El otro, es decir, el pecador: Blanco-Fombona, para no reventar, tuvo que largar la carcajada...

## IV

### LOS NOBLES

Me ocurre pensar que cien años atrás el poseer un título nobiliario era una de las mayores felicidades a que se podía aspirar. Igual pasa ahora. Pero hay una diferencia bastante digna de ser apuntada: ayer, el conseguirlos era difícil; hogaño, fácil cual mondar una naranja. Antes, había que haber dado lustre a la espada, en mil batallas; ahora, basta abrir el portamonedas. Un día, se pedía sangre azul en las venas; hoy, se exige hacienda gorda y servil espíritu.

Y como en los tiempos que corren son muchas las haciendas gordas y los espíritus serviles, resulta que nobles abundan como adoquines. La plaga de la nobleza, numéricamente y en sus consecuencias, deja atrás las de pulgas y mosquitos. El que no es duque, es conde; el que no infante, marqués; el que no barón, doméstico de Palacio. Hombres y mujeres se disputan a brazo partido, entiéndase a quien dé más dinero, la servidumbre de la familia real. Vuélvense locos porque se les nombre “caballeros”, “camareros”, y “lustrabotas” del rey. Y mueren contentos después de haberlo obtenido, ni más ni menos que el viejo de la leyenda que corrió agonizante hasta la casa de un poeta de su admiración a quien no había visto nunca, y que luego de verle exclamó: “¡Ya puedo morir!”. Y quedó muerto.

En verdad, decía, los nobles son muy numerosos, casi incontables. En esto se parecen a las estrellas. Más bien más que menos, sesenta por ciento de pobladores poseen títulos de nobleza y veinte están condecorados con cruces, órdenes y comendadurías. Unos, los más, son políticos; otros, doctores; quiénes, dueños de tiendas de ultramarinos; cuáles, simplemente vagos.

Cuando se me presenta a alguna persona, lo primero que hago es preguntarla:

—¿Es usted conde, acaso?

Si no conde, infante, marqués, duque, barón o comendador, el caso es que nunca he escuchado respuesta negativa.

## LOS CIEGOS

Una de las primeras y principales sorpresas que sufre el recién llegado la ocasionan los ciegos. La tercera parte de las poblaciones, con especialidad la de Madrid, la constituyen ellos. Es un espectáculo, en verdad, triste y conmovedor. Y algunas veces repugnante, porque no todos son ciegos: los hay simplemente enfermos de los ojos, gente que tiene, según la expresión danunziana, los párpados arremangados y rojos como pedazos de carne cruda, llenos de larvas, orzuelos y cataratas, las más terribles. Uno, condolido y nervioso, acaba por preguntar cuál la causa de males tan espantosos.

—Verá usted —me dice un amigo médico—. Cuando yo recién llegué, sufrí idéntica impresión. Se me partía el alma al ver esas cosas. Un día, encontré una linda muchacha, limosnera, que tenía los párpados casi agusanados. Apenado al pensar que iba a quedar ciega, la llamé y le di las señas de mi consultorio, prometiendo curarla gratuitamente.

—Muchas gracias, señor —me respondió—. Pero no me conviene curarme los ojos.

—¿Por qué? —la pregunté asombrado.

—Porque así puedo pasar la vida, con las limosnas. Si estuviera sana, me moriría de hambre...

Ésta es, pues, la causa de la plaga. La ceguera es una profesión. La gente no enceguece, sino que se enceguece. Expresamente se procura las enfermedades para salir a mendigar por esas calles.

Hay tres clases de ciegos: los involuntariamente ciegos, son los menos, cuando mucho un diez por ciento; los ciegos falsos, los que se fingen, los que llevan prendido al traje el clásico letrerito: “Pobre ciego”, quizás otro diez por ciento; y los ciegos artificiales podríamos decir, los que se hicieron ciegos a propósito. Estos forman la mayoría, casi la unanimidad.

Huelga decir que nadie se ha preocupado de reprimir estos crímenes, ya que crímenes son.

## EL HORIZONTALISMO

Me hallo muy lejos de condenar la prostitución. Salvo está mi espíritu de tal mojigatería. A más de considerarla necesaria para la vida de la humanidad, creo que se la debe rodear de cierto ambiente artístico, o, en el peor de los casos, reconocerle el que tiene, aunque sea insipiente en sus manifestaciones<sup>8</sup>. Porque no sólo es una profesión, sino también un arte. Igual culto rinden a la belleza el poeta que forja un soneto y la mondaria que se desnuda ante el macho. Hay la misma emoción en el escultor que da vida al mármol y en la cortesana que excita a un hombre, acariciando su espina dorsal con la punta de la lengua. Además, mujeres ilustres la han ennoblecido demasiado, desde tiempos inmemoriales, para que tratemos de humillarla. Nombres de diosas y reinas, de escritoras y artistas, de monjas y locas integran su escalafón. Formar en sus filas, acaso sea más digno que recluirse en un monasterio o una congregación de madres de caridad. Y ya que de caridad se habla, ¿no es tan piadoso como curar heridas, satisfacer carnales apetitos? Es, pues, algo respetable, que está por encima de nosotros y convida a la meditación.

Pero hay que saber ser prostituta, del mismo modo que hay que saber ser escritor, médico o abogado. La cuestión no consiste únicamente en mirar torcido, cobrar adelantado y abrirse de piernas. Esas mismas cosas deben hacerse con cierta virtuosidad. La horizontal, para serlo con legitimidad, no ha de olvidar nunca que su oficio tiene un halo de sacerdocio. Sandio es pretender negarle su sabor litúrgico. De aquí la hermandad que tiene con el fraile. Una y otro se complementan. Independientemente no podrían existir. Ambos, fraile y horizontal, tienen hasta comunidad de prácticas y semejanza de costumbres privadas: el sacrificio de la misma lo realizan los dos: el primero en el altar y la segunda en la cama; cuando el uno se siente cargado de semilla y no tiene surco en que sembrarla, se masturba, y así la otra, dispuesta y sin varón que la satisfaga, se consuela sola.

Todas las cosas de la vida, incluso las malas, son buenas en llegando a su máximo desarrollo. Un puntapié es bueno, si ha sido aplicado en excelente lugar y le ha dolido bastante a quien se lo propinamos; un incendio es bueno, si es magnífico de llamas y ha producido destrozos

---

<sup>8</sup> [Nota de C. G.:] Aunque el término *insipiente* existe, parece aquí errata por *incipiente*.

formidables; un asesinato es bueno, si ha sido hecho con ferocidad y con crueldad; un criminal es bueno, mientras más crímenes comete y más se burla de las leyes al uso; un estafador es bueno, mientras más estragos causa y más familias pone en la miseria. Así, una proxeneta es buena, si lo es bastante, y con cinismo, con atrevimiento y con orgullo.

Porque, eso sí, la primera condición que se le ha de exigir, como a todo artista, es la de que esté orgullosa de la obra que lleva a efecto, de la carrera que explota, del arte que realiza. Quien se avergüenza de ser lo que es, máxime cuando lo es voluntariamente, no tiene, por abyecto y por cobarde, ni derecho a la vida.

En este cabo tomamos otra ruta. Dejamos nuestra meditación sobre el arte de referencia para otra oportunidad. Ahora miramos la realidad. Estamos en España, y la observamos en cuanto a nuestra materia se refiere.

En España, la prostitución está más extendida, probablemente, que en ningún otro país del universo. Es aplastadora, fastidiosa, irritante. No se puede caminar sin encontrar mujeres de alquiler. En todas partes se las ve. Lo es la escritora que nos consagra un elogio, la dama aristocrática que nos brinda una sonrisa, la sirvienta que nos trae el desayuno, la esposa de nuestro amigo, la vecina de enfrente.

Pero esta prostitución es despreciable, porque está hecha a base de hipocresía. Es una cosa convencional, acreedora del menosprecio. Es una prostitución a puerta cerrada, llena de sombra y de recelos, como un bosque. Sospechosa como un desfiladero, diría Luis Carlos López. Es la prostitución de la casada que engaña al marido, de la hija que miente al padre, de la hermana que hace tonto al hermano.

Las mujeres, a primera vista, parecen santas. Se persignan al pasar ante las iglesias, llaman “corrompidas” a las francesas porque tienen el coraje de aparecer lo que son, y se ponen rojas cuando se las dice una galantería: ¡ah, el pudor! Pero a los dos o tres días de conocerlas...

# V

## LA CULTURA MEDIA

Entiendo que lo que más aproximadamente da la medida de la cultura de un pueblo es la constatación de su número de lectores, su estadística bibliográfica y, en particular, la calidad de las lecturas preferidas. Para lograrlo, he conversado con los principales libreros y editores. Y los datos que he obtenido son desoladores.

Todos han coincidido, más o menos, en que el siete por ciento de las ediciones queda en España; el resto se hace para América. Y yo pregunto: ¿esto no es vergonzoso? Un país en el que no se lee, es un país perdido.

Justo es hacer una excepción: algunos autores, españoles y americanos españolizados, venden toda su producción en España y son casi desconocidos en América. Ocurre, ¡a Dios gracias!, que éstos son los mediocres.

Los escritores serios y de valor, en algunos casos relativo, son apenas leídos aquí y, en cambio, son devorados (ésta es la palabra) en América. A saber: Pío Baroja, Azorín, Unamuno, Benavente, Eugenio d'Ors, Gómez de la Serna, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Marquina, Villaespesa, Antonio Machado, Miró y cinco o seis más.

Por otra parte, estoy cierto de que en ningún país del mundo ha habido nunca ni habrá ya igual cantidad de malos literatos que en España. He aquí los nombres de algunos, ¡nada más que algunos!, puestos en fila, como para que sean bien vistos. Así, esta página queda convertida en una especie de parque zoológico. Al igual de las fieras, los imbéciles deben ser exhibidos en jaulas, a fin de que el público les saque la lengua y les mire con asombro, y niños y señoritas se diviertan:

Felipe Sassone (el más bruto de todos).

Pedro Mata.

José María Carretero.

Wenceslao Fernández Flores.

J. Pérez Zúñiga.

Joaquín Belda.  
Antonio de Hoyos y Vinent.  
Carmen de Burgos Seguí.  
Eduardo Zamacois.  
A. Hernández Catá.  
Álvaro Retana.  
Cristóbal de Castro.  
Manuel Abril.  
Emilio Carrére.  
José Francés.  
Luis de Tapia.  
Diego San José.  
Pedro Muñoz Seca.  
Alejandro Larrubiera.  
Andrés González Blanco.  
Rafael López de Haro<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Estos nombres no fueron leídos por el conferenciante; los oyentes los vieron escritos en una pizarra preparada de antemano. (*Nota del Editor.*)

## EL BUEN GUSTO

El concepto que del gusto tenemos es muy estiradizo. No hay patrón de guía. Ignoramos cuál es con justeza el bueno y cuál el malo. Además, él se va modificando con el correr de los años. Se ha visto que ahora nos parece bueno lo que algún tiempo atrás parecía rematadamente malo. Podría aseverarse que el gusto depende de la moda. Pero la moda la hace el capricho a base del gusto. De aquí que esto sea un callejón sin salida.

Empero, hemos de confesar que el gusto y la moda hacen su camino llevados por la sobriedad, como de la mano ciego por lazaroillo. En el culto a la sobriedad estamos todos de acuerdo, los nacidos en Europa, en Asia, en América, en África, en Oceanía. Aceptamos lo nuevo, lo extraño y lo exótico a condición de que sea sobrio. Cuanto no posee esta cualidad, es rechazado como de "mal gusto". Y este criterio sirve tanto para la literatura como para el vestir, para el pensar como para el comer.

Enemiga de la sobriedad (joh, divino Perogrullo!) es la ostentación. De donde resulta que éste es por excelencia el país del mal gusto. Es sabido que los españoles, desde que tenemos noticia de su aparición sobre la tierra hasta el presente, han sido y continúan siendo ostentosos por temperamento y educación.

Si un español es conde o marqués, todos los días, a todas horas y en todo sitio, anda diciendo que es conde o marqués; si tiene talento, pues no se cansa de pregonarlo; si es favorito de la fortuna, no sólo no desperdicia sino que busca ocasiones en que ello llegue a conocimiento de los demás; si ha vuelto herido de la batalla, exhibe sus heridas, cual prostituta sus piernas. Conozco persona que camina por la vía pública leyendo voluminosos libros, a fin de que los transeúntes sepan cuán dado es a la lectura. Un escritor muy inteligente tiene la costumbre de llevar consigo un libro suyo, en cuya portada está su retrato; sube a los tranvías y lo coloca cara arriba sobre las piernas, de modo que el vecino de asiento se entere de que él es él. También la ostentación se hace colectivamente. España se ha salido al medio de la calle, perorando sobre su tradición guerrera y su fenecido poderío, a punto que se ha hecho majadera.

Mayor aún es la tendencia a la exageración. Lo recargado, lo abigarrado, eso es lo que gusta. En múltiples detalles se percibe esto. Pero primordialmente en el vestuario. Hay mareada predilección por los colores subidos, los adornos pomposos y la variedad de telas concurrentes en

un solo traje. Las mujeres se llevan toda una tienda encima; se las pudiera tomar por escaparates. Los hombres usan camisas y corbatas policromas, a grandes y anchas rayas o con dibujos de bailarinas, buques, cisnes y otras paparruchas. Unas y otros portan en las manos verdaderas joyerías; hay dedos que parecen ya no de carne sino de piedras preciosas. Yo no creo que haya otro pueblo donde se tenga igual cariño por el anillo de brillantes, el collar de perlas y el prendedor de esmeraldas, dado que en efecto fueran esmeraldas, perlas y brillantes.

Aquella palabra que los franceses inventaron para los argentinos, tiene más justa aplicación, indudablemente, en esta nación de encantamiento: rastacueros.

## TOROS Y TOREROS

Aquí tenéis el imprescindible tema de la torería. No se puede hablar de España y no hablar de toros. Varias razones hay para no echarlos en olvidanza. Entre ellas, dos muy poderosas: primera, que la vida española gira a su rededor y segunda, que tanto enemigos como partidarios de la clásica fiesta han hecho de ella caballo de batalla de sus argumentos para fundar su odio o su amor a España. Unos dicen que es una fiesta salvaje, otros que es una fiesta viril; aquéllos que es una vergüenza, éstos que es un orgullo.

Yo veo la cosa desde un plano diferente. A mí me parece que la fiesta de los toros es una mentira. Se funda, sobre todo, en un convencionalismo. La gente va a las corridas con la expresa determinación de presenciar una tragedia. Del anhelo al engaño sólo hay un paso. Se realiza un fenómeno de autosugestión, y el público se espanta con cualquier tonteara y sale creyendo que aquello es más trágico que todo lo que por trágico se tiene. En primer lugar, creo que el concepto el tragedia es muy elástico. Se puede estirar y encoger a capricho. No todo en lo que corre sangre es con justicia trágico. La misma muerte no lo es. No hay que olvidar que es una cuestión de índole subjetiva. Unos la ven de un modo; otros, de otro. Se da el caso de que lo que a quiénes les parece ferozmente trágico, a cuáles se les antoja brutalmente cómico. En general, si muchos dramas no fueran anunciados como tales, sino como sainetes, la gente los reiría a mandíbula batiente, siendo las escenas más truculentas las a que más carcajadas darían lugar. Esto pasa con las corridas de toros. A los extranjeros, con especialidad a los yanquis, que tienen un humor envidiable, les acontece lo contrario que a los españoles: toman la fiesta en broma. A mí me ocurre lo mismo. Muchas veces, en la plaza, mientras mi vecino de asiento, protestaba, asqueado, de que el toro destripase al caballo del picador, y decía: “¡Qué salvajismo!”, yo me llevaba la mano a la barriga y reía lo más ganosamente posible. Las corridas de toros, antes que asustarme, me divierten. Como que el espectáculo tiene mucho de circo.

El que el toro mate al torero tampoco tiene pizca de trágico. La tragedia está en uno, no en la cosa. Tiene lugar de dentro a afuera y no de afuera a adentro. Y aquí tengo que poner un ejemplo, cuya veracidad os ruego creer. Yo asistí a la corrida en que fue cogido de muerte el torero Joselito, en Talavera de la Reina. Cuando ocurrió el suceso, sentí que un

tremendo aullido, un aullido sordo, de escalofrío y angustia, se levantó de entre los espectadores. Quedaron lívidos. Yo y un amigo argentino, que estaba a mi lado, dijimos simplemente: "Lo ha cogido". Y luego, cuando el diestro prendido en los cuernos, movía brazos y piernas, recordé las aspas de los molinos y supuse que estaba haciendo gráciles piruetas para divertirnos. Y sin quererlo, sonreí por lo bajo. Después el toro lo tiró a un lado y fue hasta él y con él jugó a su guisa, como con sus pantalones un payaso que se hubiese quedado en calzoncillos.

Terminada la corrida, me dijeron que el torero había muerto. La noticia me produjo una pena indescriptible. La pena es hija del dolor, casi es el dolor mismo. Y todo aquello que es capaz de engendrar dolor no tiene el nombre de tragedia en ningún idioma. La tragedia, para serlo de verdad, ha de producir espanto. De eso en mi rostro no había ni leve signo. En cambio, el resto del público hacía muecas de susto. Lo cual prueba que el punto de vista era diferente, y es lo esencial.

Un gran escritor de América, Abraham Valdelomar, ha intentado demostrar en precioso libro que el toreo moderno es una manifestación de la danza. Tan bella proposición demuestra el sutil ingenio de su autor, antes que la excelsitud del toro. El toreo tiene mucho de ridículo y vanamente aparatoso, para que se le pueda comparar con ese arte alado, lírico y pleno de gracia que es la danza.

Y ya no merece más la fiesta de los toros que sigamos hablando de ella...

# VI

## LA CUESTIÓN DE ÁFRICA

He aquí un punto en el que España continúa siendo España. Es la España negra de Hernán Cortés, que vence por engaño y por traición; de Francisco Pizarro, que agarrota al ingenuo que cree en su palabra; de Diego Almagro, que se revela contra Pizarro, su compañero; del fraile Vicente Valverde, que hace flamear en Cajamarca su pañuelo ignominioso: de toda esa turba de miserables y salteadores que inundaron América e impusieron a nuestros padres, cuando no con subterfugios de proxenetas con puñal de asesinos, una civilización cien veces inferior a la suya.

¡Desgraciados los hombres del siglo xx! A más de la última guerra franco-germana, nos toca la vergüenza de presenciar la más oprobiosa de las luchas: la de los señores ensoberbecidos con los esclavos que quieren ser libres. La guerra de cuenta gotas –cada año, una batalla– que ustedes, españoles, sostienen con los moros, significa el mayor ultraje que se puede hacer a la Civilización. Si abominamos de la guerra entre naciones, ¿cómo no hemos de abominar de esta contienda pueblícida en que el amo fuerte pretende matar al siervo que no quiere ser siervo?

Loba, pulpo, sanguijuela. España desea seguir viviendo de los otros, tendida boca arriba sobre sus glorias pretéritas, con los cueros al aire, cruzada de brazos y abierta de piernas. Ayer el panal fue América; hoy es África. Pero no será.

¿Por qué España no abandona la presa? ¿No ve que va a repetirse aquel bello capítulo de la Historia que allá conocemos con el nombre de “Guerra de la Independencia”? Para nosotros, nacidos en países jóvenes y laboriosos, el peor de los vicios es el de vivir del trabajo de los demás. En nuestro léxico hay más de cien vocablos depresivos para calificarlo. No quiero emplear ninguno, para guardar las reglas del hospedaje, pero en verdad os digo que España los merece. Y así, prefiero no ocuparme más tiempo del asunto.

América, donde todavía hay gotas de la sangre libertaria de Bolívar<sup>10</sup>, ve con profunda simpatía, alborozada, casi sollozante de entusiasmo, los

---

<sup>10</sup> No puedo dejar, al nombrar a Bolívar, de dar escape a un sollozo que me está ahogando desde hace meses. En el Perú, el 28 de julio de este año, una recua de pitecantropos ha celebrado con cohetillos chinos y música de cornetín el “centenario de la independencia”. ¡Como si fuéramos independientes desde el 28 de julio de 1821! Lo somos solamente desde el día en que las huestes de Bolívar el Libertador de América –hay que llamarlo así– hicieron tragarse polvo, en Ayacucho, a los protervos capitanes españoles.

En el Perú, todos lo saben, incluso el gobierno. Pero el gobierno, para seguir siendo gobierno, ya que nueve décimas partes del pueblo se empeñan en que no lo sea, ha hecho esa pantomima centenaria. Que San Martín “gritó” la independencia en 1821. Muy bien. También la gritó, diez años antes, el patriota Zela. También la gritaron, antes de Zela, Tupac-Amaru y Pumacahua. ¡Y a éstos, cuán caro costaron los gritos! Así pues, esas fiestas han sido meros pretextos, simples ardides políticos.

No es prueba de lo contrario, la acogida dispensada por el pueblo peruano a la Embajada Argentina. No se tome el rábano por las hojas. Aquello ha sido una adhesión, un homenaje a la Argentina. También yo me hubiera confundido entre los manifestantes, muy de todo corazón. Si el general San Martín no hubiera sido argentino, habría sucedido lo mismo: igual júbilo, igual afecto, igual respeto, pero por ser argentinos, no por connacionales de San Martín. San Martín merece nuestra veneración porque ayudó a nuestra independencia, como uno de los tantos soldados que la ayudaron, como Sucre, como La Mar, como Necochea, como tantos otros. Nada más.

Nadie cometa la estolidez de comparar a San Martín con Bolívar. Un tiempo, en Argentina, algunas acémilas grafómanas los pusieron frente a frente. El resultado fue doloroso, porque además de una decepción para los patrioteros, produjo una especie de conflicto espiritual o histórico entre este país y Venezuela, algo así como una enemistad personal entre Argentina y Bolívar.

Felizmente, las cosas van cambiando. Ya no se piensa del mismo estúpido modo. La gente que hoy gobierna, es decir, la gente responsable, a la que hay que escuchar, a la que se debe creer, ha puesto la proa hacia el mar de la enmienda. Lo prueba lo que pasó a relatar. Cuando se iba a inaugurar en Nueva York la estatua de Bolívar, el embajador Argentino en Estados Unidos, señor Le Breton, invitado a asistir a la ceremonia, comunicó a su Cancillería que creía conveniente la ausencia del país en ese y otros homenajes al prócer. Entonces el gobierno argentino, el mismo gobierno que retiró sus delegados de Ginebra porque no quiso servir de instrumento a los aliados de Francia para rematar a Alemania, el gobierno de Hipólito Irigoyen, Honorio Pueyrredón y Diego Luis Molinari, tres hombres libres –los que manejan la política internacional– estuvieron a la altura de siempre. Se ordenó a Le Breton, mediante un vibrante telegrama privado –¿por qué privado?– que no solamente presenciara el acto, sino que, en nombre de la Argentina, depositara una corona de laurel en la estatua del Héroe. Así, este pueblo abierto a todas las libertades, ha saldado una cuenta de honor, que un día u otro acabará con una estatua de Bolívar en el corazón de Buenos Aires.

conatos de revolución con que de cuando en cuando el pueblo de Marruecos dice al mundo que empieza a despertar...

---

Que estas líneas lleven la protesta de un escritor insobornable a quienes en el Perú han sacrificado la verdad pura en el altar de los intereses personales. ¡Es la protesta de un peruano del Perú libertado por Bolívar! —Nota de A. H.— Septiembre, 1921.

## EL ULTRAÍSMO

Capítulo aparte merece el ultraísmo. No por lo que en sí representa; sino por el escándalo que produce. La gente de letras está poco menos que asustada. Los escritores consagrados, viejos y jóvenes, temiendo que los niños les arrebaten la nombradía, no saben en verdad qué partido tomar, si decirles ditirambos o darles de palos. Ellos quisieran molerles a garrotazos, pero se encuentran sin fuerzas para hacerlo. Además, son tantos que, unidos, podrían, tomando la ofensiva, subírseles a las barbas y tundirles a su vez. Mas lo notable del caso está en que, sin sospecharlo, han hallado el arma eficaz para combatirles. De nada servirá que los alegres muchachos se revuelvan airados y griten y blasfemen. Sus revueltas, gritos y blasfemias quedan en casa.

Hacen mil ejemplares de su revista, de los cuales doscientos se venden y los restantes locupletan primero sus depósitos y después van a parar a manos de almaceneros y mercachifles que los compran al peso. Ellos solos se leen, ellos solos se aplauden y ellos solos se suponen en las cumbres de la gloria. ¡Pobres chicos! Cuando les pase el sarampión, se reirán de sí propios. Al fin de cuentas, no hacen mal a nadie. No hacen otra cosa que divertirse, e injusto fuera el impedírselo.

Pero conviene decir algo de lo que es el ultraísmo. A este objeto, nada mejor que dar noticia de su nacimiento. He dicho en múltiples ocasiones que la literatura española, de algún tiempo a esta parte, vive de imitación. Y eso es verídico a extremo que hubo vez en que los españoles, no sabiendo a quién imitar, se imitaban entre sí. Lo cual dio origen a una literatura monótona, desesperante y clorofórmica. Últimamente, para librarse de tamaño achaque, han resuelto seguir al pie de la letra las novedades francesas. Y esto, de segunda mano. Menester es dejar constancia de que siempre son americanos quienes indican el camino. ¡Y luego dicen que no los civilizamos! ¡Qué dulce verdad es ésta: la conquista de España, por América, ha comenzado a realizarse! Ahora les traemos ideas, alimento para los espíritus; trigo, alimento para los cuerpos. Nuestros filósofos, nuestros escritores, nuestros poetas les dan lecciones; pronto vendrán nuestros generales a poner orden, nuestros políticos a gobernar, nuestros cañones a rugir. Pero no hay que apartarse de la cuestión. El modernismo literario fue implantado en España por Rubén Darío; su filosofía moderna por Rodó. Y así también, el ultraísmo ha necesitado, para fructificar, el riego de un americano, de un poeta de

América, aunque no de los mejores: el señor Vicente Huidobro. Y menos mal que ellos mismos lo confiesen. Uno de los adalides del ultraísmo, Rafael Cansinos Assens, ha dicho que después de la última guerra europea, no había ocurrido acontecimiento más grande que la llegada a España del poeta Huidobro.

Ahora, un aparte. Todos los *ismos* conocidos, el futurismo, el cubismo, el vibrismo<sup>11</sup>, el nunismo<sup>12</sup>, el creacionismo, el dadaísmo, etc., sólo son, a mi juicio, diversos matices de una misma cosa. En el fondo, igual anhelo los hermana. Unos han tenido más suerte que otros, entendiendo por suerte la abundancia de prosélitos y la mayor cantidad de alboroto provocado. Se ha visto ya claramente que algunos hombres, independientemente del grupo, por ellos, no por su modalidad, han probado tener verdadero genio. Tal el caso de Guillaume Apollinaire, ese maravilloso espíritu que ha dejado obras como *El poeta asesinado* y *Caligramas*. Y bien; cada uno de estos ismos ha respondido a una moda, a un constante deseo de renovación. Por eso no suelen durar más de cinco años.

Cuando Vicente Huidobro llegó a París, estaba en auge el creacionismo, cuyo apóstol es el admirable Paul Reverdy. Se infiltró de su espíritu, bebió en su vaso, aprendió su técnica y él, que no había pasado de ser un poeta mediocre en el arte más o menos clásico, se descubrió cualidades para mejorar enmendando el rumbo. Compuso varios libros y se vino a España. Aquí habló a algunos jóvenes, los cuales le escucharon con un palmo de narices, suponiéndole milagrosamente caído de un planeta inverosímil. Y un audaz, buscando palabra atrayente y simpática para bautizar el engendro, halló ésta: ultraísmo.

Es natural que al cambiarle de nombre, le dieran nuevo matiz, matiz propio. Y, sin embargo, no lo hicieron. Y no lo hicieron porque les faltó ingenio para hacerlo. Se aprovecharon de él y se salieron a la calle, en estúpida bullanga, llamándose a originales. Esto significa que se les puede catalogar entre los rateros. Los ultraístas, pues, son unos ladronzuelos. Han robado y continúan robando en plena calle. Las luces de la calle son escasas o débiles, y por eso el público no advierte la maniobra.

---

<sup>11</sup> [Nota de C. G.] El nombre usual de esta tendencia, promovida por el pintor uruguayo Rafael Barradas, es *vibracionismo*. Guillermo de Torre escribió al respecto.

<sup>12</sup> [Nota de C. G.] Del latín *nunc*: 'ahora'; movimiento fundado por Pierre Albert-Birot, cuyo órgano era la revista *S.I.C.*

Ojos de felino hacen falta para mirarles. En los años que corren, la oscuridad ha llegado a tal extremo que, para no tropezar y caer, va a ser preciso llevar en la mano una linterna.

Mas, lo macizo del bulto reside en lo que viene luego. Alguien ha dicho que las nuevas corrientes literarias no pasan de ser un *espor* de millonarios. Me parece antojadiza y mezquina la aseveración. Las nuevas corrientes son eso, en efecto, pero no sólo eso: son también un noble anhelo de redención y de protesta contra las actuales rutinas, y, algunas veces, un formidable residuo de poesía eterna expresado en forma nueva. Se fundan los que afirman lo que impugno en que Marinetti, Luciano Folgore, Paul Reverdy, Francis Picabia, Vicente Huidobro, Pierre Albert-Birot y algunos otros cabecillas de los varios grupos son millonarios. En España, que es un pueblo de pobres, no abundan los dioses del dinero. Así que se podría decir, para que el cargo fuera completo, que el ultraísmo es un *espor* de andróginos. El jefe de ellos, todos lo saben, es un maricón con patente: Cansinos Assens. Y los que le siguen lo son también, con pocas excepciones. La redacción de esa revista *Grecia* es su casa de cita. El maestro, como le llaman a Cansinos, se desnuda allí cotidianamente y baila la danza de Salomé...

## NOSOTROS

¿Han existido los centauros, las sirenas, los sátiros? Cuando niño, lo creía firmemente; dejé de creerlo luego, a las primeras luces del raciocinio, y hoy, hombre, vuelvo a creerlo, esta vez en la total iluminación de la inteligencia. ¿Cómo no creer en la existencia de hombres mitad caballos, mitad peces, mitad chivos, si hoy andan por el mundo, a ojos vistas, sin avergonzarse, animales dobles? Ustedes, seguramente, los ven todos los días en las calles, en los cafés, en los teatros. Son: hombres-perros, hombres-cerdos, hombres-asnos, etcétera: es decir, toda la Zoología...

Observémoslo entre los literatos. Unos tienen repartidas las especies con justa equidad: 50% de hombres, 50% de asnos. Otros juntan dos, tres, y cuatro especies, unas en mayor cantidad que otras. Y algunos, por fin, encierran dentro de sí cuantos animales se conoce. Son los menos hombres, los que se hallan más lejos de nosotros. De ser yo zoólogo, diría con justeza la proporción –la pequeñísima proporción– en que se encuentra el hombre en estos individuos polihíbridos. Son muy raros. A lo sumo, por país, nace uno cada cincuenta, cada sesenta años. Ricardo Palma y diez lustros más tarde Felipe Sassone, citaría, como ejemplo, de mi país, si quisiera citar nombres. Pero no quiero. ¿Para qué ofender a esos señores? Ricardo Palma, ya muerto, y Felipe Sassone, que vive entre ustedes y es ya de ustedes, es decir, español, siempre han sido para mí personas muy respetables, muy ilustres y muy dignas de admiración.

Como en todo, determinadas especies suelen prodigarse más en ciertos países. Así en España, según he podido observar, están en más grande número los hombres-asnos, como en Francia lo están los hombres-cerdos, en Italia los hombres-cotorras y en Inglaterra los hombres-pavorreales. En América, en la América mía, los hombres-perros forman legión. De ellos voy ahora a ocuparme.

Los hombres-perros son hombres desde el nacimiento del cuello hasta la planta de los pies, y perros desde la punta de los cabellos hasta el nacimiento del cuello. Como hombres, gozan de todas las ventajas de ser hombre: visten y calzan, comen con cubierto, viajan en automóvil, asisten a los teatros, tienen queridas, publican libros, saludan y dan la mano. Como perros, son fecundos en las zalamerías del perro: se acurrucan al lado de los señores, les lamen los zapatos, enargollan el rabo y les hacen así sinnúmero de fiestas. Tales son, con tres o cuatro excepciones por año, los escritores de América que vienen a España.

Llegan aquí esos señores, unos con su audacia por único capital, otros premunidos con cargos diplomáticos o consulares, todos parapetados tras una barrera de adulación. Hablan de “”hispanoamericanismo”, de “madre patria”, y otras lindezas por el estilo, en que jamás creyeron y en que nunca creerán. Como en España también hay hombres-perros, se unen a ellos, forman jauría y se lamen entre sí. Eso es todo. Despúes, cuando se vuelven a sus repúblicas ultramarinas, no bien trasponen el estrecho de Gibraltar, lanzan a todos los vientos unos ferores ladridos antiespañoles. Ustedes lo saben, mas no hacen nada por evitarlo. Antes bien, parecen empeñados en que siga la farsa.

Entonces los escritores decentes que hay aquí y allá se dan a protestar. Así las cosas que ha escrito Pío Baroja. Baroja, que es un espíritu arbitrario hasta lo inaudito, sin detenerse a buscar la verdad, alza los brazos, gesticula y vocifera. Inútil vociferación, porque a nadie convencen sus razones. Si Baroja conociera América, cambiaría radicalmente de opinión. Él ha hablado de América por lo que sabe de la Argentina, cual si por un trozo se pudiera juzgar del todo. Argentina es enteramente superior a lo que cree Baroja y, con Baroja, España. Aquí sólo se conoce la Argentina que en Argentina se desprecia. Ejemplos. José Ingenieros, un buen lector, que tiene la peregrina costumbre de publicar con su firma las cosas que lee, aun siendo libros enteros. Ricardo Rojas, escritor sin personalidad, incoloro, farragoso, fangoso, empalagoso y anodino. Manuel Ugarte, o sea la cumbre de la Mediocridad. Gustavo Martínez Zubiría, un folletinista para niñas románticas y viejas patrioteras. Manuel Gálvez, laya de Antonio de Hoyos, por la sordera... y por lo otro. Pero Argentina no es eso. Ustedes no conocen, por citar apenas dos nombres de la gente que se va, a Enrique Rodríguez Larreta y a Leopoldo Lugones. Con Lugones –que no es de los poetas mayores de América– no resiste la comparación ningún poeta de España. Aquí no se conoce al gran Diego Luis Molinari, en primer lugar, un extraño pensador, vigoroso, y audaz, cuyo libro *El Sofista* es una verdadera maravilla; a Alfonsina Storni, mujer que pesará tanto, o más, acaso, en la balanza de la posteridad, que la Condesa de Noailles; a Enrique Banchs, a Rafael Alberto Arrieta, a Fernández Moreno, a Roberto Giusti, a Alberto Gerchunof, a tantos que ahora olvido. Y conste que en México, Perú, Venezuela, Colombia, hay escritores, viejos y jóvenes, de un valor imponderable. De modo, pues, que no se debe hablar de América a través de la Argentina, ni hablar de la Argentina por el trigo y el ganado que de allí viene, teniendo en cuenta

que del ganado que viene y del que ustedes se alimentan, también forman parte Gálvez, Martínez Zuviría, Ugarte, Rojas e Ingenieros...

A otra cosa. Los americanos formamos una raza aparte. No tenemos ningún punto de contacto con España. Nos sentimos, aquí, extranjeros, como pueden sentirse los ingleses, los franceses, los alemanes, los rusos. Quizá tengamos todavía un diez por ciento de sangre española. No importa. No nos sirve para nada. La inmigración europea que tenemos nos ha emancipado de España. Somos el tipo de una raza nueva, la raza americana, raza ya definida y evidente, por lo menos como la blanca, la negra, la amarilla, no teniendo nada que ver con ellas, aunque ellas hayan contribuido a formarla.

El último vínculo que nos ligaba: el idioma, está tendiendo a desaparecer. Ahora mismo, puede asegurarse que ya no hablamos el mismo idioma. Los españoles hablan castellano; los americanos, americano, o neoespañol, como le llamará no sé si Remy de Gourmont. En este sentido, la Argentina parece ser el país que va a conquistar más pronto su independencia. En Argentina se habla hoy un idioma formado con palabras de varios idiomas, el cual, tarde o temprano, conforme se vayan adentrando en los demás países los inmigrantes italianos, ingleses, rusos, etc., se hablará en toda América. La cosa es tan clara que para que vosotros la comprendáis no es preciso que yo ahora oficie de hermeneuta. No han de pasar muchos años para que en América se cree una institución encargada de cuidar del idioma, de pulirlo y ampliarlo, la cual será formada por escritores neocastellanos de Norte, Centro y Suramérica. Esa institución podrá llamarse Academia Americana de la Lengua. Porque eso estamos haciendo: creándonos una lengua propia.

Todo nos separa. Somos diferentes en arte, puesto que el nuestro es autóctono, y tan alto que ustedes mismos, hijos de Cervantes, de Lope y de Quevedo, le hacen el honor de imitarlo; en religión, puesto que nosotros a eso no le damos importancia y ustedes aún huelen a cirio y a incienso de sacristía; en política, puesto que nos damos los gobiernos que nos da la gana y ustedes continúan postrados a los pies de reyezuelos nefastos que no son sino prolongaciones del horrendo Fernando VII; en fin, en todo.

## CONCLUSIÓN

Aquí concluyo. Y, sin embargo, no quisiera concluir. Entre otras razones, porque no encuentro manera de hacerlo. ¡Es tan difícil dar fin a las cosas empezadas! Y ésta apenas lo está. Luengas veladas fueran menester para tratar de todo lo que falta tratar. Mas va en descargo de mi culpa, a más de la prisa con que el tiempo corre y la avaricia con que acostumbramos ahorrarlo, la idea que tengo de que nada hay concluido sobre la tierra. ¡Idea paradójica y, cual todas las paradojas, ajustadas a la realidad! Todo está por terminarse. Los más famosos libros que nos legaron nuestros mayores, aguardan todavía plumas piadosas que los acaben. Los hombres mismos estamos inconclusos. Yo tengo la esperanza de que los que vengan después de nosotros, nazcan provistos de órganos que ahora ni siquiera sospechamos. Quizá nuevos brazos, quizá nuevos cerebros, quizá corazones de repuesto. ¡Oh, si tuvieran corazones de repuesto!

Vais a perdonar una nota personal. Es necesario que os diga algo de mí. Me habéis oído hablar mal de vuestra patria, sabéis que también he hablado mal de la mía y sospecháis de seguro que hablaré mal de las de otros. Y quizás por esto me califiquéis los unos de “envenenado”, los otros de “anarquista”, quienes de “bilioso”, cuáles de “arbitrario”. Pero no tengo de eso ni poco ni mucho. Magüer sea empresa peliaguda la de poner epítetos, os voy a decir el que a mí mejor me cuadra, pues parece que he dado con la palabra que expresa realmente lo que soy. Es ésta: hereje. “Hereje porque no creo en nada. No creo ni en la política, ni en el arte, ni en la religión; ni en el socialismo, ni en la burguesía, ni en el talento, ni en la brutalidad, ni en lo divino, ni en lo humano; no creo ni en lo moral ni en lo inmoral, ni en lo bueno ni en lo malo, ni en la vida ni en la muerte; no creo en si existe Dios o si no existe; no creo ni en el cielo ni en la tierra ni en el infierno, ni en la fe ni en la herejía; no creo en si con los ojos miramos o no miramos, ni en si tenemos hambre o no tenemos; no creo ni en esto, ni en aquello, ni en lo de más allá; no creo ni en la consecuencia ni en la contradicción, tanto que unas veces soy consecuente y otras me contradigo. Soy un hombre que no tiene fe, a punto que no creo ni en que me escucháis ni en que no me escucháis. Soy, pues, la negación en persona. Una vez, cierto amigo me dijo: “Usted es un creyente”. Le pregunté: “¿Cuál es mi creencia?”. Me respondió: “No creer en nada”. “Pues, hombre –le dije– es necesario que sepa que yo no creo ni en que no creo”.

Así, de esto de no creer en nada, ha surgido esta disertación sobre España, que me pedisteis varias noches ha. Yo os aseguro, por lo demás, que no creo en los cargos que os he hecho, ni en que os los he hecho, ni en que no os los he hecho. Y desde luego, no creo en que he hablado o no he hablado, ni en que estamos o no estamos reunidos en este café. Siempre debe tenerse presente esta única palabra, que hay que escribir en la frente del alma con letras mayúsculas: ¡NADA! Pero yo tampoco creo ni no creo en nada...

He terminado.



# APÉNDICES

CARLOS GARCÍA



# I. NOTAS SOBRE *ESPAÑA NO EXISTE* (1921)

## (Con un excuso sobre Alberto Guillén y el plagio)

Extraña el poco interés crítico que ha despertado, aun entre los pocos estudiosos de la obra de Hidalgo, el pequeño libro que ahora comentamos, situado cronológicamente entre sus comienzos postmodernistas, apenas adornados por algunos *tics* futuristas de segunda mano<sup>1</sup>, y su obra de avanzada, que se insinúa con timidez en alguna composición de *Tu libro* (1922), para comenzar definitivamente con *química del espíritu* –libro publicado en 1923, pero de incierta fecha de composición, puesto que se lo menciona ya en *Tu libro* como inédito.

Hidalgo mismo otorga a *España no existe* un papel preponderante en su obra al declararlo el primero de su “Ciclo de la madurez” (*España no existe*, 1921, [2]; *Tu libro*, 1922, p. [2]).

El título completo del libro aquí estudiado es *España no existe. Conferencia leída en un café de Madrid ante una veintena de amigos, el 25 de julio de 1920*. Buenos Aires: Edición del autor, 1921. Está dedicado a Alfredo González Prada<sup>2</sup>.

El volumen carece de colofón, pero de una nota al pie en página 101 se deduce que no fue impreso antes de septiembre de 1921, es decir, aproxi-

---

<sup>1</sup> Hidalgo ha sido adscrito aquí y allá a la malhadada prosapia de F. T. Marinetti. Sin embargo, su obra temprana aduce apenas una influencia epidérmica del futurismo, que se agota en la exaltación de la guerra, la máquina, el movimiento y la virilidad. Sobre el tema, véanse las disímiles propuestas de Estuardo Núñez: “Alberto Hidalgo y el Futurismo” (*El Comercio*, Lima, 10-III-68) y de May Lorenzo Alcalá: “El Futurismo rioplatense de Hidalgo”, ambos recogidos en el volumen editado por Álvaro Sarco: *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 114-116 y 127-140. Todavía en 1918 Hidalgo reconocía públicamente como maestros a Victor Hugo, Walt Whitman, Manuel González Prada y Leopoldo Lugones (*Hombres y bestias*, 1918, p. 182).

<sup>2</sup> Alfredo González Prada (1891-1943): poeta y escritor peruano, colaborador de la revista *Colónida* (1916), hijo y albacea literario del insigne escritor y polemista Manuel González Prada, uno de los manes de Hidalgo (*cfr.* por ejemplo *Jardín Zoológico*, 1919, pp. 283-288). Con Álvaro Sarco (Lima) preparó la edición comentada de algunas cartas de Alfredo González Prada.

madamente un año tras el paso de Hidalgo por Madrid. (Pocas semanas después, en octubre de 1921, el libro parece haber existido ya, pues lo menciona de pasada Enrique González Martínez, en su elogioso prólogo, fechado en ese mes, a *Tu libro*.)<sup>3</sup>

*España no existe*, el más extenso, meditado y sistemático de los libelos escritos por Hidalgo, habría sido compuesto en el lapso de unos pocos días, a pedido de los amigos del subtítulo (p. 109)<sup>4</sup>.

En el *Introito* Hidalgo anuncia el tenor de lo que vendrá:

Amigos: las primeras palabras que os voy a decir, no son de agradecimiento, cual es de uso, sino de felicitación. De felicitación porque, siendo españoles, habéis tenido el coraje de venir a escucharme, sin faltar uno, todos veinte, los únicos invitados, a pesar de que sabíais por haberlo yo advertido, que esta noche voy a hablaros mal de España.

Ya en uno de sus tempranos “Átomos” (*Jardín Zoológico*, 1919, p. 243), y utilizando a Ramón Gómez de la Serna como excusa, Hidalgo había expresado una crítica radical de la cultura española:

Nos asombra, nos deja tiesos, mudos, electrocutados, el pensar que Ramón Gómez de la Serna haya nacido en España.

Un amigo a quien le leímos unas páginas de su libro Muestrario nos preguntó:

—¿Será cierto que ese Gómez de la Serna es español?

—Completamente.

—Me parece imposible. Si me aseguran que Dios y el Diablo han hecho las paces, o que el mar se ha convertido en tierra y la tierra en mar, o que hay

<sup>3</sup> Enrique González Martínez (1871-1952): poeta mexicano, de tendencia modernista. Como diplomático representó a su país en Chile (1920-1922), Argentina (1922-1924), España y Portugal (1924-1931). Es el autor de un soneto devenido famoso como símbolo de modernidad: “Tuércele el cuello al cisne...”. Hacia 1920, González Martínez representaba el apogeo de la poesía mexicana. Algunas de sus obras: *Preludios* (1903), *Los senderos ocultos* (1911), *La muerte del cisne* (1915), *Parábolas y otros poemas* (1918), *La palabra del viento* (1921), *Babel* (1949). *Obras Completas* (México: El Colegio Nacional, 1971). Hidalgo le había dedicado el poema “Hoy” (*Las voces de colores*, 1918, pp. 111-112; el mismo libro trae al final, pp. 248-249, una carta del poeta mexicano al peruano, comentando *Hombres y bestias*).

<sup>4</sup> No es, en todo caso, el más furibundo: ese honor cabe a algunos escritos sobre personajes peruanos.

mujeres honradas, o cualquiera otra barbaridad por el estilo, quizás lo crea: pero el que Gómez de la Serna es español no lo creo ni por un momento, porque eso equivaldría a creer que en España hay algo digno de admiración, lo cual es absurdo<sup>5</sup>.

En una nota fugaz de *Muertos, heridos y contusos* (1920, p. 13) había escrito:

Como es de suponer, España no cuenta entre las naciones europeas. Por su cultura intelectual y progreso material queda detrás de América. Está al nivel de África.

Dedicará también el capítulo 172 de *Diario de mi sentimiento* (1937) a fundamentar su aversión, que alcanza ribetes casi patológicos en el capítulo 197 del mismo libro.

Tras la advertencia inicial, Hidalgo pone el dedo en varias llagas españolas: niega la belleza de las ciudades, de los paisajes y de las mujeres<sup>6</sup>, satiriza la lengua y alguna de sus malas costumbres, ridiculiza la lidia de toros, alude a la traumática pérdida de los dominios en África y critica otras cosas caras a los españoles, de modo tal que hará exclamar años después a su amigo, el escritor vanguardista argentino Macedonio Fernández<sup>7</sup>:

---

<sup>5</sup> En otro pasaje se mofa de Juan Ramón Jiménez, a quien trata de “poeta sietemesino”; en otro es capaz, cuando menos, de reconocer la talla intelectual de Ortega y Gasset (1919, pp. 288 y 300; véase aquí p. 49).

<sup>6</sup> Al respecto dice en nota al pie de p. 11: “Aquí se me ocurre una greguería, digna de Ramón Gómez de la Serna: ¡En España son feas hasta las mujeres bonitas!” Sobre todo en su juventud, antes de contraer matrimonio con la poeta y traductora Elvira Martínez, la obra de Hidalgo tuvo a menudo ribetes misóginos.

<sup>7</sup> Nota sin fecha, recogida póstumamente en sus *Obras completas*, IX, *Todo y nada*. Buenos Aires: Corregidor, 1995, p. 80. Un ejemplar del libro de Hidalgo se conserva en el archivo de Macedonio, en Buenos Aires (carece de dedicatoria, por lo cual supongo que éste lo adquirió por su cuenta). Otro ejemplar se conserva dedicado en la biblioteca de Unamuno (Salamanca): “A Miguel de Unamuno / Hidalgo / Casilla de correo, 2012 / Buenos Aires, 922”; hay allí también un ejemplar de *Tu libro*, con la siguiente dedicatoria: “A Dn. Miguel de Unamuno / con la mejor admiración de / Hidalgo / Casilla de correo 2012 / Bs. As. 922” (gracias a María del Carmen Rodríguez Martín, Salamanca); cfr. José Manuel González Álvarez: “La recepción unamuniana de la literatura argentina y uruguaya. Recopilación bibliográfica (1890-1935)”, en: *Anales de Literatura Hispanoamericana* 32, Madrid, 2003, pp. 167-185. En cuanto a Macedonio, di a luz una edición comentada de su

El pobrecito Alberto Hidalgo tiene gustos de millonario. *España no existe*. Hacerse odiar de toda una gran nación (si las hay), es un lujo de un millonario de humanidad, de Personalidad.

El “hacerse odiar” al que alude Macedonio fue una de las especialidades de Hidalgo; ella puede concurrir a explicar el inmerecido olvido en que cayó su vasta y variada obra tanto en Perú como en Argentina.

En el trasfondo de este caso concreto hay, como Hidalgo mismo confiesa en página 58, un despecho cuyo motivo de ser es menos imputable a España que a la caprichosa imagen del país que Hidalgo se había formado en el Perú<sup>8</sup>:

Allá en mis selvas americanas, yo era un frenético enamorado de España.

En efecto, apenas dos años antes, Hidalgo había ofrecido su brazo a la “Madre Patria”, en “Arenga a España” (*Las voces de colores*, 1918, p. 79), que finaliza:

y no olvides, heroica y aventurera España  
que entre aquellos soldados puedo contarme yo...

Ya en el “Envío” de *Arenga lírica* (1916, p. 18) se había llamado a sí mismo “injerto de indio quechua i león español”. Pero ahora agrega:

Vine a conocerla y no la encuentro por más que la busco. Y entonces grito:  
España no existe.

Una de las preguntas que surgen durante la lectura es: ¿en qué café tuvo lugar esa conferencia?

correspondencia con Jorge Luis Borges (Buenos Aires: Corregidor, 2000), y preparo la de su epistolario con Hidalgo.

<sup>8</sup> Véase al respecto lo que dice González Martínez en su ya mencionado prólogo a *Tu libro* (1922, p. 10; firmado en octubre de 1921): *España no existe* “parece refutar con su título paradójico la medida que había de andar de bracero con la madurez, aunque en su dolorosa tesis haya más amargura que encono y más estímulo para el futuro que reproches para el presente”.

Dadas las buenas relaciones que por esas fechas Hidalgo mantenía con Ramón Gómez de la Serna, y la buena opinión que ambos tenían acerca del escritor y político español Mariano José de Larra (citado y elogiado por Hidalgo en p. 54, aquí p. 81), el café aludido podría haber sido Pombo, acerca del cual escribió Hidalgo (*Muertos, heridos y contusos*, 1920, p. 110, aquí p. 24)<sup>9</sup>:

Uno de estos Cafés españoles, el más solemne de todos, se llama Pombo. Pombo se ha hecho célebre literariamente porque Ramón Gómez de la Serna y más de una docena de artistas se reúnen en él todos los sábados.

También el capítulo 37 del *Diario de mi sentimiento*, “Guía de las peñas de Madrid”, menciona elogiosamente a Pombo:

De intento he dejado para el último la más famosa peña de Madrid: Pombo. Pombo ha quedado ya erigido como un monumento nacional. Es el monumento, el mejor baluarte de la cultura española. Compite con el Ateneo y lo supera en esto: en que es la mayor agrupación de gente selecta que se conoce. También supera a la Real Academia de la Lengua. Es más honroso ser “pombiano” que ser académico.

La gloria de su renombre ha traspuesto los linderos de la patria. [...]

Todo hombre de letras que llega a Madrid, tiene necesariamente que ir a Pombo, como el viajero que arriba a Egipto está obligado a visitar las Pirámides y quien va a París, pasea el Louvre; y a Grecia, las ruinas del Partenón; y a Roma, San Pedro; y a Nueva York, la Quinta Avenida. Pombo les ha restado importancia al Museo del Prado, al Palacio de Oriente, a la Cibeles, porque la gente, a falta de tiempo, entre conocer aquellas cosas y acudir un sábado a Pombo, se queda con lo segundo.

---

<sup>9</sup> Según declara Hidalgo en una nota al prólogo, la publicación de este libro había sido prevista originalmente en Madrid, en la misma editorial América, regenteada por el escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona en la que, poco después, aparecería el libro del también arequipeño Alberto Guillén aludido más abajo. Debido a lo cifrado de la explicación que contiene ese prólogo, no queda en claro por qué Hidalgo cambió sus planes, ni cuál fue el artículo retirado del libro, “movido por un elemental deber de caballerosidad”. Ello es de lamentar, porque podría estar relacionado con los primeros intentos de publicación de *España no existe*. Fombona menciona a Hidalgo en su charla con Alberto Guillén (*La linterna de Diógenes*, 2001, p. 45). Y Guillén lo llama “panfletario y poeta” en charla con Julio Cejador y Frauca, quien se refiere despectivamente a él (pp. 72 y 73-74).

Pombo otorga el espaldarazo a los neófitos del arte. Por Pombo ha desfilado cuanto más grande ha pisado el suelo de Madrid, desde Maeterlinck hasta Maurice Barrés, desde Zuloaga hasta Picasso. Es digno de notar que los jefes de las otras peñas, Azorín, Valle-Inclán, Cansinos, Benavente, Ayala, van de tiempo en tiempo a sentarse a las mesas de Pombo, sin emulación ni enojo por el desmedro que a sus peñas acarrea, y más bien como si aún quisieran consagrarlo más con su autoridad.

Pombo se diferencia de las otras peñas en que está sujeta a leyes que nadie más que su jefe puede alterar. En Pombo está prohibido gritar, decir palabras rudas o de mal gusto, nombrar a ciertas mediocridades. Pombo tiene un sabor como de iglesia, un aspecto litúrgico de veras impresionante<sup>10</sup>.

¿A qué se debe esto? Ramón Gómez de la Serna, jefe absoluto de Pombo, era hasta hace unos años un escritor ignorado del gran público. Sólo los literatos conocían su existencia y lo admiraban en secreto. Ramón, desde su peña, fue lanzado año tras año libros que le acarrearon luego una crecida fama. Y su fama la ha comunicado a su tertulia.

La dicción del párrafo anterior permite suponer que el texto es también de 1920 (es anterior, a todas luces, al entredicho que terminara con la amistad entre Ramón e Hidalgo hacia 1931), de la época de la conferencia que nos ocupa. Es plausible imaginar, pues, que fuese leída allí.

Sin embargo, un detalle habla en contra de esa difundida hipótesis, que alguna vez fue mía: al momento de publicar *La Sagrada Cripta de Pombo* (comienzos de 1924, aunque aquí y allá se lo data erróneamente en 1922 o 1923), Ramón, que menciona ampliamente a Hidalgo, en escenas datables en 1920, no hace referencia alguna a esta conferencia. Tampoco alude a este trabajo de Hidalgo en el prólogo que aportó a su libro *química del espíritu* (1923)<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Véanse “Los mandamientos pombianos”, en R. Gómez de la Serna: *Pombo* [1918]; Madrid: Visor, 1999, p. 202.

<sup>11</sup> Ramón escribe sobre Hidalgo en *Pombo* II, pp. 369-373, pero ni en ese ni en ningún otro de sus trabajos llegados a mi conocimiento alude a *España no existe*. Si acaso, podría haber una alusión indirecta en estas líneas: “Hasta que no nazca el apremio espiritual del libro a los españoles, hay derecho a propagar la idea de que España no existe” (*Bibliografía Española e Hispanoamericana*, Madrid, enero-marzo de 1924, pasaje citado en J. M. Sánchez Vigil: *CALPE. Paradigma editorial (1918-1925)*. Gijón: Trea, 2005, p. 186).

Más aún: al comienzo del capítulo titulado “Las ciudades”, Hidalgo se pregunta retóricamente qué habría dicho el futurista italiano Marinetti acerca de España:

Un curioso ejemplar de millonarios con talento, Felipe Tomás Marinetti, ha clamado, es bien sabido, hacia los cuatro puntos del horizonte, en esa su pirotécnica literatura de manifiestos, contra los edificios, esculturas y cuadros de la antigüedad, porque, según él, han convertido a Italia en centro de reunión de turistas rastacueros. Yo soy de los que le dan la razón. Pero me interrogo: ¿qué diría Marinetti si estudiara el caso de España?

Si Hidalgo hubiera hecho a Ramón esa pregunta, éste podría haberle contestado muy fácilmente, remitiendo al manifiesto que Marinetti escribió especialmente para los españoles, a instancias de Ramón, y que éste publicara en su revista (“Proclama futurista a los españoles. Conclusiones futuristas sobre España”, en: *Prometeo* 20, Madrid, 1910, pp. 519-531)<sup>12</sup>. El italiano se ocupa allí abundante y críticamente de casi todos los mismos temas que Hidalgo, no para escarnecer a los españoles, sino para incitarlos a acabar con algunas de sus rémoras.

Otro argumento en contra de que se tratara de Pombo es la ofensiva mención de Carmen de Burgos entre los malos escritores de España (p. 83, aquí p. 94), ya que Ramón, liado sentimentalmente con Colombine (que tal era el seudónimo de la prolífica dama), no habría tolerado esa crítica que Hidalgo, por lo demás, no fundamenta. Todo indica, pues, que no debe haberse tratado de Pombo.

Otra posibilidad sería el famoso Café Gijón, donde se acostumbraba ya en esas fechas a hacer tertulia literaria y a leer textos. Pero, aparte de que Hidalgo no lo menciona en ninguno de los trabajos suyos que conozco, el aserto no pasa de ser una hipótesis, indemostrable en el estado

<sup>12</sup> Véase Andrew A. Anderson: “Ramón Gómez de la Serna y F. T. Marinetti: sus contactos epistolares y la génesis de una proclama”, en: *BoletínRAMÓN* 7, Madrid, otoño de 2003, pp. 34 ss. Cfr. también Eloy Navarro Domínguez: “Ramón, Marinetti y el contexto político de *Prometeo*”, en: Eloy Navarro Domínguez/Rosa García Gutiérrez (eds.): *Nacionalismos y vanguardias en las literaturas hispánicas*. Universidad de Huelva, 2002, pp. 131-170. También Jaime Brihuega: “El Futurismo en España. Vanguardia y política (?)”, en: Gabriele Morelli (ed.): *Treinta años de vanguardia española*. Sevilla: El Carro de Nieve, 1991, pp. 29-54, especialmente 32-35.

actual de nuestros conocimientos. Vale la pena mencionar, sin embargo, que en los anales del café, orgulloso de su tradición literaria aún hoy viva, no he hallado constancia del paso de Hidalgo<sup>13</sup>.

Otro interrogante está relacionado con los “veinte amigos” ante quienes habría sido leída la conferencia (aludidos también en páginas 9 y 48, aquí 57 y 77). Dejando de lado que no es lo mismo “una veintena” que “veinte”, debemos constatar que el texto no permite ninguna hipótesis acerca de la identidad de esas personas, salvo que éstas eran de espíritu tolerante (página 10, aquí 57). Si acaso, la lista de literatos que figura en página 82 (aquí 93) podría dar alguna pista, aunque indirecta:

Los escritores serios y de valor, en algunos casos relativo, son apenas leídos aquí [en Madrid] y, en cambio, son devorados (esta es la palabra) en América. A saber: Pío Baroja, Azorín, Unamuno, Benavente, Eugenio d’Ors, Gómez de la Serna, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Antonio Machado, Miró y cinco o seis más.

A decir verdad, todo es tan nebuloso que no queda ni siquiera en claro que la conferencia haya sido verdaderamente leída. Su tamaño (115 páginas en el original), en todo caso, parece algo excesivo para una lectura pública<sup>14</sup>, a pesar del pequeño argumento psicológico a favor del asunto que suministra la nota de la página 83 (aquí 94), al pie de una lista de malos, aunque exitosos, escritores españoles:

Estos nombres no fueron leídos por el conferenciante: los oyentes los vieron escritos en una pizarra preparada de antemano<sup>15</sup>.

Hidalgo se pregunta retóricamente en el ya citado *Introito* (página 9, aquí 57):

<sup>13</sup> Véase Marino Gómez-Santos: *Crónica del Café Gijón*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1955 (con portada y silueta del autor por César González-Ruano, así como con un epílogo de Ramón Gómez de la Serna).

<sup>14</sup> Lectura que podría verse como una predecesora de la manera que Hidalgo impondría en 1926 con su *Revista Oral*, en Buenos Aires.

<sup>15</sup> La mayor parte de esos nombres ha sido justamente olvidada. Entre los conocidos figuran Manuel Abril (tertuliano de Pombo, reputado crítico de arte; véase Guillermo de Torre: “El crítico Manuel Abril”, en: *Bellas Artes*, Madrid, octubre de 1973), Emilio Carrere (bohemio y novelista) y José Francés (novelista y crítico de arte).

¿A quiénes, si no a españoles, he de decir estas cosas?

Ello sugiere que debe haber intentado publicar el libro en España, sin éxito, obviamente, ya que aparecerá más de un año más tarde en Buenos Aires, impreso a costa del autor. De ese modo, Hidalgo no logra alcanzar el escándalo que quizás buscó y que, a mediados de 1921, sí alcanzaría en Madrid otro arequipeño, Alberto Guillén, con su *Linterna de Diógenes*<sup>16</sup>.

Hidalgo, que acusaba a Guillén de plagiario suyo, tendría con él cuentas pendientes por varios años. Véase, por ejemplo, el capítulo 46 de *Diario de mi sentimiento*, pasaje que debe ser del segundo semestre de 1921:

A mis libros les he dejado practicar la costumbre de incluir en una de sus primeras páginas la lista de todos ellos. No son sino esos. Es preciso que funcione esta declaración, pues en Madrid, y con la complicidad de Rufino Blanco-Fombona, se ha publicado mi libro *Muertos, heridos y contusos*, cambiándose su título por el de *La linterna de Diógenes* y reemplazando mi firma habitual con un seudónimo: Alberto Guillén<sup>17</sup>. Todo el mundo sabe, especialmente en cuanto lo lee, que ese libro es mío; pero como se han hecho cortes y agregados a *Muertos, heridos y contusos*, considero alterada su esencia y, por lo tanto, le quito mi paternidad. Ruego, pues, a mis lectores y amigos estimar apagada esa linterna.

<sup>16</sup> Alberto Guillén (1897-1935): Poeta y escritor peruano, nacido, como Hidalgo, en Arequipa. Obras: *Prometeo* (1918, con prólogo de Hidalgo), *Deucalión* (Lima: F. E. Rosay, 1920; 2<sup>a</sup> edición, con prólogo de Ventura García Calderón y epílogo de Raúl Porrás Barrenechea: Madrid: Nosotros, 1921), *Laureles* (Lima: Imprenta Lucero, 1923). *El libro de la democracia criolla* (Lima: Imprenta Lux, 1924). Su libro *La linterna de Diógenes* (Madrid: América, 1921; reedición aumentada en Lima: La Aurora Literaria, 1923; nueva edición: Madrid: Ave del Paraíso, 2001), causó gran revuelo debido a las indiscreciones que atribuye a Rafael Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Enrique Díez-Canedo y otros miembros prominentes de la escena literaria española del momento. A pesar del incidente, Guillermo de Torre reseñará elogiosamente su *La imitación de nuestro señor Yo* (Madrid: Nosotros, 1921; prólogo de Gonzalo Zaldumbide) en *Tableros* 3, Madrid, 15 de enero de 1922. Guillén, por su parte, colaboró en el número 2 de la revista, con fragmentos (en forma de aforismos) del mismo libro. Cf. también R. Gómez de la Serna: *La Sagrada Cripta de Pombo* [1924]. Madrid: Visor, 1999, II, pp. 438-442.

<sup>17</sup> El libro contiene una larga entrevista con el escritor y editor Fombona (*La linterna de Diógenes*, 2001, pp. 44-54).

En efecto, el libro de Guillén aplica el mismo método de la entrevista pérvida que Hidalgo aplicara antes en el suyo<sup>18</sup>.

Ese libro, redescubierto en España en 2001, era una retahíla de entrevisas con lo más granado de la literatura del momento: Pío Baroja, Rafael Cansinos Assens, Enrique Díez-Canedo, José Francés, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Ramiro de Maeztu, Eduardo Marquina, José Ortega y Gasset, etc. Guillén, displicente y taimado, se las compuso para hacer hablar mal a casi todos de casi todos, por lo cual el libro suscitó en su época algunos escándalos y enemistades. Puso en entredicho, por ejemplo, a los popes del ultraísmo: Cansinos Assens y Guillermo de Torre. Guillén había atribuido a Cansinos las siguientes palabras (2001, pp. 59-60):

Los ultraístas son mi hechura. Nacieron a mi sombra. Yo les mecí la cuna. Yo les di cabida en [la revista] *Cervantes*. ¿Conoce usted a Guillermo de Torre? [Guillén responde: "conocí a un barbilindo, de voz meliflua, que creo que colecciona palabras para decir disparates".] Pues bien, Torre es mi obra. Yo lo hice y lo sigo haciendo.

Ante ese pasaje, Torre escribe indignado a Cansinos (carta remitida desde San Sebastián el 6-VIII-21; número 65 en mi edición de la correspondencia entre ambos)<sup>19</sup>:

Porque después de haber leído el capítulo a usted dedicado en *La linterna de Diógenes* por el guacamayo Guillén [...] consideraba oportuno el exigirle que tuviese a bien puntualizar el alcance de su afirmación: Su ambiciosa y desmesurada atribución de una paternidad absoluta, de una progenitura indudable con respecto a mi personalidad literaria.

Cansinos responderá pocos días más tarde (carta número 66), con una misiva en la que rompe todos sus lazos con la juventud ultraísta y abdica toda corona en ese movimiento:

<sup>18</sup> Guillén menciona y cita a Hidalgo en su entrevista con Manuel A. Bedoya (*La linterna de Diógenes*, 2001, p. 32). Aparte de otras menciones, hay una especie de diálogo con textos de Hidalgo en la charla con Ramón Pérez de Ayala (pp. 153 y 157).

<sup>19</sup> Carlos García: *Correspondencia Rafael Cansinos Assens-Guillermo de Torre, 1916-1955*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2005.

Si hablé de usted al Sr. Guillén, fue para llamarle precisamente la atención sobre su personalidad –precisamente– como el más autorizado definidor de las modernas tendencias estéticas, así como también le cité nombres de poetas ultraístas. ¿Cómo no ha comprendido usted la ironía de ese Señor? Usted conoce mi probidad y sabe que soy incapaz de expresarme en el lenguaje que ese señor me atribuye.

Hidalgo había apadrinado a Guillén desde sus comienzos, escribiendo uno de los prólogos a su primer libro (un “Pórtico” en verso, en: *Prometeo*. Arequipa: Quiroz Perea, 1918; el otro era del poeta y crítico peruano Miguel Ángel Urquiza) e incluyéndolo en lugar prominente al mencionar la última generación de poetas peruanos, junto con César Vallejo (*Hombres y bestias*, 1918, pp. 166 y 168-169)<sup>20</sup>.

Aunque desconozco el eventual motivo de su actitud, no parece injusto suponer en Guillén la intención de incomodar a Hidalgo usurpando sus ideas: a poco de salido de la imprenta, en 1926, el *Índice de la nueva poesía americana* compilado por Hidalgo<sup>21</sup>, Guillén comienza a componer una antología propia, que aparecerá tardíamente en Madrid, en 1930, bajo

<sup>20</sup> Allí lo presenta de este modo: “Alberto Guillén, el benjamín de los poetas peruanos, que se revelara hace poco tiempo, es uno de los que tienen más fuerza lírica, mayor audacia imaginativa y mejor consistencia espiritual. Le hace falta purificar su forma y leer mucho, muchísimo, porque las enseñanzas de las lecturas solidificarán su inspiración pujante y avasalladora, hasta hacer de él uno de nuestros más fuertes poetas del porvenir”. Luego reproduce su “hermoso soneto” “El Verbo del Hombre”. Como era de esperar, el prólogo de Hidalgo al libro de Guillén, fechado el 24 de junio de 1918, no omite desmesurados elogios... al prologuista. El poema titulado “Pórtico” comienza así: “Amigo Alberto Guillén / q’has llamado a mi puerta en busca de unas palabras / para tu libro, ten / en esta hora en que labras / con cincelos admirables tu fama venidera, / esta corona de versos libres que lucirá a manera / de penacho sobre tu sien”. Guillén, por su parte, había escrito en 1917 un soneto en honor de “Alberto Hidalgo”, que éste incluyó en *Panoplia lírica* (1917, p. 172).

<sup>21</sup> Aunque usualmente se atribuye a Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, la selección de poemas incluidos en el volumen fue obra exclusiva de Hidalgo. Borges sólo colaboró activamente con la parte III del prólogo. El trabajo de Huidobro adoptado como parte II del prólogo no es ni siquiera tal: Hidalgo tomó el texto de una publicación francesa de 1924. Al respecto, véase mi ensayo “El *Índice de Hidalgo* (1926)”, en este volumen, en pp. 151-181; véase también Carlos García/May Lorenzo Alcalá: “El canon de Hidalgo”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 671, Madrid, mayo de 2006, pp. 61-70.

el título *Poetas jóvenes de América (Exposición)*<sup>22</sup>. Guillén parece haber dado comienzo a su proyecto hacia fines de 1926, según sugiere la siguiente nota de la redacción en el periódico *Martín Fierro* 38 (Buenos Aires, 26 de febrero de 1927), que alude a un título que no sería el definitivo:

Alberto Guillén tiene verdadero interés de incorporar a su *Antología de la nueva poesía americana* a todos los poetas colaboradores de *Martín Fierro* y los invita a remitirles material literario, libros y datos sobre sus personas a Avenida Arica 21, Lima, Perú.

El primer número de *Andarivel. Revista bimestral de arte y crítica* (Santiago de Chile, mayo de 1927, p. 14) contiene una información similar, lo cual permite inferir que Guillén remitió misivas de parecido tenor a varias publicaciones del continente<sup>23</sup>:

Alberto Guillén ha encendido otra vez su linterna. Ahora busca a los poetas americanos de avanzada. Prepara una Antología. A fines de año se irá a España para entregarla a la Casa Calpe. Poemas y datos pueden enviársele a Lima, Avenida Arica 128.

---

<sup>22</sup> Alberto Guillén: *Poetas jóvenes de América (Exposición)*. Madrid: Aguilar, 1930. Nótese que el libro contiene poemas de varios autores ya considerados por Hidalgo. Entre los antologados figuran Borges, Girondo, Norah Lange, Mastronardi, López Merino, Marechal, P. Barba Jacob, Luis C. López, Marinelo, Cardoza y Aragón, Cruchaga Santa María, Huidobro, Neruda, P. de Rokha, Carrera Andrade, Gorostiza, González Rojo, López Velarde, Torres Bodet, José J. Tablada, Villaurretia, Martín Adan, Xavier Abril, Oquendo de Amat, Pales Matos, D. Agustini, Silva Valdez, etc. Uno de sus pocos méritos es que incluye algún poeta brasileño, como Manuel Bandeira.

<sup>23</sup> Allí mismo se menciona pasajeramente a Hidalgo: “Entre las revistas de América más interesantes, señalamos la que publica en Lima, José Carlos Mariátegui: *Amauta*. En ella enarbolan sus banderas de metáforas Serafín Delmar, Magda Portal, Alejandro Peralta y algunos otros poetas peruanos, que están haciendo una excelente labor de sanidad literaria. Ellos, con Hidalgo, han aportado a la poesía de su patria, viriles glándulas renovadoras”. (El tema de la “virilidad” jugó un papel preponderante, problemático y aún no estudiado como lo merecería, en la literatura de avanzada, también en Argentina. Aquí alcanza ribetes absurdos, al serle atribuida hasta a Magda Portal.) *Andarivel* estaba dirigida por J. Moraga Bustamante y Juan Florit (ambos figuran en el Índice).

Todavía en 1944, Hidalgo insistirá en la tendencia al plagio de Guillén, en un párrafo de su *Tratado de poética*<sup>24</sup>.

La obsesión por el plagio de parte de Hidalgo no concernía, por cierto, sólo a Guillén: acusó de ello también a los peruanos César A. Rodríguez y Percy Gibson (*Hombres y bestias*, 1918, pp. 71-92 y 133-141), a los argentinos José Ingenieros (*Muertos, heridos y contusos*, 1920, p. 78) y Borges, a los españoles José Ortega y Gasset (*Diario de mi sentimiento*, 1937, cap. 129) y Moreno Villa<sup>25</sup>, al francés Paul Morand (*Simplismo*, 1925, p. 22) y a muchos otros.

En el capítulo 178 del citado *Diario* (1937) acusará al ensayista y novelista argentino Eduardo Mallea de haber plagiado a Pierre Girard; a menudo dirá que Vicente Huidobro plagió el creacionismo de Pierre Reverdy; aquí y allá acusará a Ramón Gómez de la Serna, tras la ruptura con éste en 1931, de haber plagiado a Max Jacob o a Massimo Bontempi, aunque hacia 1927 había defendido a Ramón de los plagios que supuestamente le habría hecho Oliverio Girondo<sup>26</sup>...

En el prólogo de su *Tratado de poética* (1944, p. 11), Hidalgo acusará a Eduardo González Lanuza de haber plagiado el contenido de sus conferencias de 1939 en su libro *Variaciones sobre la Poesía* (1943).

<sup>24</sup> Buenos Aires: Ediciones Feria, 1944, p. 66. Preparo la edición anotada de los epistolarios de Guillén con Alfonso Reyes, Guillermo de Torre, César Arroyo, Miguel de Unamuno y otros.

<sup>25</sup> “José Moreno Villa estuvo conceptuado, hace unos años, como uno de los buenos poetas españoles. De pronto calló, o por lo menos dejó de llamar la atención. Pero he aquí que la Exposición del Libro Español, que se realiza en los Amigos del Arte, le ha servido de pretexto para hacer el soñado viaje a América. Ha venido a hacerla. Y se la lleva hecha ya. Su inspiración y su técnica se han remozado en Buenos Aires. Como que las ha copiado, casi diríamos las ha plagiado, de un poeta de América y en un libro publicado en Buenos Aires, no hace mucho. El libro se llama *Actitud de los años* [poemario de Hidalgo]. Moreno Villa, sin el menor recato, ha publicado en el último domingo de *La Nación* tres imitaciones serviles de poemas de ese libro... y además, lo cual es el colmo... de las notas exegéticas que ilustran ese mismo libro. ¡Eso sí que se llama *hacer la América*! El autor del libro recibe innumerables felicitaciones por el distinguido discípulo que le ha salido” (A. Hidalgo, sin firma: “A aprender en América”, en: *Crisol*, 27-VII-33).

<sup>26</sup> Cfr. Carlos García: “Notas sobre *El Plagiario*”, en: Alberto Hidalgo: *Cuentos. [Los Sapos y otras Personas]*. Buenos Aires: El Inca, 1927.] Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca. Lima: talleres tipográficos, 2005, pp. 118-124.

Se da incluso el caso de una combinación de acusaciones: Hidalgo reprocha a Borges no sólo haberlo plagiado a él, sino también a Macedonio Fernández. No es casual, pues, que la única mención de Hidalgo en las *Obras completas* de Borges, no exenta de sobria inquina, se ocupe del tema (“Prólogo” a *El otro, el mismo*, 1964; *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974, p. 857):

En su cenáculo de la calle Victoria<sup>27</sup>, el escritor –llamémosle así– Alberto Hidalgo señaló mi costumbre de escribir la misma página dos veces, con variaciones mínimas. Lamento haberle contestado que él no era menos binario, salvo que en su caso particular la versión primera era de otro. Tales eran los deplorables modales de aquella época, que muchos miran con nostalgia.

“Capítulo aparte merece el ultraísmo”, como dice ya Hidalgo al comienzo del que le dedica. La crítica que Hidalgo hace a España es algo rancia; de los temas tratados en el libro, el más interesante es quizás el que concierne a este esmirriado movimiento de avanzada surgido a fines de 1918, tras la visita de Huidobro a Madrid.

A mediados de 1920, el movimiento se había afianzado en la corte, sobre todo debido a que Isaac del Vando-Villar, el director de *Grecia*, había trasladado la redacción de la revista de Sevilla a Madrid a fines de abril.

Precisamente por la fecha en que Hidalgo afirma haber leído su conferencia (entre junio y julio de 1920), hubo en Madrid una querella pública entre los ultraístas y el poeta León Felipe<sup>28</sup>. Ése puede ser uno de los tras-

<sup>27</sup> Aquí funcionaba la, en su tiempo, famosa peña de Hidalgo. En *Diario de mi sentimiento* (1937, p. 90) dirá: “La peña, en fin de cuentas, es una forma de parlamentarismo, un congreso de inteligentes, en el que sólo se debate temas que atañen a la belleza o involucran determinados procesos cerebrales. Más simplemente, la peña es una tertulia de artistas, casi siempre escritores, agrupados alrededor de una figura central, que en cierta forma goza de los atributos del maestro, del apóstol, del pontífice literario: el jefe. / En España no se concibe literatura sin peña”. Pasa luego a mencionar a Azorín, Baroja, Benavente y otros.

<sup>28</sup> León Felipe (seudónimo de Felipe Camino Galicia, 1884-1968): poeta español. Su primer poemario, que comenta Hidalgo más abajo, se tituló *Versos y oraciones del caminante* (Madrid, 1920), cuya segunda parte apareció en 1929. *Ganarás la luz*, también mencionado por Hidalgo, es de 1943 (reedición: Madrid: Cátedra, 1984). En 1938 se exilió en México, donde falleció. De una carta de Hidalgo al chileno Vicente Huidobro, del 11-I-26, surge que León Felipe presentó a ambos en Madrid, en 1920 (cfr. Carlos García: “El Índice de Hidalgo (1926)”, arriba citado (nota n° 21).

fondos de la tirria de Hidalgo contra los ultraístas, ya que el peruano había trabado amistad con Felipe.

En efecto, Hidalgo escribirá decenios más tarde, en “Vuelta de León Felipe” (*El Mundo*, Buenos Aires, 28-VI-43)<sup>29</sup>:

Mi juventud literaria está ligada al recuerdo de León Felipe por una suerte de cordón umbilical. Y es que ambos entramos más o menos a la vez y por la misma puerta en la poesía. Una curiosa coincidencia sobre la valorización de la pausa y la intervención que debe dársele en el poema, manifestada sin tener conocimiento uno de la existencia del otro, fue nuestro nexo.

Cuando llegué a Madrid, en 1920, León Felipe acababa de publicar *Versos y oraciones del caminante*, y como el ultraísmo, hallándose en su apogeo, monopolizaba el escándalo y Felipe, no sólo no militaba en la escuela sino troataba contra ella, se prestó muy escasa atención a su libro en diarios y revistas.

La aseveración de Hidalgo no es del todo correcta. El órgano casi oficial del ultraísmo, la revista *Grecia*, trajo en su número 44 (Madrid, 15 de junio de 1920, p. 16) el siguiente texto, en la rúbrica “Panorama Ultraísta”:

Nos disgustan los espíritus franciscanos. León Felipe, ex actor y farmacéutico, ha publicado un libro: *Versos y oraciones del caminante*. Hay que resguardarse de estos poetas masoquistas, que, indiferentes a las carreteras, siguen desgarrando sus carnes en todas las zarzas. Constituyen un espectáculo repugnante, indigno de una generación que bucea más allá de los horizontes. León Felipe, que explota su tristeza como una prostituta sus gracias y que pasea su soledad por todos los cafés de la Puerta del Sol, se ha atrevido a juzgarnos desde el escaparate de una interview. Le aconsejamos que suprima los histrionismos; a nosotros no nos emocionan las lágrimas de glicerina.

La nota dio ocasión a que Felipe escribiera a *Grecia*. En el número 45 de la revista (julio de 1920, p. 16) aparece el siguiente comentario:

El poeta León Felipe nos participa su disconformidad con la interviú que en *La Tribuna* le hiciera el periodista Castellón, que dio origen a que en el

---

<sup>29</sup> Sobre las publicaciones de Hidalgo en ese periódico véase Carlos García/Martín Greco: “Hidalgo en *El Mundo* (1940-1949)”, en: Álvaro Sarco (ed.), *op. cit.*, 2006, pp. 409-441.

panorama anterior tuviésemos para este nuevo poeta concepto un poco duro. Nos dice que nunca ha querido molestarnos y que se considera dentro de nuestro arte.

Una vez definida su actitud, publicamos un poema que juzgamos interesante.

En efecto, en la página 4 del mismo número figura un poema de Felipe, titulado “Escalas”. Ése es, hasta donde alcanzo a ver, todo el trato que hubo entre León Felipe y los ultraístas.

En *Actitud de los años* (1933, pp. 84-85) Hidalgo volverá a algunos de sus temas preferidos:

De nuevo empieza a cundir la estrofa, la combinación métrica, el verso regular. La cosa ha partido de España. Yo veo en ello más que un afán estético un movimiento político. Alguna vez lo he explicado y ahora insisto. Conseguida la independencia americana, no desapareció la dominación española en el campo de la expresión; continuamos atados al yugo del idioma y de los gustos literarios. Del primero nos vamos desligando paulatinamente con la creación de un lenguaje propio, y, de los segundos /85/ hicimos renuncia y aun invertimos los papeles: hemos impuesto un rumbo a la literatura de toda la lengua. Desde años atrás, los españoles han vivido esclavizados por nosotros. El “modernismo”, movimiento literario americano, importado de Francia, nutrió a las generaciones españolas de 1898 a 1919; el “ultraísmo”, movimiento literario americano, importado también de Francia, alimentó a la que empezó en 1920 más o menos y aún no ha finiquitado su proceso. De pronto, los españoles sienten ansias de liberarse; les falta imaginación, fuerza lírica –razón por la cual en su total historia no se ve aparecer la figura de un poeta grande, con arraigo en la admiración universal; ¿dónde está el Dante, el Shakespeare, el Goethe, el Whitman, el Baudelaire castellanos?–, y entonces regresan los ojos, miran su tradición y aprenden a Góngora. En eso están. Es una lástima. A pesar del círculo vicioso, a algunos de ellos se les logra ver con capacidad suficiente para más puras empresas; yo lo confieso. Aquí, en América, espíritus menores se han puesto a seguirlos<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Pulla contra Ricardo L. Molinari, poeta argentino afín a la poética de la generación del 27 española. Véase “Góngora en América”, en: *Crisol*, Buenos Aires, 18-VIII-32 (trabajo de Hidalgo, publicado sin firma; cf. Martín Greco: “El crisol del fascismo. Alberto Hidalgo en la década del 30”, en: Álvaro Sarco (ed.), *op. cit.*, 2006, y en Carlos García/Martín Greco: *Alberto Hidalgo. Pocaspulgas en Pedantópolis*. Buenos Aires: en prensa).

Pero retornemos a Hidalgo y *España no existe*. Como si las dudas esparcidas hasta ahora no fueran suficientes, se puede aun inquirir si el libro fue efectivamente escrito en España: de hecho, Hidalgo mismo contradice esta posibilidad en *Diario de mi sentimiento*. Allí, en un pasaje escrito hacia 1927, dirá (capítulo 2):

Hace siete años, de vuelta de Europa y como resultado de mis correrías por los cafetines literarios de Madrid, escribí, en uno de mis libros, esta frase: *El Ultraísmo es un sport de andróginos*<sup>31</sup>.

Ahora bien: esa frase procede del capítulo “El Ultraísmo”, del libro *España no existe* (102, aquí 104). Hidalgo da a entender, pues, que el pasaje fue escrito al regresar a Argentina.

Es de imaginar, pues, que se sirvió para ello de notas tomadas en España y en el viaje de regreso, que por esas fechas duraba tres semanas. De un modo o de otro, no queda claro qué oscuro episodio desató esa animadversión.

Al final de su libelo, Hidalgo anota, tras una larga lista de negaciones:

No creo en que he hablado o no he hablado, ni en que estamos o no estamos reunidos en este café.

<sup>31</sup> El resto del párrafo tampoco tiene desperdicio: “Esto era exacto. Desde su Pontífice Mayor [Rafael Cansinos Assens] hasta su Secretario Perpetuo [Guillermo de Torre] y muchos de sus ahijados, los ultraístas poseían una evidente sensibilidad posterior. Por un Larrea, un Gerardo Diego, y otras personas decentes, había media docena de jóvenes fácilmente catalogables en los archivos del proxenetismo masculino. Pero, en fin, esta calamidad del ultraísmo ha pasado definitivamente. En cambio, ya tenemos otra que me obliga a repetir la frase: El catolicismo literario es un sport de andróginos. Nada más que eso. Y si la palabra resulta un tanto dura, a fuerza de conocida, digo con más suavidad que el catolicismo literario en un sport de uranistas. Vocablo más delicado, menos vulgar, y sedoso y rosado, palabra con polvos de arroz y loción de Coty” (*Diario de mi sentimiento*, 1937, p. 22). Aun a comienzos de la década del sesenta, Hidalgo escribirá una carta a un periodista peruano que lo motejaba de ultraísta, diciéndole: “no soy ultraísta, querido amigo: soy (fui) creacionista y procedo del francés Pierre Reverdy, a quien yo seguí vagamente en mis libros *química del espíritu* y *Simplismo*, pero con afán de independencia, de formar rancho aparte. [...] El verdadero creador del creacionismo fue Reverdy, y no Vicente Huidobro. [...] Seguramente usted por errata, o error dactilográfico, ha escrito que fui ultraísta”. Cfr. Nerio Castro Arenas: “Carta a Alberto Hidalgo”, en: *La Prensa*, Lima, 21-VII-61, p. 14; Álvaro Sarco (ed.), *op. cit.*, 2006, p. 553.

La nihilista despedida del libro de Hidalgo envuelve en sus vahos cualquier trabajo relacionado con él.

(Hamburg, agosto-diciembre de 2006)

## II. ALBERTO HIDALGO Y GUILLERMO DE TORRE (1920-1933)

*A Gustavo Salazar*

No he encontrado cartas cruzadas entre Hidalgo y Guillermo de Torre (1900-1971), el crítico e historiador de la literatura de vanguardia. En todo caso, no las hay de Hidalgo en el archivo póstumo de Torre, conservado en Madrid (Biblioteca Nacional), y es ignoto el paradero del de Hidalgo. Sin embargo, Torre reseñó algunos libros de Hidalgo, y éste parece haber seguido los pasos literarios de aquél.

Algún indicio sugiere que tuvieron contacto personal. Ambos deben haberse conocido personalmente en el segundo semestre de 1920, cuando Hidalgo pasó por Madrid. Así lo da a entender Ramón Gómez de la Serna.

El 17-XII-20 se instala en Pombo el cuadro de Gutiérrez-Solana *La tertulia del café de Pombo*, que había sido concluido en agosto (*Pombo II*, 1999, p. 316). En *Pombo II*, p. 336, Ramón cita parte del Epílogo de *España negra*, de José Gutiérrez Solana, y ubica a Torre e Hidalgo codo a codo:

este cuadro resulta pobre; faltan grandes artistas, dónde están Iturrino, los hermanos Zubiaurre, Bagaría, Maeztu, Rusiñol, Romero-Calvet, Victorio Macho, no puede dar una idea ninguna de su animación, de esas mesas que se van llenando de contertulios: Vighi, Espinoza, Llovet, Jiménez-Aquino, Heras, Guillermo de Torre, Alberto Hidalgo, Garza Rivera, Isaac del Vando Villar, Pascual, Alcaide de Zafra, Pepe Argüelles y tantos otros<sup>1</sup>.

También Torre da a entender en su reseña de *Simplismo* (1926) que conocía personalmente a Hidalgo:

---

<sup>1</sup> Estos pasajes fueron también reproducidos en el libro de Ramón: *José Gutiérrez Solana. Vida del gran pintor español. Genealogía y primeros pasos. Las vitrinas del Arqueológico. Solana escritor*. 136 grabados fuera de texto. Buenos Aires: Poseidón, 1944. Ramón, que tenía relación con ambos, escribirá en 1923 un elogioso prólogo a *Química del espíritu*, del peruano.

La máscara dura de este poeta arequipeño apareció en un tiempo sobre el friso de las veladas pombianas.

Hidalgo fue invitado al banquete a todos los pombianos, que tuvo lugar el jueves 14-X-20 (*cfr. Pombo II*, 1999, pp. 817-834). Entre las personas a las que se homenajeaba figuran Cansinos Assens, Torre, Isaac del Vando-Villar (quien fuera director de las míticas revistas *Grecia* y *Tableros*), Manuel Abril, Federico Beltrán, Xavier Bóveda, Rogelio Buendía, Enrique Díez-Canedo, Gerardo Diego, Pedro Garfias, Alberto Hidalgo, Pedro Henríquez Ureña, Moreno Villa, Edgar Neville, Eliodoro Puche, Pablo Picasso, Alfonso Reyes, José Ruiz Castillo, Miguel Viladrich y muchos otros. No todos los invitados asistieron a la reunión, pero Torre sí lo hizo; quizás acudiera también Hidalgo.

Éste alude a Torre, sin nombrarlo expresamente, en *España no existe* (1921, p. 100), avalando la pretensión de Torre de haber sido quien acuñara el término *ultraísmo*:

Y un audaz, buscando palabra atrayente y simpática para bautizar el engendro, halló esta: ultraísmo.

En efecto, como mostré en mi edición del epistolario entre Torre y Cansinos Assens, el primero había comenzado a utilizar el vocablo hacia fines de 1916 o principios de 1917<sup>2</sup>. El término no tenía en esa época, desde luego, el significado que adoptaría a partir de fines de 1918, cuando Cansinos lo recogerá para bautizar con él al movimiento de avanzada de la juventud española.

Como fuere, y a pesar de los exabruptos de Hidalgo acerca del ultraísmo que figuran en *España no existe*, Torre reseñará algunos libros del peruano, con ciertos reparos, pero no sin elogios.

La primer reseña que encuentro es del poemario *Simplismo* (Buenos Aires: Editorial El Inca, 1925), con el cual Hidalgo pretendió, sin lograrlo, formar una escuela.

Hacia 1930, Hidalgo menciona a Torre y a esa reseña en el capítulo 129, dedicado a Ortega y Gasset, de su *Diario de mi sentimiento* (1937,

---

<sup>2</sup> *Cfr. Correspondencia Rafael Cansinos Assens-Guillermo de Torre, 1916-1955*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2005, p. 39, n. 27.

pp. 258-259). Hidalgo, desde joven obsesionado por el plagio, reprocha allí a Ortega haberse dejado inspirar por un pasaje de su libro:

Ahora bien, publiqué *Simplismo* en 1925, es decir, cinco años antes que Ortega Gasset su magnífico ensayo [“*La ciencia* es mero simbolismo”]. Meses después, en enero o febrero del 26, se lo envió a su casa de Madrid, según le había enviado otros libros míos<sup>3</sup>. Y debió recibirlo, y leerlo, y estimarlo, pues en seguida, según hace con los libros que lee y estima, lo entregó al crítico de poesía de su revista, la *Revista de Occidente*, señor Guillermo de Torre, que le hiciera la nota. Y el señor Guillermo de /259/ Torre la hizo, pero no sólo una nota bibliográfica, sino todo un artículo, extenso de tres páginas y lleno de elogios a pesar de todo, el cual apareció en el número 38, correspondiente a agosto de 1926, del citado mensuario.

Hidalgo conservaba, al parecer, un recorte de esta y de otra publicación de Torre<sup>4</sup>, indicio de que le fue importante la recepción por parte del español.

Reproduzco a continuación las reseñas de libros de Hidalgo hechas por Guillermo de Torre a mediados de la década del veinte, publicadas en revistas españolas. Agrego algunas notas que ayudarán a comprenderlas mejor en su contexto.

---

<sup>3</sup> No se conserva ninguno de ellos en la biblioteca de Ortega. Véase María de las Nieves Pinillos: “Escritores latinoamericanos en la biblioteca de José Ortega y Gasset”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* I.2, Tel-Aviv, julio-diciembre de 1990; en <[http://www.tau.ac.il/eial/I\\_2/pinillos.htm](http://www.tau.ac.il/eial/I_2/pinillos.htm)>.

<sup>4</sup> Cfr. Ernesto Daniel Andía: “Bases para una completa y ulterior bibliografía del poeta”, en el libro que dedicara a Hidalgo: *Diagnosis de la poesía y su arquetipo*. Buenos Aires: El Ateneo, 1951, pp. 287-315. Andía, que tuvo acceso al archivo de Hidalgo (cuyo paradero entre tanto se desconoce), cita de entre todos los artículos que éste conservaba, lamentablemente sólo los firmados, pero no todos completos. Algunos de esos recortes figuraban en el archivo del poeta sin los datos bibliográficos. Por lo demás, no es seguro que fuera Ortega quien pasara el libro a Torre para que éste lo reseñara: por un lado, no encuentro indicios de ello en la correspondencia entre ambos (cuya edición preparo); por otro, será Fernando Vela, secretario de la *Revista de Occidente*, quien urgió a Torre la entrega del trabajo, mediante carta del 10 de julio de 1926: “Tiene usted prometido a la Revista notas sobre *Simplismo*, *El puñal de Orión* y *Les poilus*. Le ruego –y si posible fuera, le exijo– me las envíe dentro de ocho días” (preparo también la edición de este breve epistolario).

## 1

[Guillermo de Torre: “Alberto Hidalgo: *Simplismo. Poemas inventados*”, en: *Revista de Occidente* XIII.38, Madrid, agosto de 1926, pp. 253-256.]

ALBERTO HIDALGO: *Simplismo. Poemas inventados.*  
(Editorial El Inca. Buenos Aires.)

Simplismo, ¿es un *ismo* más? ¿Un nuevo signo de ese zodíaco estelar que abre truncadamente su rueda de pavo real en el cielo del arte actual acribillado por tantas intenciones estéticas? No; simplismo no es un astro recién nacido, poseedor de fulgor propio; es más bien un servicial satélite, que toma a préstamo su luz del fulgor irradiado por otros soles más tempranos. El simplismo no posee, a mi juicio, suficiente volumen para arrogarse la substantividad de un nombre propio; queda reducido a las dimensiones de un apellido complementario, de un rótulo más que se sitúa debajo de las precedentes especies de poesía vanguardista ya conocidas y clasificadas.

Así, pues, las cuarenta páginas del vivaz y ameno prefacio con que el poeta peruano Alberto Hidalgo abre esta colección de poemas metafóricos a ultranza<sup>5</sup>, lograrán persuadirnos, sí, de su ingenio teorizador, de la simpática sinceridad con que su /254/ espíritu se ha libertado de otras fórmulas (el autor de *Simplismo* no nace ahora; tiene ya buena parte de obra realizada anteriormente que, de modo explícito, sitúa en la *ribera derecha*)<sup>6</sup>, logrando asimilarse las toxinas vitales de ese difuso espíritu nuevo que prevalece en la lírica europea del día; pero no llegará hasta convencernos de la originalidad o justificación del *ismo* propuesto. Quizás tam-

<sup>5</sup> Torre es el único comentarista que conozco que elogia ese prólogo. Ricardo Güiraldes no lo tenía en mucho, y Borges deplora en una de las tres reseñas que dedicara a Hidalgo la tendencia de éste a explicar sus poemas, a los cuales considera eficaces por sí mismos.

<sup>6</sup> En efecto, Hidalgo, quien tenía la costumbre de incluir en sus libros un listado de los previos y de los que tenía en preparación, considera sólo a *Tu libro* (1922) y a *química del espíritu* (1923) como de *izquierda*. Enrola sus poemarios publicados en Perú y Argentina anteriormente en la *derecha* literaria. Para comprender esa repartición será útil leer la reseña de Pedro Henríquez Ureña a la *Antología de la poesía argentina moderna* de Julio Noé (1925), aparecida en *Valoraciones*, La Plata, marzo de 1926, y reproducida en Jorge Schwartz (ed.): *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Madrid: Cátedra, 1991, pp. 463-468.

poco llegasen a esto sus intenciones. Su simplismo viene a ser simplemente la reducción poética a una sola fórmula expresiva: la metáfora. “La poesía –afirma– es el arte de pensar en metáforas. La poesía es la metáfora. La metáfora es toda la poesía”<sup>7</sup>. Y luego, justificando su unilateralismo: “Toda palabra es una metáfora, así por lo que representa, como por las partes que la componen”. Opinión que no tenemos inconveniente en subscribir, sobre todo después de habernos demostrado Remy de Gourmont, hace años, que “en el estado actual de las lenguas europeas casi todas las palabras son metáforas”<sup>8</sup>, y de conocer las agudas disquisiciones insinuadas sobre este punto por Jean Paulhan en un librito tan sutil como poco conocido: *Jacob Cow le pirate ou si les mots sont des signes*<sup>9</sup>, y más recientemente en su *Experience du proverbe*<sup>10</sup>, como anticipaciones de ese frondoso tratado de semántica que prepara desde hace años y que iluminará con nuevo fulgor estas oscuras anfractuosidades en los caminos del verbo.

Por su parte, Alberto Hidalgo no nos aporta ninguna precisión a estos delicados y sugestivos problemas del lenguaje. Se limita a cantar, con los registros más agudos, su devoción por la metáfora; a depositar su grano de arena en esta obra de elaboración plural –y por lo tanto, plena ya de un sentido casi clásico, catedralicio– que va siendo la poesía desrealizadora de nuestro tiempo, apoyada en los dos pilares fundamentales de la imagen y la metáfora. El resto de su prefacio-manifiesto, con cierto aire de panfleto combativo, frente a la hostilidad mayoritaria y a los reacios contumaces, pudiera subscribirlo también cualquier joven, hállese enclavado o no en la parcela simplista. De ahí que enfocando sus palabras a cierta

<sup>7</sup> Citas del prólogo de *Simplismo* (1925, p. 5).

<sup>8</sup> R. de Gourmont: “Esthétique de la langue française”, en: *Pages choisies*. Paris: Mercure de France, 1922, p. 153. Torre cita el pasaje ya en su *Literaturas europeas de vanguardia* (1925; 2002, p. 247).

<sup>9</sup> El título original (“Si les mots sont des signes ou Jacob Cow le Pirate”) fue publicado en varias entregas de *Littérature* a partir del número 14, junio de 1920; como libro apareció bajo el título *Jacob Cow le Pirate ou si les mots sont des signes*. Paris: Au Sans Pareile, 1921. Torre publicó una reseña del libro en *Tableros* 3, Madrid, 15 de enero de 1922, pp. 15-16. Hidalgo, por su parte, lo menciona y lo cita en la “Invitación a la vida poética” que prologa su libro *Simplismo* (1925, p. 6, nota 1).

<sup>10</sup> “L’Expérience du proverbe” comenzó a aparecer en *Commerce* V, otoño de 1925. Reedición: Caen: L’Échoppe, 1993.

categoría de lectores perezosos, el autor no se fatigue en /255/ repetir denodadamente argumentaciones y conceptos degenerados en tópicos –exactos, sí, más superfluos– que en nuestros oídos suenan ya como reiteraciones sin importancia<sup>11</sup>.

Todos los poemas de *Simplismo* tienen una base descriptiva. Hidalgo echa hacia afuera sus miradas, vertiéndolas sobre elementos corrientes del mundo objetivo, cuyos atributos permuta, extremando sus contrastes en un desdoblamiento humorístico. Así, la influencia más visible en él no es la de ningún poeta, sino la de nuestro más invasor prosista: Ramón Gómez de la Serna. Hasta el punto de que gran parte de sus poemas parecen greguerías –certeras, de buena ley, tan auténticas como las del inventor– secionadas en hemistiquios libres:

Un violinista saca la música del violín  
estirándola suavemente

para que no se arranque su elástico invisible

La soprano no termina de vomitar la solitaria  
de un fa sostenido,

hasta que en forma brusca, insólita,  
se la recoge en la garganta

¿Es una cinta de resorte<sup>12</sup>?

La máscara dura de este poeta arequipeño<sup>13</sup> apareció en un tiempo sobre el friso de las veladas pombianas; y de aquel tránsito efímero, unido a la consiguiente frequentación de los textos ramonianos, hay huellas no sólo en *Simplismo*, sino en la manera como Hidalgo ejercita su papel de animador literario juvenil en su tertulia del Royal Keller argentino, donde

<sup>11</sup> Este fenómeno se explica por la falta de sincronía entre las diversas vanguardias. Lo que causaba revuelo en Madrid era ya antiguo en París; lo que conmocionaba a Buenos Aires era a veces conocido en Madrid desde largo.

<sup>12</sup> Tomo la repartición de los versos del original, el poema “Ópera simplista” (1925, p. 43). La reproducción en el trabajo de Torre no conserva exactamente los espacios.

<sup>13</sup> De Arequipa, ciudad peruana. El original trae por errata “arequipeño”.

dirige, según mis noticias, una curiosísima *Revista Oral*, “publicada” de viva voz quincenalmente, con la colaboración de todo el nuevo equipo porteño<sup>14</sup>.

Si la originalidad del simplismo es muy discutible, la perfección de su técnica se evidencia cumplidamente. La máquina metafórica de Hidalgo, bien lubrificada por el humor, produce incansablemente imágenes *standard*, quizá demasiado parecidas entre sí. Algunas escapan levemente al troquel genérico, /256/ presentan los bordes sin terminar, pero son las que más eficazmente dan en el blanco. Tal este comienzo de “Un amor simplicista”:

En el recodo de una acequia bulliciosa  
un pedazo de cielo se lavaba la cara.

El tiempo tenía un traje a cuadros.

El aire estaba salpicado de notas.

Yo la tenía atada con un beso  
contra el muro de la alegría<sup>15</sup>.

GUILLERMO DE TORRE

---

<sup>14</sup> La *Revista Oral* comenzó sus sesiones a principios de 1926 y cerró sus puertas antes del fin de ese año. Entre los colaboradores figuraban Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez y otros.

<sup>15</sup> También aquí me aparto de la publicación de Torre, y reparto los espacios como en el original (1925, pp. 116-117).

## 2

[Guillermo de Torre: “*Índice de la nueva poesía americana*”, en: *Revista de Occidente* XV.44, Madrid, febrero de 1927, pp. 269-273:]<sup>16</sup>.

Guillermo de Torre  
*Índice de la nueva poesía americana*

Sopla ahora en las letras de Hispanoamérica un viento de antologías poéticas. A su influjo, las gavillas dispersas, brotadas aquí y allá, tienden a centrarse en un haz común. Pero este núcleo fragante no presenta todavía el color dorado propio de las cosechas oportunas, sino más bien la tonalidad cambiante e indecisa que delata de [sic] una prematura recolección. En la Argentina es donde, especialmente, estas brisas antológicas se dejan sentir con mayor continuidad. Tras la antología nacional que hace pocos meses ordenó Julio Noé, he aquí una continental recopilada por Alberto Hidalgo<sup>17</sup>.

Ninguna paridad hay entre ambas. Ecléctica y general, la primera; parcial y limitada, la segunda. Y así como la de Noé se exime de todo sectarismo definidor y es más bien expositiva, resumiendo objetivamente distintos períodos y varias generaciones de poetas, en el cuarto de siglo transcurrido, la de Hidalgo se amplía en el espacio, pero se constriñe en el tiempo al escoger únicamente, con prejuicios de loable partidismo, muestras de los poetas que integran la más reciente promoción en todos los países americanos. Poetas varios, disímiles, unidos empero por algunos rasgos fisionómicos peculiares y, en especial, por ese irrefragable parentesco nunista que otorga la atmósfera de un mismo tiempo, la absoluta coetaneidad<sup>18</sup>. Si buscásemos algún rótulo homogeneizador para englobar a los sesenta y dos poetas que fundidos en este Índice apuntan la presión baro-

<sup>16</sup> *Índice de la nueva poesía americana*. Prólogos [sic] de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges. (Sociedad de Publicaciones *El Inca*, Buenos Aires, 1926.) [Nota de G. de Torre o de la revista.]

<sup>17</sup> Torre alude a *Antología de la Poesía Argentina Moderna*, ordenada por Julio Noé. Buenos Aires: Editorial Nosotros, 1926 (el colofón es de fines de diciembre de 1925).

<sup>18</sup> Nunista: del latín *nunc*, “ahora”; en el término resuena una alusión al *nunismo*, un movimiento de vanguardia francés, liderado por Pierre-Albert Birot, a quien Hidalgo menciona en su *Diario de mi sentimiento* (1937); el nunismo es nombrado en *España no existe* (1921, p. 99).

métrica del día en la lírica americana, les aplicaríamos sin duda /270/ el apelativo –vago y elástico, pero que ha hecho ya su fortuna– de vanguardistas.

La palabra Antología, aplicada a este panorámico volumen, es excesiva e inexacta. Merece mejor el calificativo que se le otorga de Índice, ya que se reduce a una simple transcripción de poemas por orden alfabético de autores –general y no clasificados por países, como debiera estar–, con ausencia de toda clase de precisiones críticas y aun de datos biográficos y bibliográficos, que ayudarían al conocimiento cabal de cada poeta. Es, pues, una antología manca, una antología *da fare* –como la comedia famosa de Pirandello–, que requiere adiciones y complementos para la perfecta inteligencia del lector europeo. No los suple, en modo alguno, el prólogo que A. Hidalgo ha puesto a este libro, ya que en él se contienen muy escasas aclaraciones literarias o estéticas, y sobran, por el contrario, varias alusiones políticas nada pertinentes, desplazadas<sup>19</sup>. Menos referencias concretas encontramos aún en el prólogo subsiguiente, absolutamente superfluo, que es un pseudomanifiesto inexpresivo firmado por Vicente Huidobro. Únicamente hay algo de ese previo paisaje teórico que solicitábamos en el prólogo, más sustancioso, de J. L. Borges. Mas tampoco este prefacio se adecua exactamente al tono lírico dominante en el libro, y sufre varias refutaciones implícitas a lo largo de páginas líricas ajenas. Borges orienta sus argumentaciones a subrayar con vehemencia tres características que, a su juicio, identifican a las nuevas generaciones de toda América: en primer término, la prescripción total del rubendarismo; después, la creencia de que “la verdad poética ya no está allende el mar”, y que, por consiguiente, los nuevos poetas tienden a buscar temas de inspiración autóctonos y medios de expresión propios; y , por último, el florecimiento unánime y desbordante, de la imagen como elemento lírico de primera categoría. El primer y el tercer postulado resultan ciertos y controlables en esta antología. No así el segundo, pues al pasar página tras página vemos que, con la excepción del mismo prologuista y de dos o tres poetas uruguayos, los demás no pueden supeditarse a una localización

---

<sup>19</sup> A opiniones vertidas en su prólogo atribuirá Hidalgo más tarde la inquina que, según él, le tenía el mexicano Alfonso Reyes. Cfr. mi edición de la correspondencia entre ambos (en prensa).

/271/ geográfica y toponímica determinada; barajan temas universales de muy escasa referencia a su medio, y viven imantados por el stock de motivos sedicentes modernos, echados a volar desde Europa en estos últimos años.

Sin la pretensión de analizar detenidamente las varias cuestiones teóricas que pudieran deducirse al confrontar diferentes briznas de este manojo poemático, hagamos un sumario recuento del Índice. Argentina, Chile y Perú son los países más cuantiosamente representados. Diez y seis poetas hay del primer país, diez y seis del segundo y catorce del Perú. La parte argentina viene a constituir una prolongación suplementaria, un apéndice porvenirista de la antología de Noé. Incluye especialmente algunos poetas que no figuraban en aquélla –como Norah Lange, F[rancisco] M. Piñero, Jacobo Fijman, [Eduardo] Keller Sarmiento–, y otros que, aun incluidos allí, no estaban verazmente representados –Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal–, aparte de Brandán Caraffa, Jorge Luis Borges y alguno más. Pero en este conjunto se percibe una exclusión a todas luces injusta e imperdonable, ya que si no encontramos poemas originales del poeta exceptuado, tropezamos con otros que delatan su huella: me refiero a la ausencia de Oliverio Girondo, figura de toda primacía en la transmutación de valores poéticos que viene operándose estos últimos años en la Argentina<sup>20</sup>.

Los poetas de Chile son quizá los más extremistas en la forma. Prolongan hasta sus últimas consecuencias la sintaxis disociadora del dadaísmo. Se pierden en el dédalo de las palabras sin dogal y de las imágenes remotas. Descomponen, desintegran, pero no llegan a encontrar todavía la nueva ley armonizadora. Buena prueba de esta corriente la tenemos en los versos de Pablo Neruda, que, a partir de su libro *Tentativa del hombre infinito*, se intrinca, delante de los demás, en este voluntario laberinto ariádnico. Le siguen poetas como Salvador Reyes, Rosamel del Valle, autor de *Mirador*, Díaz Casanueva, *El aventurero de Saba*<sup>21</sup>; Juan Florit, Rubén Azocar, Gerardo Seguel y ¡tantos otros! /272/

<sup>20</sup> Torre mantuvo correspondencia con Girondo, de la cual sólo conozco dos testimonios de 1925 (uno de Torre y otro de Girondo).

<sup>21</sup> El libro, aparecido en 1926, fue ilustrado por Norah Borges; también el de otros dos chilenos participantes en el *Índice*: Luis Alberto Délano y Alejandro Gutiérrez: *El pescador de estrellas* (informaciones que agradezco a May Lorenzo Alcalá, Buenos Aires).

Perú, como patria del compilador, Hidalgo, resulta muy favorecido con un lote cuantioso de poetas jóvenes. Aquí figura alguno que fácilmente pudiera haber sido puesto al margen por pertenecer a un ciclo anterior, no obstante su curiosa y truncada fisonomía: el creador de los “polirritos”, el malogrado Juan Parra del Riego –por otra parte, tan uruguayo como peruano, ya que en Montevideo residió largamente y allí publicó sus únicos dos libros: *Himno del cielo y de los ferrocarriles* y *Blanca Luz*. Otros poetas que ensayan sus balbuceos elípticos y se lanzan afanosamente a la captura de imágenes, son Alejandro Peralta, Emilio Armaza –autor de un libro blanco, provisto, empero, de un título enrojecedor, *Falo*–, Federico Bolaños, Serafín del Mar, etc.

En contraste con la representación numerosa otorgada a otros países que han pasado siempre por ser menos pródigos en rapsodas, el que tradicionalmente goza fama de ser más fecundo generador de apolónidas –México–, he aquí que a este Índice concurre con muy escasos nombres: seis, en lugar de siete como arroja el sumando, pues uno de ellos, Cardoza y Aragón, es guatemalteco y no mexicano. Aquí están dos representantes de lo que hace pocos años fue pasajera escuela “estudiantina”: Maples Arce y List Arzubide<sup>22</sup>. Aquí están Salvador Novo, autor de un vivaz cartapacio de prosa y verso, *Ensayos*; Carlos Pellicer, con alguno de sus *Seis, siete poemas*, y el que es, en cierto modo, antecedente de todos ellos, el primer “haijin” ultramarino o cultivador del haikai en lengua española: José Juan Tablada. Faltan, en cambio, Xavier Villaurrutia, que tan finos y delicados *Reflejos* nos ha ofrecido últimamente; José Gorostiza; B. Ortiz de Montellano, autor de *El trompo de siete colores*; Luis Quintanilla y otros que, no obstante hallarse situados en una zona más “templada” –dado el carácter sumisamente postsimbolista de su poesía–, como Jaime Torres Bodet y Enrique González Rojo, debieran figurar en este Índice, con tanto o mayor motivo que la inclusión, a título algo retrospectivo –¡relativamente!– de Tablada<sup>23</sup>. /273/

<sup>22</sup> Torre mantuvo contacto epistolar con el primero. Cfr. C. García: *Las letras y la amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Guillermo de Torre, 1920-1958*. Valencia: Pre-Textos, 2005. Anexo: “Manuel Maples Arce: Cartas a Guillermo de Torre, 1921-1922”.

<sup>23</sup> En relación con los poetas mexicanos incluidos en el *Índice*, véase el estudio de Evodio Escalante: “La heteroclita vanguardia mexicana”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 262-269.

Uruguay también se halla deficientemente representado, pues si bien tenemos algunos especímenes de un buen representante de la actual tendencia criollista –Fernán Silva Valdés–, faltan los de otro, asimismo muy significativo: Pedro Leandro Ipuche. Ildefonso Pereda Valdés y Nicolás Fusco Sansone representan parcialmente la última promoción uruguaya, a la que debiera añadirse el nombre de Gervasio Guillot Muñoz, no obstante escribir éste en francés, siguiendo una tradición local que empieza en Lautréamont y alcanza hoy su cima en Supervielle.

Colombia, Ecuador y Venezuela no aportan a este conglomerado muchos representantes considerables, ni cuantitativa ni cualitativamente. Nicaragua figura únicamente con Salomón de la Selva, que escribe principalmente en inglés, y en este idioma tiene publicados sus mejores libros. Vacíos a señalar en este mapa de la nueva América poética, son los de Paraguay y Bolivia. Exceptuados también, salvo Nicaragua, toda la América Central y las Antillas<sup>24</sup>.

En suma: diez naciones representadas poéticamente: sesenta y dos poetas; cuatro o cinco personalidades interesantes, originales, de ancho porvenir; una multitud de rapsodas sin perfil, y, no bastando a compensar el agrado de algunos descubrimientos, monotonía, la inexorable monotonía que suscita todo desfile de uniformes... Sin embargo, tal como está el libro, o previendo las mejoras y revisiones que en él ha de introducir su animoso emprendedor, constituye el revés justiciero y vengativo de los infaustos centones a lo Maucci, que tanto descrédito arrojaron sobre la pasada poesía americana<sup>25</sup>; es el mejor introito a una fructuosa rehabilitación. De este Índice podrán servirse como de un atlas, quizá elemental, pero vivazmente coloreado, los cartógrafos literarios cuando intenten determinar los grados de latitud que alcanza, en un momento dado, el barco metafórico del “espíritu nuevo”<sup>26</sup>, salido de Europa, al costear cualquier punto lejano del Atlántico o del Pacífico.

GUILLERMO DE TORRE

<sup>24</sup> Torre no menciona que también falta el Brasil.

<sup>25</sup> Por estas fechas saldría en esa editorial el *Nuevo Parnaso Argentino*, de Valentín de Pedro (Barcelona: Maucci, 1927).

<sup>26</sup> *L'esprit nouveau*, denominación para el común denominador de las nuevas tendencias estéticas, en palabras de Apollinaire. En 1920 salió en París una revista de ese nom-

Recojo a continuación otras opiniones de Torre acerca del *Índice*, emitidas al pasar en otras reseñas.

En su sección “Revista literaria americana” de la *Revista de las Españas* (núm. 5-6, Madrid, enero-febrero de 1927, p. 80) Torre menciona al *Índice* como antología “recopilada por Alberto Hidalgo”.

Vuelva a mencionarlo al comienzo de su reseña sobre “Dos nuevas antologías argentinas” (“Revista literaria americana”, en: *Revista de las Españas* 9-10, Madrid, mayo-junio de 1927, p. 355), que es en parte un refrrito de su artículo anterior:

#### Dos nuevas antologías argentinas

Sopla ahora en las letras de Hispanoamérica un viento de antologías poéticas. A su influjo, las gavillas dispersas, brotadas aquí y allá, tienden a centrarse en un haz común. Pero este núcleo fragante no presenta todavía el color dorado propio de las cosechas oportunas, sino más bien la tonalidad cambiante e indecisa que delata una prematura recolección.

Los párrafos anteriores, que yo escribí en otro lugar a propósito de la antología continental de Hidalgo –*Índice de la nueva poesía americana*– puedo repetirlos ahora sin variantes, como exordio a la presentación de dos nuevas antologías argentinas que continúan –aunque no mejoran– la ya comentada de Julio Noé. Aludo al *Nuevo parnaso argentino*, de Valentín de Pedro (Ediciones Maucci, Barcelona, 1927), y a la *Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)*, organizada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo (Editorial Minerva, Buenos Aires, 1927). [...]

---

bre. En Argentina, el término equivalente acuñado fue *nueva sensibilidad*; sus adherentes fueron llamados (a veces, en tono de broma) *neosensibles*. Hidalgo alude a ellos en *Diario de mi sentimiento* (1937, p. 327), y en algún artículo publicado en *El Mundo* en la década del cuarenta; cfr. el trabajo de Carlos García y Martín Greco: “Hidalgo en *El Mundo* (1940-1949)”, en: Álvaro Sarco (ed.), 2006, pp. 409-439.

## 3

[Guillermo de Torre: “Libros americanos: Alberto Hidalgo: *Los sapos y otras personas* (Sociedad de publicaciones El Inca, Buenos Aires, 1927)”, en: *La Gaceta Literaria* 12, Madrid, 15-VI-27, p. 4 (con retrato de Hidalgo):]

Guillermo de Torre  
Alberto Hidalgo: *Los sapos y otras personas*

En una de las primeras páginas, antes de comenzar el texto, en el lugar donde habitualmente el autor inscribe, con orgullo inalienable de propietario (¡!) su *copyright*, aquí, en este libro, nos encontramos con las siguientes palabras: “La propiedad es un robo. No se ha hecho el depósito legal”. Aunque hubiéramos abierto este volumen, tomándolo de un montón entre varios, sin reparar previamente en el nombre del autor, sólo ese detalle, ese humorístico rasgo de comunismo literario, nos hubiese permitido ya intuir su procedencia. Hubiéramos identificado ya a Alberto Hidalgo, por esa *boutade*, caso –por otra parte– de no reconocer su rostro descompuesto en prismas de ortodoxo cubismo: retrato por Pettoruti que orna la misma página<sup>27</sup>.

Pues Hidalgo es un escritor muy dado a tales gestos llamativos, a las *boutades* irreverentes, a las estridencias llamativas. En ellas radica –parcialmente– su fuerza y también su debilidad. Poeta, polemista y hoy cuestionista, Alberto Hidalgo ha mezclado siempre a esas cualidades detonantes una dosis –mayor, y eso le salva– de talento real: riqueza imaginativa e ímpetu verbal. Las objeciones que, en otras ocasiones, hube de hacer al glosar algunos de sus libros anteriores<sup>28</sup>, suponían el reconocimiento de esas cualidades positivas. Ello me adjudicaba libertad para tasar otras más bajamente. Pero, en modo alguno, envolvían falta de simpatía o menorprecio para la obra de uno de los escritores jóvenes americanos que –a mi juicio– llegará a poseer más definida personalidad –cuando logre asimilar totalmente algunas influencias–; e incluso un matiz de simpático humorismo –cuando deje esta cualidad reducida a sana y vital jovialidad, abandonando arbitrariedades e insolencias de mal gusto.

---

<sup>27</sup> El retrato de Hidalgo por Pettoruti es reproducido por la revista en un pequeño recuadro.

<sup>28</sup> Alusión a *Simplismo* (1925) y a *Índice de la nueva poesía americana* (1926), aquí textos 1 y 2.

*Los sapos y otras personas* nos presentan hoy a Alberto Hidalgo como cuentista. Imaginador de ficciones originales. Manipulador de resortes intelectuales, más bien que emotivos. Especulador con entes abstractos, a los que somete a un sistema de logicismos imprevistos. La realidad le preocupa muy escasamente. Sitúa sus ficciones en una nueva dimensión del espacio. Sus héroes –ya lo he insinuado– no son convecinos nuestros, son entes abstractos: los numera como avenidas neoyorquinas: se llaman el Doctor 30, el tranvía 34, la pareja amorosa 65 y 37. El camino que sigue Hidalgo para la metamorfosis, para la deshumanización de sus relatos es –como él mismo apunta– inverso al que antes se utilizaba: antes se iba de la realidad a la fantasía. “Ahora, la invención es la razón de la realidad”.

Quizá Hidalgo no ande tan acertado al querer determinar prologal y honestamente por sí mismo la filiación de sus cuentos, nombrando a algunos autores favoritos.

Alude a varios cuentistas sajones, germánicos, latinos. Pero no a ninguno de los dos que a mí más me ha recordado (simple semejanza externa: análogos divertimentos intelectuales, semejante “corporeización” de ideas abstractas): al Guillaume Apolinaire de *Le poète assassiné* y al Papi-ni de las *Buffonate*.

G. DE TORRE

4

[Guillermo de Torre: “Alberto Hidalgo, cuentista”, en: *Revista de las Españas* 9-10, Madrid, mayo-junio de 1927, pp. 354-355 (“Revista literaria americana”):]

Guillermo de Torre  
Alberto Hidalgo, cuentista

En el reverso de la primera página, y en el lugar donde habitualmente la estampilla editorial de propiedad imprime el *copyright*, nos encontramos en este libro con la siguiente línea: “La propiedad es un robo. No se ha hecho el depósito legal”. Aunque hubiéramos tomado el libro de un montón vario, sin reparar en el nombre del autor, y abriéndolo al azar, el encuentro con la anterior declaración de comunismo ácrata, ya nos hubiera permitido intuir su procedencia. ¿Quién otro, sino Alberto Hidalgo, entre los jóvenes escritores de Suramérica, es capaz de lanzar esta *bouta-*

*de* inicial y esta invitación al pasmo del burgués en la primera línea de un libro? Incitación a la curiosidad que subraya la efigie misma del autor, descompuesta en prismas de un cubismo elemental: aludo a su retrato por Pettoruti, que orna la misma página del nuevo libro, intitulado también llamativamente: *Los sapos y otras personas* (Sociedad de publicaciones El Inca. Buenos Aires, 1927).

¿Conoce el lector a Alberto Hidalgo? Este joven escritor peruano, actualmente radicado en Buenos Aires, ofrece una fisonomía muy singular y destacada entre el equipo de los vanguardistas transmarinos. Agudo, incisivo, “novedoso”, esto es, enamorado de las nuevas fórmulas, y vario hasta la dispersión. Poeta, polemista, y hoy cuentista. Autor de esos curiosos volúmenes de poemas, titulados *química del espíritu* y *Simplismo*, abiertos a todos los mirajes de las imágenes recién nacidas y en cuyas páginas la huella filiadora, la influencia más sensible que se transparenta, no es la de ningún poeta, sino la de nuestro más invasor y acaudable prosista: Ramón Gómez de la Serna<sup>29</sup>. Responsable, asimismo, de varios libros de crítica desenfadada y polemismo estridente, como permite sospecharlo la simple enunciación de sus títulos: *Hombres y bestias*, *Jardín Zoológico*, *Muertos, heridos y contusos*<sup>30</sup>.

Además, Alberto Hidalgo, después de surcar toda América y de visitar España<sup>31</sup>, realiza hoy en Buenos Aires la faena de un *animateur* estético de primera fuerza. Célebre –en cierto modo– es ya la *Revista Oral*: una emisión hebdomadaria de poemas y artículos que, secundado por un grupo amical, realiza de viva voz en un café porteño, ante el asombro, más o menos legítimo, de los parroquianos. Sistema de irradiación literaria que se identifica con algunos de los procedimientos análogos, utilizados hace años en Europa por los futuristas de Milán y los *dadás* parisinos, en su época de más irruptora vehemencia y más jovial reclamismo<sup>32</sup>.

Por los rasgos que anteceden, puede inferirse cómo el talento de Alberto Hidalgo, sea cual sea el cauce expresivo que adopte, cristaliza siempre

<sup>29</sup> Hidalgo mismo menciona a Ramón en su prólogo, lamentando que éste no escriba cuentos.

<sup>30</sup> Extraña que Torre no mencione *España no existe* (1921).

<sup>31</sup> Hidalgo visitó España en la segunda mitad de 1920, precisamente en la época en que los ultraístas se divorcian del creacionista chileno Vicente Huidobro.

<sup>32</sup> Del francés *réclame*, término por entonces usual para designar la propaganda.

en divertimentos imaginativos y en gestos polémicos. Así, pues, los cuentos que hoy nos presenta en /355/ *Los sapos y otros hombres [sic]* poseen más bien una intención satírica y humorística que un puro valor literario.

Cita Alberto Hidalgo, entre los precursores de su manera, como cuentistas a quienes vocea especial admiración, varios nuevos norteamericanos: Waldo Frank, Theodor Dreisser y Sherwood Anderson. Y entre los latinos, aparte franceses de última hora, no específicamente cuentistas, al italiano Bontempelli<sup>33</sup>. Pero Hidalgo olvidase de mencionar a dos cuentistas *per accidens*, con los cuales, a mi juicio, ofrece mayores concomitanencias: al Guillaume Apollinaire de *Le poète assassiné* y de *L'heresiárque et Cie.*, y al Paini de las *Buffonate*.

Como éstos, Hidalgo, más que cuentos propiamente dichos, compone sabrosos divertimientos intelectuales, pintorescas anecdotizaciones de ideas o teorías. Ejemplo de ello son cuentos como “Un precursor”, en el cual un inventor estrafalario propone la invención del “campo de varios países”, tras formular este apotegma: “El rascacielos es la Venus de Milo de nuestro tiempo, es nuestro Partenón, es el templo de nuestra cultura”<sup>34</sup>. Reveladores de análogas cabriolas inventivas son otros cuentos titulados “El hombre cubista”, “El tranvía núm. 34” y un film, tan jocoso como irreverente, que rotula “La subconsciencia”. La intención panfleteria peculiar que mueve, en ocasiones, la pluma de Hidalgo, no podía dejar de manifestarse aun en las estancias innocuas de un libro puramente imaginativo. Y prueba de ello es ese cuento final, titulado “El plagiario”, alegriosa ridiculización de un camarada emérito, cuento que nos promueve una mueca de disgusto...<sup>35</sup>.

[...]

---

<sup>33</sup> Tras enemistarse con Ramón a comienzos de la década del treinta, Hidalgo considerará a Bontempelli uno de los modelos de Gómez de la Serna, junto con Max Jacob.

<sup>34</sup> Se advierte aquí el influjo algo tardío de Marinetti y los futuristas.

<sup>35</sup> Torre alude a Oliverio Girondo, difamado por Hidalgo como plagiario de Ramón en su cuento “El plagiario”, que cierra el volumen *Los sapos y otras personas* (1927). Cfr. mis notas al respecto en Alberto Hidalgo: *Cuentos*. Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca. Lima: talleres tipográficos, 2005.

Poco después, un texto de Hidalgo aparecería en un periódico madrileño: “Historia natural de Picasso”, en: *La Gaceta Literaria* 17, Madrid, 1-IX-27, p. 1.

El texto había sido escrito por Hidalgo en 1926, y fue leído en su *Revista Oral*<sup>36</sup>. Más tarde fue reproducido en el diario argentino *Crisol* en 1934 y luego en *Diario de mi sentimiento* (1937, cap. 109).

Conjeturo que su remisión a Madrid fue consecuencia del llamado que se hizo en *Martín Fierro* 39, 28 de marzo de 1927. La redacción del periódico (es decir, Evar Méndez) agrega, tras la reproducción de una carta de Guillermo de Torre:

Con destino a este periódico [*La Gaceta Literaria*], De Torre solicita información y trabajos literarios de los martinfierristas, y los libros nuevos que se publiquen. Nos interesaría dar una escogida y veraz información crítica del mayor número de novedades literarias argentinas. De Torre estará pronto aquí.

Consecuencia de este pedido serán las publicaciones de y sobre algunos autores argentinos en *La Gaceta Literaria*. No es improbable, sin embargo, que Hidalgo estuviera en contacto directo con Giménez Caballero, si bien no he encontrado pruebas de ello.

Por lo demás, véanse también las pullas que Hidalgo dedica a Torre y a Giménez Caballero en la década del treinta, en el diario ultracatólico, nacionalista y antisemita *Crisol*<sup>37</sup>:

El año 1923 apareció entre nosotros *Eldorado*, “diario semanal” de literatura. Su director fue Alberto Hidalgo<sup>38</sup>. Se hizo teniendo en cuenta dos mode-

<sup>36</sup> Así entiendo, en todo caso, el siguiente pasaje de una carta de Macedonio Fernández a Hidalgo, del 18 de abril de 1926 (M. Fernández: *Obras Completas*, II, *Epistolario*. Buenos Aires: Corregidor, 1976, pp. 82-83): “La primera presentación se ha salvado (¿y quién sabe?) sólo por su prorrupción lírico-estética sobre Picasso”.

<sup>37</sup> Tomo las citas del revelador artículo de Martín Greco: “El crisol del fascismo. Alberto Hidalgo en la década del 30”, en: Álvaro Sarco (ed.), 2006. Agrego algunas notas para la mejor comprensión del contexto.

<sup>38</sup> *Eldorado* fue la primera revista editada por Hidalgo, no en 1923, sino en 1924. Quizás retrotrae la fecha de aparición para aparecer como antecedente de *Martín Fierro* (1924-1927), dirigido por Evar Méndez, Girondo y otros.

los: *Les Nouvelles Littéraires* y *Candide*. Constaba de ocho páginas, en gran tamaño, su tiraje nunca fue inferior a diez mil ejemplares, y su presentación y contenido no iba a la zaga de sus modelos franceses. De repente, cuando menos se esperaba, el periódico dejó de salir. Un desacuerdo entre los socios de la empresa dio fin a ese magnífico intento. Habría sido tan útil para las letras argentinas que aquello no desapareciera. Pero...

Algún tiempo después, seducidos por el éxito que indudablemente tuvo *Eldorado*, otros jóvenes iniciaron la publicación de otro periódico cuyo nombre no recordamos por el momento. Pero ya era otra cosa. Sólo constaba de cuatro páginas, y de ellas sólo una estaba consagrada a la literatura. Las demás se dedicaban al teatro y otras actividades. Pero falleció también. [...] Con estas dos antecedencias argentinas, Giménez Caballero y Guillermo de Torre fundaron en Madrid *La Gaceta Literaria* (“Los periódicos literarios”, en: *Crisol*, 17-V-32)<sup>39</sup>.

[El libro *Prismas* de González Lanuza] No obstante de estar concebido dentro de la ortodoxia ultraica –imagen por la imagen, humorismo, etc.–, cuando se lee hoy, después de tantos años, no produce esa impresión de desagrado que causan, por ejemplo, las nunca bastante reídas *Hélices* de Guillermo de Torre (“González Lanuza”, en: *Crisol*, 20-I-33).

[...] no suscribimos los elogios al señor de Torre, de cuyo saltimbanquismo literario somos antiguos reidores. El libro [*Literaturas europeas de vanguardia*] que se le cita con misericorde afecto es un pésimo libro: obra de información periodística, fundamentalmente acrítico y aliterario<sup>40</sup>. En cuanto a sus versos –el sujeto cometió un tomo de poemas titulado *Hélices*– baste decir que todos los cafés de Buenos Aires han aguantado las carcajadas que provocaban. Su propio cuñado, Jorge Luis Borges, es de los que, leyéndolos, lloraba de risa. Una vez tuvimos que pedir la intervención de la Asistencia Pública porque temimos que le hubiese dado un extraño ataque de incontinencia: Borges estuvo riendo cinco horas seguidas. Si hubiera sabido que poco tiempo

<sup>39</sup> Nada prueba que la idea de hacer *La Gaceta Literaria* surgiera tras la lectura de *Eldorado*.

<sup>40</sup> Uno de los motivos de esta crítica podría ser el hecho de que Torre no menciona a Hidalgo en su libro. En *Historia de las literaturas de vanguardia* (1965), Torre sólo mencionará al peruano en el apartado “Ultraísmo en América hispánica”: “Un poco marginalmente, Alberto Hidalgo, desde Buenos Aires, incorpora su *simplismo* a la relación interminable de *ismos*” (Madrid: Visor, 2001, p. 589; poco antes, en p. 584, menciona al pasar el *Índice* de Hidalgo entre las antologías de la época).

después, Torre se habría de casar con la genial artista que es su hermana Norah, seguramente habría llorado en vez de reír (“Una protesta justa”, en: *Crisol*, 23-VI-33).

Hasta donde alcanzo a ver, Torre no respondió a estos improperios, que quizás no llegó a conocer, ya que se ausentó de Argentina entre 1932 y 1936. Tampoco encuentro otros documentos acerca de esta relación.

### III. EL ÍNDICE DE HIDALGO (1926)<sup>41</sup>

A Juan Manuel Bonet

A poco más de ochenta años de su aparición, puede constatarse que un tardío malentendido se ha ensañado con la antología *Índice de la nueva poesía americana* (1926) de Alberto Hidalgo. Aunque en la portada se anuncia claramente que el volumen contiene un “prólogo” de Hidalgo, Huidobro y Borges, se ha supuesto erróneamente que la selección fuera obra de los tres, y no falta quien elogie el buen tino de Huidobro o de Borges al adoptar a este o a aquel autor. Así, se atribuye a Huidobro el mérito de la inclusión de poetas chilenos<sup>42</sup>, y a Borges la de los argentinos Brandán Caraffa, Macedonio Fernández y Francisco Piñero, o incluso la de algunos poetas uruguayos<sup>43</sup>.

---

<sup>41</sup> El presente trabajo surgió del intercambio de ideas y materiales con May Lorenzo Alcalá (Buenos Aires). Véase también nuestro trabajo “El canon de Hidalgo”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 671, Madrid, mayo de 2006, pp. 61-70.

<sup>42</sup> Véase, por ejemplo, Cedomil Goic: “La poesía de Vicente Huidobro”, en: <[www.educarchile.cl/medios/20040503182953.pdf](http://www.educarchile.cl/medios/20040503182953.pdf)>: “Huidobro es obviamente el que recoge en el *Índice de la nueva poesía americana* (Buenos Aires, 1926) los nombres de Fenelón Arce, Rubén Azócar (1901-1965), Ángel Cruchaga Santa María, Rosamel del Valle, Pablo de Rokha, Humberto Díaz Casanueva, Juan Florit (1900-1981), Alejandro Gutiérrez, Manuel Hübner (1905-1988), Juan Marín (1900-1963), J. Moraga Bustamante, Pablo Neruda, Salvador Reyes (1899-1970), Alberto Rojas Giménez (1900-1934), y Gerardo Seguel (1902-1950), conformando la lista de poetas más numerosa por países de esa antología, pertenecientes todos a una misma generación”.

<sup>43</sup> De entre muchos autores posibles, cito apenas a Daniel Balderston, Gastón Gallo, Nicolás Helft: *Borges. Una enciclopedia*. Buenos Aires: Norma, 1999, pp. 53, 128 y 259. No queda claro por qué, en ese libro, se atribuyen algunas selecciones a Borges (Bernández, González Lanuza, Güiraldes, Guillermo Juan, Lange, Marechal, Molinari, Olivari) y otras no (Caro, Fijman, Keller Sarmiento, Ortelli). También se atribuye a Borges, sin fundamentación alguna, la inclusión del poema “La guitarra”, del uruguayo Pereda Valdés (p. 253), aunque Hidalgo mantuvo relación autónoma y correspondencia con algunos autores uruguayos (por ejemplo con Silva Valdés).

Sin embargo, como aspiro a mostrar, nada más lejos de la verdad que esa atribución tripartita: la antología fue seleccionada exclusivamente por Hidalgo<sup>44</sup>. La participación de Borges se redujo a un prólogo, y la de Huidobro ni siquiera a eso.

Antes de pasar a desentrañar el malentendido mayor, dejo en claro que el volumen fue impreso en Buenos Aires, y no en Buenos Aires y en México, como aquí y allá se asegura (en una mala lectura del pie de imprenta): el taller que dio a luz el libro estaba domiciliado en la calle México, N° 1416<sup>45</sup>.

## EL CONTEXTO

Ya antes de 1920 se pensaba hacer un balance de la moderna poesía hispanoamericana; ese proyecto incluía, como el *Índice*, a un peruano, un argentino y un chileno. El escritor y diplomático peruano Ventura García Calderón (1886-1959) escribía en carta del 1 de enero de 1917 al poeta argentino Fernán Félix de Amador<sup>46</sup>:

---

<sup>44</sup> Expresé esa opinión ya en C. García 2000b p. 135. Aquí la fundamento de manera más detallada.

<sup>45</sup> La misma dirección se dará en el *Índice* de Roberto A. Ortelli, uno de los dueños de la editorial (y también de Andrés L. Caro, otro de sus autores). El colofón es del 30 de julio de 1926. Se imprimieron 1.530 ejemplares, de los cuales 30 fueron para suscriptores, en papel especial. Nótese que ni siquiera todos los autores recogidos en el libro suscribieron la edición. En cuanto al sistema de suscripción, Hidalgo volvería a adoptarlo para financiar la edición de su *Diario de mi sentimiento* (1937), según se desprende de su correspondencia con el mexicano Alfonso Reyes (cuya edición preparo). *Cfr.* mi trabajo “La edición de *Diario de mi sentimiento* (1937)”, en: Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 383-389.

<sup>46</sup> *Cfr.* René de Costa: *Huidobro: los oficios de un poeta*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 59, nota 2. Fernán Félix de Amador (i. e. Domingo Fernández Beschtedt, 1889-1954): Poeta y escritor argentino, perteneciente al entorno de Rubén Darío en París, de donde regresó al estallar la Primera Guerra Mundial. Huidobro trabó amistad con él en 1916, en Buenos Aires, y le dedicó “Arte poética” de su controvertido libro *El espejo de agua* (c.1916?), poema que puede considerarse el texto fundacional del “creacionismo”. Amador, que dedicó al chileno un poema de su libro *Vita abscondita* (1916), colaboró en la revista postmoderna *Apolo* (1919-1920) y fue luego crítico de literatura y de arte en *La Prensa* entre 1925 y 1951. Obras: *El libro de horas* (1910), *Las lámparas de arcilla* (1912), *El ópalo escondido* (1921), *El cántaro y el alfarero* (1926), etc. Lo menciono en detalle, porque conoció también a Hidalgo, a quien obsequió un

Entre mis proyectos figura una antología que se titulará, por ejemplo, *Los más recientes poetas de América*, y en donde el joven poeta más celebrado de cada país presentará y seleccionará poesías de sus jóvenes compatriotas. Usted se encargará de la Argentina, [...] Prado o Huidobro de Chile [...]<sup>47</sup>.

Esa antología no se concretó. Al año siguiente, Hidalgo mismo anuncia la preparación de un volumen titulado *Los Grandes Poetas Nuevos de América*<sup>48</sup>. Si bien no se trataba de una recopilación de poemas ajenos, sino de una obra crítica, que debía contener juicios suyos sobre Gabriela Mistral, Luis C. López, José M. Eguren, Enrique González Martínez y otros, puede verse aquí un posible germen de la obra posterior. En “Los poetas de Chile”, de *Jardín Zoológico* (1919), tras elogiar a la juventud “numerosa”, “homogénea y brillante” del país vecino, dedicará algunos párrafos a dos poetas cuyos versos adoptará luego en el *Índice*: Ángel Cruchaga Santa María y Manuel Hübner<sup>49</sup>.

A comienzos de la década siguiente y al otro extremo de América, el *actualista* y luego *estridentista* mexicano Manuel Maples Arce planea una de las antologías poéticas más tempranas de la vanguardia americana. En carta del 6 de abril de 1922, Maples comenta al español Guillermo de Torre<sup>50</sup>:

De su manifiesto VERTICAL, ya me ocuparé en un estudio sobre el movimiento ultraísta que insertaré al margen de una antología que tengo en prepara-

ejemplar dedicado de su libro *La copa de David* (Buenos Aires: Rodríguez Giles, 1923) que se conserva en la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, bajo la signatura “Lermon 19-5-26”.

<sup>47</sup> Alusión a Pedro Prado (1886-1952), poeta chileno que había dado a luz *Los pájaros errantes. Poemas i divagaciones* (1915). Hidalgo le dedica un apartado en “Los poetas chilenos” (*Jardín Zoológico*, 1919, p. 155).

<sup>48</sup> Cfr. su *Hombres y bestias*, 1918, pp. 189-190; cfr. también *Jardín Zoológico*, 1919, p. 2.

<sup>49</sup> Años después, Hidalgo planeará otra antología. En *Diario de mi sentimiento* (1937, cap. 60) relata: “En cierta ocasión me propuse publicar una *Desantología*, es decir una colección de los peores poemas que se ha escrito en idioma castellano. Pero la magnitud de la obra me abrumó, y tiré la esponja”.

<sup>50</sup> Cfr. C. García: *Las letras y la amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Guillermo de Torre, 1920-1958*. Valencia: Pre-Textos, 2005. Anexo: “Manuel Maples Arce: Cartas a Guillermo de Torre, 1921-1922”, p. 251.

ración, con perspectiva de terminar tan pronto sean en mi poder algunos pedidos que espero de un momento a otro.

Esa antología tampoco llegó a ver la luz. Sí lo hizo, poco después, la del hondureño Rafael Heliodoro Valle (1891-1959): *La nueva poesía de América* (México, D. F., 1924), que menciono porque el autor tuvo contacto con Hidalgo: en el fondo reservado de la Biblioteca Nacional (México, D. F.) se conserva un ejemplar del *Índice* con la siguiente dedicatoria manuscrita: “A Rafael Heliodoro Valle, con la antigua adhesión literaria y el afecto entero de Alberto Hidalgo”. También en un ejemplar de *Los sapos y otras personas* (1927) que se conserva allí reza: “A Rafael Heliodoro Valle. Estrujón de manos de Alberto Hidalgo. Bs. As. 1927”<sup>51</sup>.

En Argentina, donde Hidalgo se había radicado en 1919, surgieron, en el breve lapso de dos años, dos importantes antologías dedicadas a la poesía vernácula. Inauguró la serie la *Antología de la Poesía Argentina Moderna (1900-1925)* ordenada por Julio Noé, impresa a fines de 1925 con fecha 1926.

Si bien de tendencia conservadora, la revista *Nosotros*, a cuyo grupo pertenecía la editorial, había publicado ya desde comienzos de la década obras de los nuevos poetas argentinos y extranjeros. En el número 151, de diciembre de 1921, se dio ocasión a Borges de publicar un artículo sobre el ultraísmo, que recogía poemas de los españoles Pedro Garfias, Gerardo Diego, Juan Las (seudónimo de Rafael Cansinos Assens), Eliodoro Puche

---

<sup>51</sup> Sobre los autores mexicanos recogidos en el *Índice*, véase el trabajo de Evodio Escalante: “La heteróclita vanguardia mexicana”, en Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 262-269. Acerca de la relación de Hidalgo con autores mexicanos de avanzada, *cfr.* lo que relata Germán List Arzubide (Luis Mario Schneider: *El estridentismo o una literatura de la estrategia*. México, D. F.: Ediciones de Bellas Artes, 1970, p. 61; gracias a Pilar García-Sedas, Barcelona): “Yo publicaba en Puebla en aquellos días *Ser*, una revista afirmal como su nombre; Salvador Gallardo me ayudaba en esta empresa, al mismo tiempo que discutíamos juntos las posibilidades de una renovación literaria superior a la que entonces conmovió a España con el ultraísmo de Guillermo de Torre, Barradas, Humberto Rivas, a los que seguían codo con codo los argentinos Borges y Soler Dará[s], el peruano Hidalgo y otros jóvenes poetas que en sus respectivos países sacudían el polvo a las momias consagradas. El ultraísmo nos parecía desorganizado y vehemente, anarquizante, labor de dilettantismo y no de renovación integral, y fue por esto que desde luego nos afiliamos al Estridentismo desde las páginas de *Ser*”. List Arzubide (1898-1998) publicó la revista *Ser* a partir de mayo de 1922; el número 6, de enero de 1923, trajo el “Manifiesto estridentista número 2”.

y Ernesto López Parra, así como del argentino Guillermo Juan [Borges], primo de Jorge Luis. Un año después, *Nosotros* 160 (septiembre de 1922) publicaba la antología “Poemas ultraístas”, seleccionada por Roberto A. Ortelli, con textos de Borges, Francisco Piñero, Nora Lange, Clotilde Luisi, Helena Martínez, Roberto A. Ortelli, Guillermo Juan [Borges] y Eduardo González Lanuza. En marzo de 1924 *Nosotros* presentó una “Antología de poetas chilenos modernos”, de 23 páginas, y en mayo de 1925 una “Antología de poetas uruguayos contemporáneos”, de 40 páginas, documentando así su permanente interés en recoger muestras de otros países del continente y en contribuir a la definición del nuevo canon.

La recopilación de Noé fue criticada en el periódico argentino *Martín Fierro*, uno de los órganos más importantes del movimiento juvenil<sup>52</sup>.

A mediados de 1926, Evar Méndez, director de *Martín Fierro*, quizás como contrapartida de la de Noé y del inminente *Índice*, anunciado ya desde abril, planeaba armar una antología argentina que iba a contener “30 poetas, 5 composiciones de cada uno, y un auto-juicio”, según Borges escribiera a Macedonio Fernández en carta de ca. 15 de julio de 1926, casi paralela, pues, a la esperada aparición del *Índice* (C. García 2000b, p. 10). El proyecto no se concretó. Sí lo hizo, en 1927, la *Exposición de la Actual Poesía Argentina*, de Pedro-Juan Vignale y César Tiempo (i. e. Israel Zeitlin)<sup>53</sup>. Ésta fue apoyada por *Martín Fierro*, primero con un texto crítico de Evar Méndez, luego con anticipos y comentarios favorables en el periódico.

La positiva recepción no fue, sin embargo, unánime: en la revista *La Campana de Palo* (II.15, Buenos Aires, mayo de 1927) aparecieron, bajo el título “Nueva exposición de la actual poesía argentina” poemas de varios autores, como “reparación” a omisiones en el libro de Vignale y Tiempo. Y el autonombado poeta y traductor Francisco Soto y Calvo

<sup>52</sup> El periódico *Martín Fierro* se publicó entre 1924 y 1927. Todas las citas según la edición facsimilar, Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1995. Véase allí la reseña crítica a cargo de Antonio Vallejo: *Martín Fierro* 27-28, 10-V-26, p. 203. También Borges comentó el libro de Noé (*Textos recobrados*, 1997, pp. 235-236). Acerca del cierre del periódico a fines de 1927, cfr. C. García: “Evar Méndez y el final de *Martín Fierro*: leyendas y verdades”, en: *Esperando a Godot* 6, Buenos Aires, agosto de 2005.

<sup>53</sup> Pedro-Juan Vignale y César Tiempo (organizadores): *Exposición de la actual poesía argentina*. Buenos Aires: Editorial Minerva, 1927; reedición facsimilar: Buenos Aires: Tres tiempos, 1977.

(1860-1936) publicó réplicas satíricas a las antologías mencionadas: *Los poetas maullantinos en el Arca de Noé* (Buenos Aires: M. Gleizer, 1926) y la *Exposición de zanahorias de la actual poesía argentina* (Buenos Aires: Minerva, sin fecha; antes de 1930)<sup>54</sup>.

El italiano Folco Testena, a la sazón radicado en Argentina, también compilaría por estas fechas una *Antología della poesia argentina moderna* (Milano: Alpes, 1927)<sup>55</sup>.

Como se ve, el género antológico vanguardista estaba hacia 1925-1927 en su apogeo, como un canto del cisne, poco antes del *regreso al orden* que imperaría a partir de 1928.

En ese marco se inscribe el trabajo de Hidalgo, que pasó a estudiar. Para demostrar mi tesis debo hacer un poco de historia menuda. Me serviré, para ello, de documentos desconocidos, ignorados o malinterpretados hasta hoy.

### HIDALGO Y HIDOBRO

Comencemos por estudiar la eventual participación del chileno. En la Fundación Vicente Huidobro (Santiago de Chile) se conserva la carta con la cual Hidalgo le solicitara un prólogo<sup>56</sup>:

Buenos Aires 11 de enero de 1926

Sr. Vicente Huidobro  
Santiago,

Distinguido compañero:

Una madrugada en Madrid, creo que León Felipe nos presentó<sup>57</sup>. Usted no me recordará. Yo sí lo recuerdo. Si no mediara esta circunstancia, igualmente le escribiría.

<sup>54</sup> “Zanahorias”: entiéndase “tontos”.

<sup>55</sup> Acerca de las antologías de la época prepara May Lorenzo Alcalá un volumen titulado *El margen de la vanguardia*.

<sup>56</sup> Ya citada en Alfredo A. Roggiano: “La vanguardia en antologías. Papel de Huidobro”, en: *Revista Iberoamericana* XLV.106-107, Pittsburgh, enero-junio de 1979, pp. 205-211, y mencionada en C. García 2000b, p. 135. Para este trabajo fue cotejado el original, depositado en la Fundación Huidobro.

<sup>57</sup> León Felipe (seudónimo de Felipe Camino Galicia, 1884-1968): Poeta español. En su artículo “Vuelta de León Felipe” (*El Mundo*, Buenos Aires, 28-VI-43; reproducido en

Florit<sup>58</sup> le dirá a usted que estoy por publicar una antología de toda la poesía americana de vanguardia. Espero que este libro tendrá una resonancia intercontinental. Va a resultar una revelación para Europa<sup>59</sup>. Tenemos poetas

---

Carlos García y Martín Greco, en: Á. Sarco (ed.), 2006, p. 416), Hidalgo dirá: “Mi juventud literaria está ligada al recuerdo de León Felipe por una suerte de cordón umbilical. [...] Cuando llegué a Madrid, en 1920, León Felipe acababa de publicar *Versos y oraciones del caminante*, y como el ultraísmo, hallándose en su apogeo, monopolizaba el escándalo y Felipe no sólo no militaba en la escuela sino tronaba contra ella, se prestó muy escasa atención a su libro en diarios y revistas”. Es exagerado afirmar que Felipe “tronaba” contra el ultraísmo; simplemente, no se plegó a sus filas. Puede presumirse que el encuentro entre Hidalgo y Huidobro tuvo lugar en agosto-septiembre de 1920, ya que en esas fechas el chileno pasó a la corte desde su residencia parisina. La época está caracterizada en la correspondencia de Huidobro con Guillermo de Torre (a cargo de Gabiele Morelli, con la colaboración de Carlos García. Madrid: Residencia de Estudiantes, en prensa).

<sup>58</sup> El poeta chileno Juan Florit (1900-1981).

<sup>59</sup> La mayor parte de las antologías latinoamericanas estaban destinadas a hacer un balance con fines vernáculos: espejo y aceite para uso propio. Hidalgo hace su recopilación para mostrar a Europa que hay en América poetas tan buenos o mejores que en el viejo continente. De este tenor son varios pasajes de sus escritos de las décadas del veinte y del treinta. Su antología, empero, no halló, hasta donde alcanzo a ver, un eco importante en Europa. En su reseña, Guillermo de Torre anota, ante la falta de datos bio-bibliográficos de los autores elegidos (271, reproducido en este volumen): “Es, pues, una antología manca, una antología *da fare* –como la comedia famosa de Pirandello–, que requiere adiciones y complementos para la perfecta inteligencia del lector europeo”. En 1933, sin embargo, se planeó en París una reedición modificada, también a cargo de Hidalgo: *cfr.* su artículo “Antología próxima”, en: *Crisol*, 1-I-33 (sin firma): “El año 1933 ocurrirá un hecho promisor para la literatura de esta parte del mundo. Aparecerá en francés una *Antología de la poesía moderna latinoamericana*. La confección ha sido encomendada a Alberto Hidalgo. Ya en 1931 éste estuvo en tratos para hacer la obra con un gran editor de París, pero una inesperada modificación de la firma retrasó el proyecto. Ahora, la cosa será un hecho, mediante el mismo editor, que va a impulsar grandemente sus negocios el año próximo. Servirá de base para el libro el *Índice* publicado en 1926, aunque habrá de sufrir sustanciales transformaciones. Se dará cabida a otras tendencias, a nombres nuevos y además, a los poetas brasileños, amén de eliminarse a algunos de los que figuran en aquella obra, pues la selección debe ser más severa en atención a la trascendencia de la empresa. Debe hacerse constar que es la primera vez en que la obra poética de los latinoamericanos será vertida a otro idioma. Era ya tiempo, máxime cuando corre una antología francesa de jóvenes poetas españoles”. El proyecto no se concretó. En un artículo anterior (*Crisol*, 29-XII-32), Hidalgo se había referido ya al “*Índice de la nueva poesía americana*, la antología general de Hidalgo, Huidobro y Borges”.

de izquierda tan buenos como los mejores de Francia<sup>60</sup>. Deseo que usted escriba un capítulo del prólogo<sup>61</sup>. Por su obra personal primero, por los discípulos que ha hecho y luego por lo que significa dentro de la lírica española como solución de una época literaria: el rubenismo, que usted echó por tierra<sup>62</sup>, por todo eso, quiero que usted escriba unas páginas del prólogo, que así tendría tres capítulos; los otros dos llevarían mi firma y la de Jorge Luis Borges, argentino. Pero hay otra razón también que me mueve a pedirle esto: que Chile es uno de los primeros países que en América van a la cabeza del arte nuevo. Salen de ahí acaso los mejores poetas actuales. Usted debe decir unas palabras en la cabeza del libro. El espacio que quiera y para decir lo que quiere. Pero que sea pronto. Mándeme su parte, certificada, a esta dirección: Ventura Bosch 6740. De los poetas más importantes aparecerán 10 composiciones. Me faltan de usted 3 para enterar la cifra. Mándeme *Ecuatorial*, que es de donde quiero tomar unas que ya no me acuerdo de memoria. O cosas inéditas, si le parece mejor. Pero mándeme siempre *Ecuatorial*<sup>63</sup>.

Le renuevo el apretón de manos de aquella noche en Madrid.

Alberto Hidalgo

<sup>60</sup> El término *izquierda* no debe malinterpretarse aquí en sentido político, sino artístico. Pedro Henríquez Ureña lo utiliza por las mismas fechas para comentar la antología de Julio Noé (*Valoraciones*, La Plata, marzo de 1926, pp. 270-274; Jorge Schwartz, 1991, pp. 463-468). Incluye dentro de la *extrema izquierda* a los miembros de *Proa y Martín Fierro*, a quienes considera herederos de Güiraldes, quien a su vez lo sería de un perfil de Lugones. Hidalgo, a su vez, dividirá su propia obra en *derecha e izquierda* a partir de *Química del espíritu* (1923). De izquierda considera sólo *Química y Tu libro* (1922).

<sup>61</sup> En efecto, el libro no contiene tres prólogos, como a menudo se afirma en tono coloquial (también en este trabajo), sino uno, conformado por tres capítulos, con numerales romanos (I-III).

<sup>62</sup> Algo similar dirá Hidalgo en su prólogo al *Índice*: “Tras de eso no hubo nada importante hasta que apareció Huidobro. Huidobro, en España, derroca el rubendarismo, y si bien puede afirmarse que su acción es igual a cero en América, algo se filtra aquí, a través de los ultraístas argentinos, puesto que el ultraísmo es hechura suya”. Borges, introductor de un ultraísmo *sui generis* en Argentina, no debe haber compartido este aserto, ya que disentía de los postulados poéticos huidobrianos, aunque era acertado en relación con el ultraísmo madrileño. En Madrid, adonde había viajado en 1920, Hidalgo había reaccionado desfavorablemente ante un poema de Huidobro (“Halalí”), cuando Rafael Cansinos Assens se lo dio a conocer (*Muertos heridos y contusos*, 1920, pp. 143-144).

<sup>63</sup> *Ecuatorial* apareció 1918 en Madrid. Fue reproducido por Rafael Cansinos Assens en la revista *Cervantes* (Madrid, julio de 1919). Hidalgo lo conoció, seguramente, durante su estadía en Madrid en 1920, a más tardar.

El contenido de la carta permite deducir que Hidalgo ya había hecho el trabajo de selección. Por cierto, el libro estaba planeado, a más tardar, desde mitad del año anterior, según se desprende de una carta del escritor peruano Luis de la Jara a Hidalgo<sup>64</sup>, del 12 de agosto de 1925<sup>65</sup>:

Al llegar de Lima, hace pocos días, me he encontrado con su carta anunciándome el envío de su libro<sup>66</sup> y la próxima aparición del *Índice de la nueva poesía americana*, para la que le deseo y auguro todo éxito.

Nada confirma que Huidobro respondiera a la misiva de Hidalgo arriba reproducida. Ello no es sorprendente, puesto que Huidobro tenía por estas fechas preocupaciones más acuciantes. Había regresado a Chile en abril de 1925; a partir de allí y por un año, viviría una etapa agitada tanto en lo público como en lo privado. Desde mediados de 1925 venía desarrollando una campaña política, que conllevó toda una serie de situaciones espectaculares, registrada por la prensa chilena: candidatura a la presidencia del país, clausura de su periódico, fundación de uno nuevo, atentados contra su vida... Paralelamente, su matrimonio atravesó una grave crisis, ya que se había enamorado de otra mujer (Ximena Amunátegui), que se convertiría en su segunda esposa tras una fuga espectacular que causó conmoción en Santiago. En 1926, Huidobro pasó nuevamente a Europa. Por todo ello, es altamente improbable que estuviera de ánimo o en condiciones para responder a la carta de Hidalgo, sobre todo ya que, de tener algu-

---

<sup>64</sup> Luis de la Jara (1899-?) Poeta peruano, procedente de Arequipa (como Hidalgo), donde fundó el diario *Noticias* (1926). Obras: *Espigas* (Madrid, 1921; libro reseñado por Guillermo de Torre en *Tableros* 3, Madrid, 15-I-22). Hidalgo incluyó sus poemas “Tortoni” y “Ferrocarril simplista” en el *Índice*. El segundo traiciona ya desde el título la lectura del libro de Hidalgo; el contenido muestra también que su autor conocía poemas tempranos de Borges y Huidobro. “Tortoni” es el nombre de un tradicional café situado en el centro de Buenos Aires, de lo cual infiero que De la Jara pasó también por la ciudad, como lo hicieran Mario Chabés y otros peruanos. Francisco Soto y Calvo parodió su aporte en *Índice y fe de erratas de la nueva poesía americana* (1927): “Luis de la Jara, de escribir/ Dejara y nadie lo notara:/ Y así pudiera decir:/ Escribiría De la Jara/ Mejor si de escribir dejara/ Porque de Jara nos vivir!” (Borges citaría a su vez este pasaje, para criticarlo, en su reseña del libro de Soto y Calvo; cfr. *Textos recobrados*, 1997, p. 316).

<sup>65</sup> Reproducida en A. Hidalgo: *Diario de mi sentimiento*, 1937, p. 307.

<sup>66</sup> Alusión a *Simplismo*, que apareció con colofón del 15 de junio de 1925.

na noticia literaria suya, procedería de *España no existe* (1921) o de algún otro de los libros en que Hidalgo lo silenciara o lo maltratara desde comienzos de la década<sup>67</sup>.

En ninguno de los dos archivos que conservan material póstumo de Huidobro he encontrado constancia alguna de que el chileno respondiera a Hidalgo o hubiera mantenido contactos posteriores con él<sup>68</sup>.

Dos libros de Hidalgo figuran en la biblioteca chilena de Huidobro: *química del espíritu* (1923), dedicado “A Vicente Huidobro. Cardíaco recuerdo de su compañero y amigo / Alberto Hidalgo / Bs As 926”, y *Simplismo* (1925), dedicado “A Vicente Huidobro, con un fuerte abrazo por encima de los Andes / Alberto Hidalgo / Bs As 926”. Pero no hay ningún ejemplar del *Índice* en los archivos de Huidobro<sup>69</sup>.

Puesto que ambos libros tienen dedicatorias de 1926, puede suponerse que fueron adjuntados a la carta antes citada, a modo de presentación.

Tampoco fueron finalmente diez los poemas de Huidobro recogidos en el libro, ni figura en él nada de *Ecuatorial*, a pesar del expreso requerimiento de Hidalgo<sup>70</sup>. Todo coincide en sugerir, pues, que Huidobro no remitió poema alguno.

Los poemas de Huidobro recogidos en *Índice*, proceden, con una sola excepción, de los libros *Horizon carré* (“Media noche”, “Paisaje”), *Tour*

<sup>67</sup> En *España no existe* (p. 102), Hidalgo dice: “el ultraísmo ha necesitado, para fructificar, el riego de un americano, de un poeta de América, aunque no de los mejores: el señor Vicente Huidobro”. Ya antes, en *Muertos, heridos y contusos* (1920, p. 41), Hidalgo habla despectivamente de Huidobro, al narrar su encuentro con Rafael Cansinos Assens. Y en 1923 (en la “noticia” final de su libro *química del espíritu*) habla de Pierre Reverdy, no de Huidobro, como fundador del creacionismo...

<sup>68</sup> Fundación Vicente Huidobro, Santiago de Chile; Getty Research Center, EE UU.

<sup>69</sup> El libro no parece haber tenido gran circulación en Chile. No encuentro, en todo caso, reseñas que se ocupen de él; tampoco figuran títulos en la bibliografía crítica especializada en Huidobro. (Véase, por ejemplo, Cedomil Goic: “Bibliografía de y sobre Vicente Huidobro”, en: *Anales de Literatura Chilena IV.4*, Santiago de Chile, diciembre de 2003, pp. 217-319 (la misma, en líneas generales, publicada en su meritaria edición crítica de la *Obra poética* de Huidobro: Madrid: ALLCA, 2003).

<sup>70</sup> Si bien la falta de textos de *Ecuatorial* en *Índice* nada prueba por sí misma, ya que no se trataba de una serie de poemas, sino de un poema largo, y es posible que a Huidobro le desagrada la idea de que se publicaran de él fragmentos aislados, este indicio es significativo en conjunción con los demás. (La publicación en *Cervantes* había sido integral, e insumió 11 páginas.)

*Eiffel* (“Torre Eiffel”), *Poemas árticos* (“Hijo”, “La senda era tan larga” [en realidad, una parte de “Balandro”], “Campanario”)<sup>71</sup>, *Automne régulier* (“Estío en sordina”, “Océano o dancing”) y *Tout à coup* (“22”)<sup>72</sup>. La excepción es la prosa poética titulada “Poema”, que apareció en el segundo número de la revista *Ariel* (Santiago de Chile), el 25 de agosto de 1925. La de *Índice* es la única publicación de este texto en libro. Huidobro no lo reeditó, pero sí dio a la imprenta una variante, en 1941, en *Ver y palpar* (1923-1933), bajo el título “Panorama encontrado o revelación del mundo”. Lo novedoso del poema sugiere que Hidalgo seguía de cerca los pasos de Huidobro, y quizás la producción chilena en general; de hecho, los poetas chilenos que adopta son realmente de los mejores de la época<sup>73</sup>.

No veo resaltado o interpretado como corresponde un detalle pequeño, aunque significativo: el texto de Huidobro que figura en *Índice* como parte II del prólogo no era inédito, como el de Borges y el del mismo Hidalgo. Había aparecido ya dos veces en francés, primero bajo el título “Manifeste peut-être” en el tercer número de la revista huidobriana *Création* (París, febrero de 1924), y luego, ligeramente corregido, en su libro *Manifestes* (París, 1925, pp. 91-99). La versión en *Índice* es la primera en castellano<sup>74</sup>.

---

<sup>71</sup> Los primeros dos aparecieron también en *Saison choisies* (París, 1921).

<sup>72</sup> La inclusión de este poema en el *Índice* plantea un problema: el libro del cual procede, aparecido en París en 1925, fue retirado de circulación poco después, porque contenía un supuesto retrato de Huidobro atribuido a Picasso (aunque se trataba de una ilustración antigua, no relacionada ni con uno ni con otro). Ante la protesta del pintor, Huidobro retiró el libro. ¿De dónde obtuvo Hidalgo el poema, casi inédito al momento de salir el *Índice*? Me inclino a pensar que estaba muy al tanto de las publicaciones en Francia, de donde se habría hecho remitir un ejemplar poco antes de que fuese retirado de la venta.

<sup>73</sup> Cuando, un año más tarde, Guillermo de Torre publique un “Esquema panorámico de la nueva poesía chilena” (*La Gaceta Literaria* 15, Madrid, 1-VIII-27, p. 3) recogerá allí, a pesar de sus reservas para con la antología del peruano sólo poetas ya seleccionados por Hidalgo: Pablo Neruda: “Poema” (fragmento de *Veinte poemas...*); Humberto Díaz Casanueva: “Poema” (fragmento de *El aventurero de Saba*); Rosamel del Valle: “Poema” (fragmento de *Mirador*); Alberto Rojas Giménez: “Poema”; Juan Florit: “Jueves”; J. Moraga Bustamante: “Ajedrez”.

<sup>74</sup> Otra traducción, que no procedía de la pluma de Huidobro, apareció en su *Antología* (1945), y una más en sus *Obras poéticas selectas* o en ediciones posteriores. La actual *Obra poética* de Huidobro, a cargo de Cedomil Goic (Madrid, 2003), incluye una versión en pp. 1363-1365. Guillermo de Torre (1927, p. 270) no reconoce el texto, aunque segura-

Creo legítimo postular, en vista de todo ello, que Huidobro no respondió al llamado del peruano, que éste accedió al texto por otro conducto y que lo dio a luz, probablemente, sin consentimiento del chileno. Abona también esa tesis el llamativo hecho de que, hasta donde alcanzo a ver, Huidobro no menciona el *Índice* en ninguna de sus publicaciones ni en ninguna de sus correspondencias editadas hasta hoy<sup>75</sup>.

Nada confirma, pues, que Huidobro respondiera a Hidalgo; menos aún, que contribuyera activamente a la elaboración del libro. Si acaso, restaría explicar la falta de protesta de Huidobro ante la utilización de su nombre en la portada.

Asimismo queda por aclarar de quién es la traducción del “prólogo” y de los poemas huidobrianos cuyos originales eran en francés. Conjeturo que fue hecha por Elvira Martínez, la primera mujer de Hidalgo, traductora también de poetas cubistas franceses de la época, como Pierre Reverdy, amigo primero, y luego rival de Huidobro.

Un tema lateral debe ser planteado: ¿es posible que Huidobro, independientemente de su propia participación, propusiera a Hidalgo algunos autores chilenos? No parece ni probable ni necesario:

Por un lado, del pasaje “De los poetas más importantes aparecerán 10 composiciones. Me faltan de usted 3 para enterar la cifra” se desprende que Hidalgo ya había hecho su selección, tanto de los poetas como de las obras a incluir.

Por otro lado, nada se opone a la inclusión directa de esos poetas por parte de Hidalgo. Hacia 1923-1925, varios autores chilenos habían publicado en órganos de la vanguardia argentina, donde gozaban de buena

---

mente leyó en su momento la versión francesa de 1924, ya que es de la época de su polémica con el chileno, pero dice acerca de él: “Menos referencias concretas [que en el de Hidalgo] encontramos aún en el prólogo subsiguiente, absolutamente superfluo, que es un pseudomanifiesto inexpressivo firmado por Vicente Huidobro”. En cuanto al motivo y al desenvolvimiento de la larga querella entre Huidobro y Torre, *cfr.* la edición de la correspondencia entre ambos a cargo de Gabriele Morelli y Carlos García mencionada en la nota siguiente.

<sup>75</sup> Tampoco figura en uno de sus más importantes epistolarios, el que mantuvo con los poetas españoles Gerardo Diego y Juan Larrea; véase la edición a cargo de Gabriele Morelli, con la colaboración de Carlos García (Madrid: Residencia de Estudiantes, en prensa), que contiene también la correspondencia entre Huidobro y Guillermo de Torre.

reputación, y donde Hidalgo bien puede haber reparado en ellos: Pablo Neruda, Juan Marín, Cruchaga Santa María (o Santamaría)<sup>76</sup>, Jacobo Nazaré, Salvador Reyes y Rojas Giménez habían visto sus poemas en revistas de Buenos Aires (en la primera *Proa*, por ejemplo, publicaron Reyes y Rojas Giménez, y Roberto A. Ortelli reseñó el libro de Reyes en 1923, quien a su vez reseñó por esas fechas, en Chile, *Fervor de Buenos Aires*, de Borges). Reyes, Marín, Neruda y Rojas Giménez habían publicado también en *Martín Fierro*. Varios de esos autores publicaban también (a veces los mismos poemas) en revistas peruanas leídas por Hidalgo, como *Boletín. Editorial Titikaka*, de Puno<sup>77</sup>.

También las relaciones personales entre autores de vanguardia de Argentina y Chile eran, en general, bastante estrechas desde comienzos de la década. Ya en carta inédita de marzo de 1922 había escrito Borges a un amigo español: “Siguen arreciando las colaboraciones de Chile y de provincias”.

Borges mismo mantuvo contacto epistolar con Salvador Reyes, Jacobo Nazaré y con otros poetas jóvenes de Chile o radicados allí, como Rafael Yépez Alvear. Conocía, además, la obra del chileno Gerardo Seguel, integrante del *Índice*, ya que a fines de 1924 remitió a Rafael Cansinos Assens un ejemplar de su *Hombre de otoño*.

Todo ello apunta a que la selección fue de Hidalgo, basada en su conocimiento directo de la literatura contemporánea. Tampoco considerado desde este ángulo es, pues, necesario postular la participación de Huidobro en la recopilación del *Índice*<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> Hidalgo ya se había ocupado de él en *Jardín Zoológico*, 1919, pp. 158-159. De su ensayo “Los poetas de Chile”, en el mismo libro, se desprende que Hidalgo tenía contacto con algunos de ellos ya desde 1919 a más tardar.

<sup>77</sup> Cruchaga, Reyes, Hübner y otros publicarían a partir de mayo de 1928 la revista *Letras. Mensuario de arte y literatura*.

<sup>78</sup> Después de escrito este trabajo, René de Costa, profundo conocedor de la obra de Huidobro, coincidió en líneas generales con el juicio que aquí presento, según el cual el *Índice* fue obra exclusiva de Hidalgo. Agregó, además, una interesante anécdota: al conversar con Borges sobre el *Índice*, Borges le relató que “todo fue obra de Hidalgo, que él, Borges, nada hizo, y Huidobro menos”.

## HIDALGO Y BORGES

Hidalgo y Borges deben haber trabado conocimiento a fines de 1924 o en 1925. Hacia mayo de 1925, la revista *Proa*, de cuyo plantel directivo Borges formaba parte, remitió a varios autores argentinos y del exterior una carta circular, solicitando colaboración. En el número 13 de la revista, de noviembre de 1925, se da cuenta de la segunda tanda de adhesiones recibidas, entre las cuales figura una carta de Hidalgo. Pero, a pesar de que el peruano declara su solidaridad con el proyecto de *Proa*, nada suyo aparecerá en la revista, que estaba en vías de ser clausurada<sup>79</sup>.

En el último número (el 15, de enero de 1926, es decir, paralelamente a la carta de Hidalgo a Huidobro arriba reproducida), Borges comentará elogiosamente su libro *Simplismo* (1925):

sus versos son incautaciones, conjuros, fórmulas de gualicho. Al igual que los quipus, no les importa nada a los versos de este peruano el sonido de las palabras, pero sí (y muchísimo) su intención. Eso está muy bien. A veces se divierte con algún visteo, pero en general su dicción es tan suficiente, austera y rotunda como cualquier marca de fábrica. Usa de fórmulas mandonas y va derecho al caracú de las cosas. Lo baraja de golpe al mundo, sin las zalamerías y agachadas y lentitudes criollas que suele practicar su colega, el adivino Macedonio Fernández.

Y agrega: “Es más expeditivo que Macedonio”, frase que delata cierta velada ironía, ya que Borges debe haber preferido la modalidad criolla de Macedonio.

Había aludido ya positivamente a él en “Ejercicio de análisis” (*Proa* 14, diciembre de 1925; *El tamaño de mi esperanza*, 1926, p. 113), al tiempo que enrolaba a Hidalgo en la prosapia de Ramón Gómez de la Serna<sup>80</sup>:

<sup>79</sup> Sobre el tema, véase mi artículo “Hidalgo y *Proa* (1925)”, en Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 209-215.

<sup>80</sup> Hidalgo mismo aceptará esa filiación en su aporte al prólogo del *Índice* (8): “No es que me parezca repudiable la influencia de Ramón. Todo lo contrario. Creo que en algún aspecto de mi obra no es difícil percibir la sugerión de ese genio, y hasta sospecho que en casi todo escritor moderno, así de aquí como de Europa, hay su pizca de ramonismo”. También Guillermo de Torre aludirá a la filiación ramoniana de Hidalgo al comentar sus libros. Cfr. en este volumen mi trabajo “Alberto Hidalgo y Guillermo de Torre”.

El dulce sueño. ¿Qué greguerizador antiquísimo, qué Alberto Hidalgo encontrador de metáforas dio con esta adjetivación, según la cual son comparables el sueño y el sabor de la miel, el paladeo y el dejar de vivir un rato?

Poco antes de la aparición del *Índice*, y ante la pregunta acerca del recibimiento preparado al futurista Marinetti, dice Borges (“Marinetti fue una medida profiláctica”, en: *Crítica*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1926; *Textos recobrados*, 1997, p. 392):

Supongo que no lo haremos figurar en la Exposición de Productos Adulterados. Habrá banquetes con su reserva de epitafios; habrá conferencias con abundancia de boleterías y de premeditados aspavientos; habrá una ironía de Alberto Hidalgo, un susto de Calixto Oyuela y un saludo cortés de Evar Méndez.

Si pasamos a estudiar la participación de Borges en el *Índice*, debemos constatar, en primer lugar, que se desconocen documentos equivalentes a la carta de Hidalgo a Huidobro. Sólo disponemos del prólogo de Borges (que él no volvería a dar a luz ni comentaría en ninguno de sus trabajos y epistolarios conocidos hasta hoy, con una excepción que comentaré más abajo), y de los poemas suyos que el libro contiene.

Pero, aparte de que la carta de Hidalgo a Huidobro menciona expresamente que Borges sólo contribuirá con un prólogo, varias razones hablan en contra de que Borges propusiera la adopción de los poemas suyos que figuran en el libro. Uno de los argumentos más fuertes que avalan la tesis aquí defendida (es decir, que la selección fue de exclusiva responsabilidad de Hidalgo), es la inclusión en *Índice* de poemas de Borges que pertenecían a una etapa superada de su producción y que éste había desechado años antes y excluido de sus libros, como “Rusia” (que ya no condecía con su visión de lo poético ni de lo político)<sup>81</sup>, o de poemas que Borges había

---

<sup>81</sup> La versión de “Rusia” en *Índice* ostenta diferencias con todas las versiones previas. He cotejado cuatro: la primera en *Grecia* (1920), donde apareció como prosa, por falta de espacio; un manuscrito de la misma época, remitido por Borges a Guillermo de Torre; la versión en *Cuasimodo* 27, 1921, p. 14 (que dejó de lado, ya que es más breve que las anteriores y contiene algunos pasajes nuevos); la versión fragmentaria citada por Torre en *Literaturas europeas de vanguardia* (1925, p. 62), y la versión de *Índice*. Ésta difiere de las primeras dos y de la cuarta sobre todo en los siguientes versos: “Bajo estandartes de silen-

corregido en el intervalo, como los dos titulados “Atardecer”, integrados en *Fervor de Buenos Aires* en un poema más largo: “Atardeceres”<sup>82</sup>.

Queda por aclarar si Borges contribuyó con propuestas de poetas argentinos que debían ser incorporados al *Índice*, según a menudo se afirma. Sabemos que estaba informado de que el *Índice* incluiría textos de tres autores argentinos, porque los nombra en su contribución al prólogo<sup>83</sup>:

Desde esas noches incansables en que el calaverón frailuno Quevedo holgaba con la lengua española, no han sucedido porretadas de imágenes, pleamares y malones de metáforas, asemejables a los que en este libro verás. Desde la travesura y brujería de Macedonio Fernández hasta el resplandor de Juicio Final que altiveció los versos de [Francisco] Piñero, desde las firmas acertadas de Hidalgo hasta el rebaño de vehemencia bíblica que [Alfredo] Brandán [Caraffa] rige bien, hay obtenciones de expresión inauditas. El idioma se suelta. Los verbos intransitivos se hacen activos y el adjetivo sienta plaza de nombre<sup>84</sup>.

cio pasan las muchedumbres” / “Bajo banderas de silencio pasa la muchedumbre”; “el sol crucificado en los ponientes” / “el sol crucificado en el poniente”; “praderas del continente” / “praderas del naciente” (este último verso falta en el libro de Torre, quien sólo cita parcialmente el poema). ¿Quién hizo esos cambios? No creo que Borges tuviera interés en actualizar su ya desdeñado texto. ¿Se trata, quizás, de una versión anterior? En ese caso, ¿de dónde la obtuvo Hidalgo? Al cotejar los demás poemas, se advierte que también “La noche de San Juan” ostenta una diferencia: en el verso 5, la versión de *Fervor de Buenos Aires* reza (igual que la primera versión hemerográfica, en *Proa*, 1922): “las cálidas guitarras”, mientras que la de *Índice* dice: “las guitarras calientes”. También hay un cambio en “La guitarra”. El último verso dice en *Fervor* “tornó el vivir”; en *Índice*, “volvió el vivir”. El ejemplar que manejo (n.º 30) tiene, además, una peculiaridad: en el primer verso del poema “A la calle Serrano”, la “C” inicial fue empastada con posterioridad, para reemplazar a una “c” (como ello no ocurre en otros ejemplares compulsados, debe colegirse que la edición fue corregida sobre la marcha). También algunos poemas de Huidobro aducen cambios, sobre todo en el sangrado y en la disposición gráfica: “Media noche”, “Paisaje”, “Campanario”. De “Tour Eiffel” se reproduce la traducción de Cansinos Assens aparecida en *Cervantes* (Madrid).

<sup>82</sup> La versión original de ese poema es del año 1919; se conserva el manuscrito de Borges, que fue trabajado varios veces entre 1919 y 1943 (y del cual muchos pasajes son aún inéditos). La versión de *Índice* respeta el contenido original de los poemas, pero no toma en cuenta que en *Fervor* forman parte de otro más largo.

<sup>83</sup> De entre los autores extranjeros, Borges sólo menciona al mexicano Maples Arce y al chileno Salvador Reyes. Con ambos mantuvo relación epistolar.

<sup>84</sup> Una breve cita de este prólogo (14) traerá Juan Carlos Ghiano en su reseña de la colección “Boedo y Florida” de la Editorial Deucalión, aparecida en *Ficción. Revista-libro*

Dos de esas presencias argentinas en *Índice* podrían deberse, en principio, a sugerencias de Borges: la de Macedonio Fernández y la de Francisco “Pancho” M. Piñero (a quien a menudo se confunde con Sergio Piñero hijo, el colaborador de *Martín Fierro*).

Con la firma “Piñero”, el segundo colaboró en *Prisma* y en *Proa* (1922-1923). Borges lo menciona en dos cartas a Jacobo Sureda (*Cartas del fervor*, 1999, n.º 36 y n.º 39, de 1922 y 1923 respectivamente). Murió a los 22 años, a consecuencia de un accidente, el 30 de mayo de 1923. Borges y Eduardo González Lanuza le dedicaron sendos obituarios en el último número de la citada *Proa* (el primero en prosa, el segundo en verso). Sus amigos editaron póstumamente una recopilación de su obra bajo el título *Cerca de los hombres* (Buenos Aires, 1923)<sup>85</sup>. Piñero, uno de los más tempranos ultraístas porteños, había posibilitado a Borges una de las primeras publicaciones poéticas en Buenos Aires, en diciembre de 1921, en el número 27 de *Cuasimodo. Revista quincenal*, donde aparecieron sus poemas “Rusia” y “Guardia roja”, ya publicados en España<sup>86</sup>.

Borges, por su parte, había previsto tempranamente la inclusión de Piñero en una antología lírica internacional (que debía abarcar los cinco continentes, como la de Ivan Goll) que comenzó a compilar poco antes del 2 de noviembre de 1923, a iniciativa de y en conjunto con Guillermo de Torre. Por esas fechas escribe, en carta inédita a Torre:

Si ya tienes el plano del prólogo general, no quiero entrometerme en él, pero en lo atañedero al grupo de *Prisma* y a su ramificación romántica del Ultraísmo, quisiera poner yo unos renglones. (Creo desde luego que debemos

bimestral 7, Buenos Aires, mayo-junio de 1957, pp. 136-137. (No se menciona allí ni a Hidalgo ni a Huidobro, ni se conjeta sobre la autoría de la selección.)

<sup>85</sup> Accedí a un ejemplar de este raro volumen gracias a May Lorenzo Alcalá. El *Índice* de Hidalgo traía, debajo de casi todos los nombres, la dirección postal del autor. En el caso de Piñero dice: “Se puede escribirle al Cielo”, igual que en los otros dos casos en que el autor reproducido había muerto: Alexis Delgado y Juan Parra del Riego (en el primer caso, “cielo”).

<sup>86</sup> Sobre Piñero, *Cuasimodo* y el joven Borges véase Horacio Tarcus: “El amigo ‘rojo’ de Borges”, en: *Clarín*, Buenos Aires, 25-III-01; Horacio Tarcus y Ana Longoni: “*Cuasimodo*: temprano cruce entre vanguardias”, en: *Ramona. Revista de artes visuales* 16, Buenos Aires, septiembre de 2001; Ariel Fleischer: “Borges: sus primeros poemas publicados en Buenos Aires”, en: *Esperando a Godot* 3, Buenos Aires, abril de 2005.

incluir en esa rúbrica la ‘Appasionata’ de Francisco Piñero, que me parece el mejor poema de los ultraístas criollos. Está en *Proa-2.*)

A fines de noviembre de 1923, Borges insiste desde Ginebra:

En nuestra Antología tendría yo especial interés en incluir “Al Hijo de un Amigo” de Macedonio Fernández<sup>87</sup>, “Appasionata” de Piñero<sup>88</sup> y desde luego, poemas de Salvador Reyes<sup>89</sup> y de Luis Carlos López<sup>90</sup>.

Por motivos desconocidos, el proyecto no se llevó a cabo, aunque ambos habían compilado (y Borges traducido) ya mucho material.

Borges elogiaría la obra de Piñero a comienzos de 1926, en su reseña de la *Antología* de Julio Noé (*Proa* 15, Buenos Aires, enero de 1926; *Textos recobrados*, 1997, pp. 235-236):

En la Antología figuran solamente aquellos poetas que ya muestran en su haber (o en su debe) un libro publicado. Este criterio, de autorizada estirpe sin

<sup>87</sup> Este poema aparece ya en la antología publicada por Borges: “La lírica argentina contemporánea”, en: *Cosmópolis*, Madrid, diciembre de 1921, pp. 640-641. No fue reconocido en las *Obras Completas* de Macedonio Fernández. Lo di a conocer en *Letras de Buenos Aires* 37, Buenos Aires, julio de 1997. Figura ahora en los *Textos recobrados*, 1919-1929 de Borges (1997).

<sup>88</sup> Francisco M. Piñero: “(Appasionata) A Mme. et M. Speluzzi”, en: *Proa* 2, Buenos Aires, diciembre (léase: noviembre) de 1922, p. 2.

<sup>89</sup> El periodista, diplomático y novelista chileno Salvador Reyes (1899-1970) colaboró en Buenos Aires en las revistas *Prisma*, *Proa*, *Nosotros* y *Martín Fierro* (donde también se reseñó su libro *El barco ebrio*), y en *Ultra* (Madrid); fue uno de los primeros en reseñar *Fervor de Buenos Aires*, de Borges (*Zig-Zag* XIX.972, Santiago de Chile, octubre de 1923). Con Borges, Huidobro, Maples Arce, Guillermo de Torre y otros fue uno de los firmantes del manifiesto vanguardista chileno *Rosa náutica* (publicado en *Antena. Hoja de Vanguardia*, Valparaíso, 1922). Acerca del limitado valor que puede otorgarse a las firmas contenidas en manifiestos, véanse mis consideraciones en el arriba citado Anexo de mi edición de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Torre.

<sup>90</sup> Luis Carlos López (1883-1950): Poeta colombiano. Obras: *De mi villorrio* (1908), *Posturas difíciles* (1909), *Por el atajo* (1920, ?1922), *42 poemas* (1943), *Los mejores versos* (1946), *La comedia tropical* (1962). No figura en el *Índice*, pero Hidalgo lo menciona repetidas veces en *Hombres y bestias*, 1918, pp. II y 73-80 (aquí sobre todo su libro *Posturas difíciles*); en p. 203 reproduce fragmentos de una elogiosa carta que López le remitió tras la lectura de *Panoplia lírica*.

duda y útil además para soslayar sablazos de amigos, le ha conseguido dos pobrezas a la compilación de Noé: la omisión de todo poema de Francisco Piñero (que sigue siendo el mejor poeta ultraísta de lengua hispana)<sup>91</sup> y de Ricardo E. Molinari, poeta originalísimo.

(También Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, resaltaría la falta de Piñero en su reseña de la *Antología de Noé: Valoraciones 9*, La Plata, marzo de 1926; reproducido en Jorge Schwartz, 1991, p. 466.)

De los datos antes mencionados se podría deducir que Borges influyó en Hidalgo para que éste adoptara los poemas de Piñero en su *Índice*. Pero esa hipótesis se basa, apenas, en el sentimiento de amistad que unía a Borges con Piñero, a quien mencionará repetidas veces en la década del 20 (*Textos recobrados*, 1997, pp. 390 y 397) y, decenios más tarde, en su *Autobiografía* (1970):

Salíamos de noche –González Lanuza, Piñero, mi primo y yo– armados con baldes de engrudo [...]. Aquellos años fueron muy felices porque las amistades abundaban: las de Norah Lange, Macedonio, Piñero, mi padre...

También González Lanuza, quien había publicado un obituario en 1923, se ocupó de la posteridad del amigo muerto, tanto en un artículo de *Martín Fierro*<sup>92</sup>, como en una glosa con recuerdos literarios publicado casi hacia el final de su vida, “Mi primera conferencia”<sup>93</sup>:

Pancho Piñero era alto, pelirrojo y de inolvidable autenticidad poética, recatado en el hablar mecido por su tonada cordobesa, cuya delicada introversión hacía más conmovedor su entusiasmo.

---

<sup>91</sup> Asombra el giro, ya que el ultraísmo sólo produjo poesía en “lengua hispana”.

<sup>92</sup> Eduardo González Lanuza: “Química y física de las metáforas”, en: *Martín Fierro* 25, Buenos Aires, 14-XI-25, p. 182. El pasaje reza (tras la cita de los versos “Claros como el perdón / los ojos de la tarde campesina”): “Aquí es un alma la que está hablando: aquel alma apasionada y buena cara a mi corazón. Francisco M. Piñero”.

<sup>93</sup> Cfr. Eduardo González Lanuza: “Mi primera conferencia”, en: *La Nación*, Buenos Aires, 1-VII-79, p. 2 (la conferencia aludida tuvo lugar en Rosario hacia marzo de 1922; acompañan al artículo fotos con J. L Borges, Francisco M. Piñero y Guillermo Juan [Borges], llamado “Willy”).

Es muy probable que Hidalgo llegara por cuenta propia a valorar los textos de Piñero. Dos de ellos (“Appasionata” y “Tormenta”) habían aparecido en revistas que estaban a su alcance, y que proveyeron también otro material para su antología: *Proa y Prisma*. (Desconozco la fuente de los demás poemas de Piñero, titulados “Adolescencia” “Historia larga, resumida”, “Canta el árbol” y “Canción”.)

El otro autor que, en principio, podría haber sido favorecido por Borges es Macedonio Fernández, y así se lo asegura en diversos trabajos. El *Índice* trae tres textos suyos, entre ellos un poema titulado “Elena Bellamuerde”. Macedonio había escrito este poema, originalmente, en 1920, en ocasión de la muerte de su esposa, Elena de Obieta. El manuscrito estuvo perdido por años; el original reaparecería decenios más tarde y sería publicado en 1941, en *Sur*. El texto de 1926 habría sido, según quiere la leyenda, un intento de reconstruir de memoria el texto perdido, aunque el texto parece desmentir esa genealogía<sup>94</sup>.

Pero hay indicios de que Macedonio pasó directamente el texto de la versión “reducida” a Hidalgo: hacia mayo de 1926, Macedonio remitió al peruano una carta que decía (*Obras Completas*, II, p. 82):

El Sábado visitaré su tertulia; espero que antes me cite usted por teléfono o me visite. Desearía aprovechar algo nuevo mío para aprovechar su amable invitación<sup>95</sup>. Es un poema *grave*. [...] El poema sería de tres cuartillas a lo sumo.

Considero que ese giro alude al poema que Hidalgo publica en *Índice*. A mi entender, pues, ni siquiera este texto de su mentor y amigo Macedonio llega al *Índice* por intermedio de Borges, sino por vía directa, de manos de Macedonio.

Como fuere, la selección de poemas de Borges por parte de Hidalgo parece haber agriado los ánimos entre ambos. Al respecto es significativa la carta que Borges remite a Macedonio Fernández, hacia julio de ese año (Carlos García 2000b, p. 10):

De Hidalgo sé que su *Antología* está en ciernes, muy en ciernes, y que la *Revista Oral* funcionará los jueves a la tarde en lo de Witcomb. Marechal,

<sup>94</sup> Sobre ese texto *cfr.* mi trabajo: “Macedonio, ‘Elena Bellamuerte’ ‘Otra vez’”, en: <[www.macedonio.net](http://www.macedonio.net)>.

<sup>95</sup> Así en mi fuente. Puede tratarse de un error de transcripción.

Bernárdez y yo nos hemos descartado. Yo ando un poquito en punta con Hidalgo; después te explicaré la cosa.

Hago notar, de paso, que la referencia a “su Antología”, desmiente la posibilidad de que Borges haya participado en la selección del material de *Índice*. También Macedonio aludirá a “su Antología” en carta a Hidalgo de hacia julio de 1926 (II, p. 86). Y lo mismo hará el poeta peruano Mario Chabes, en carta a Macedonio (II, p. 326), del 15 de octubre de 1928: “Sin referirme a lo que conozco de usted desde antes y que figura en la *Antología* de Hidalgo [...]”<sup>96</sup>.

Algunos indicios sugieren que el enojo de Borges por la selección que Hidalgo hiciera de sus poemas se prolongó bastante: tal sugieren su retiro de la *Revista Oral* (1926) y su no participación en *Pulso* (1928), revista fundada en 1928 por Hidalgo, aunque colaboran muchos de sus amigos y conocidos, incluido Macedonio. Entre una revista y otra, Borges publica en *Nosotros* “Página sobre la lírica de hoy” (1927), donde toma a Hidalgo de ejemplo para ironizar acerca del término “precursor”: “Eso es como decir que Shakespeare es uno de los trámites de Dios en busca de Alberto Hidalgo”.

También el tono de algunos elogios de doble filo en reseñas posteriores (*Descripción del cielo*, en *Síntesis* 13, 1928, y *Actitud de los años*, en *Selección* 1, 1933), apunta en la misma dirección. Borges no oculta allí su desdén por algunas preferencias de Hidalgo, sobre todo las explicaciones que éste adosa a sus poemas: “deploro esa incongruente *réclame*, porque los poemas son eficaces”, dirá sobre el último libro. (Ya Güiraldes había reparado, en carta a Valery Larbaud, en el largo texto explicativo que Hidalgo adjuntara a *Simplismo*, texto que, sin embargo, fue elogiado por Guillermo de Torre.)

Hidalgo, por su parte, guardaría una gran inquina hacia Borges. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje de una carta suya a José Carlos Mariátegui, del 21 de diciembre de 1928, escrita tras el conflicto que había tenido lugar entre Macedonio y Borges pocas semanas atrás<sup>97</sup>:

<sup>96</sup> Sobre esta última relación, véase mi “Macedonio y Mario Chabes”, en: <[www.macedonio.net](http://www.macedonio.net)>.

<sup>97</sup> Cfr. C. García: “Borges y Macedonio: un incidente de 1928”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 585, Madrid, marzo de 1999, pp. 59-66; reproducido, con variantes, en <[www.macedonio.net](http://www.macedonio.net)>.

Cierto muchacho de Buenos Aires es un buen estilista. Usted lo cita a menudo. Pero no tiene una sola idea respetable en la cabeza. Y además, así en lo moral como en lo ideológico, es un perfecto sinvergüenza. Es un alquilón de las ideas y de la conciencia. Se ha dicho por ahí que es él el *mejor* escritor de América, en el sentido del estilo. Yo creo que es muy bueno, pero no tanto porque al fin y al cabo es un escritor barroco, gongórico, fuera de la época<sup>98</sup>.

A partir de 1926, Hidalgo no perderá ocasión de denostar y difamar a Borges públicamente, como lo hará repetidamente desde las páginas del diario ultracatólico *Crisol* y en el *Diario de mi sentimiento* (capítulos 89 y 165, donde publica cartas abiertas tratándolo de plagiario). El tono cambiará recién en la década del cuarenta, cuando Hidalgo, en sus artículos para el diario *El Mundo*, y quizás con la ambición de integrarse definitivamente al friso de literatos arribados, utilizará un lenguaje conciliador al referirse a los autores establecidos con quienes se había querellado en la década del veinte (Borges, Girondo, etc.)<sup>99</sup>.

Borges, por su parte, no hará en su obra ninguna referencia al *Índice*; tampoco en alguna de sus correspondencias llegadas a mi conocimiento. En el silencio de Borges al respecto leo una crítica y un encono<sup>100</sup>.

## BORGES Y HUIDOBRO

Precisamente la escasez de testimonios de alguna relación entre Borges y Huidobro habla en contra de que el argentino colaborara a gusto con

<sup>98</sup> José Carlos Mariátegui: *Correspondencia*. Ed. de Antonio Melis. Lima: Amauta, 1984, p. 486 (gracias a Álvaro Sarco, Lima). Mariátegui nombra sólo dos veces a Borges en sus 7 *Ensayos* (1928), a los cuales se refiere Hidalgo.

<sup>99</sup> Cfr. Carlos García/Martín Greco: “Hidalgo en *El Mundo* (1940-1949)”, en: Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 409-439.

<sup>100</sup> Llama la atención, por lo demás, que no se conozca una reseña del *Índice* de la pluma de Rafael Cansinos Assens, tan atento al quehacer literario de Argentina y a las actividades de Borges, gracias a la información que éste le hiciera llegar. Cansinos sí comentaría dos antologías de poemas argentinos surgidas por estas fechas: la ya citada de Vignale y Tiempo, y la de Valentín de Pedro: *Nuevo Parnaso Argentino* (Barcelona: Maucci, 1927). Aunque no hallo pruebas de ello, conjeturo que Borges se encargó de que el libro no fuera promocionado. Se conserva en EE UU, sin embargo, un ejemplar dedicado por Borges al “Sr. Oriba, con la amistad de siempre”.

el chileno. Borges debe haberse sentido molesto, además, por la inclusión de Huidobro en el proyecto, que tuvo lugar después de que él e Hidalgo se hubieran puesto de acuerdo.

Hasta donde alcanzo a ver, Borges se regodea en atacar a Huidobro en testimonios que van desde 1920 a 1943. (Nada similar ha llegado a mi conocimiento de Huidobro sobre Borges, a quien el chileno parece haber ignorado.) La mención más antigua procede de una carta inédita de Borges a Guillermo de Torre, enviada desde Palma de Mallorca hacia el 3 de septiembre de 1920:

Te felicito por la culminación bismarkiana de tu duelo à *outrance* con el hombre de los párpados sin alas<sup>101</sup>.

Si bien Borges no menciona allí expresamente a Huidobro, se reconoce al chileno en el giro final, ya que su poema *Ecuatorial* comienza: “Era el tiempo en que se abrieron mis párpados sin alas y empecé a cantar sobre las lejanías desatadas”.

Pocas semanas después, el 1 de noviembre de 1920, Borges escribirá a Maurice Abramowicz, también desde Palma<sup>102</sup>:

Comprendo tu sorpresa ante la idiotez de la prosa de Huidobro [...].

A pesar de mi admiración por Huidobro –que es, después de todo, un muy buen poeta–, no tengo simpatía ninguna por su sistema del creacionismo integral. Reducir la poesía a ser una serie ininterrumpida de metáforas y de metáforas a la segunda y tercera potencia, me ha parecido siempre una limitación horrible. Un academicismo peor que el antiguo.

<sup>101</sup> Borges parece aludir al artículo de Torre “La poesía creacionista y la pugna entre sus progenitores” (*Cosmópolis* 20, Madrid, agosto de 1920, pp. 589-605), o a algún otro de los que Torre publicó ese año en la misma revista en relación con Huidobro. Cfr. también Huidobro: “Al fin se descubre mi maestro (París, Enero 1924)”, en: *Alfar* 39, La Coruña, abril de 1924, p. 22. Sobre la conflictiva relación entre Torre y Huidobro, cfr. mi trabajo “La polémica Huidobro-Torre a la luz de correspondencias inéditas (Cansinos, Vando-Villar, Reyes, Ramón)”, en: *Nel segno di Picasso. Linguaggio della modernità: dal mito di Guernica agli epistolari dell'Avanguardia spagnola*. Milano: Vienepierre, 2005, pp. 121-141, y como Apéndice 2 a mi edición de la *Correspondencia Alfonso Reyes/Vicente Huidobro, 1914-1928*. México, D. F.: El Colegio Nacional, 2005, pp. 66-90 (el primer texto fue ligeramente reducido por cuestiones de espacio).

<sup>102</sup> Cfr. Borges: *Cartas del fervor*, p. 122 (original en francés; traducción de C. García).

Y el 25 de julio de 1922 escribirá a Jacobo Sureda (*Cartas del fervor*, 1999, p. 224):

En *Vltra* he sabido que me publicaron un artículo mío contra Huidobro, mas no he recibido aún el número<sup>103</sup>.

Hacia mediados de agosto de 1923, Borges vuelve a escribir a Guillermo de Torre:

Una alusión en tu carta no hace sino confirmar un juicio que me afirmó una vez el pobre [Francisco] Piñero: esto es, el total estancamiento lírico de [Pedro] Garfias y los suyos. ¡Es desolador el caso de Garfias! Cinco años de ejercicio lírico y un resultado de seis o siete metáforas, semipermanente las mismas y además derivadas de Huidobro. Es decir, una página de Cansinos Assens o de Lugones equivale a la obra total de Garfias...

El juicio será una vez más peyorativo en carta de comienzos de febrero de 1925:

Leí lo de Gerardo Diego = veo que en él todos los caminos llevan a Huidobro.

Aún en 1943 Borges se referirá despectivamente a Huidobro: al reseñar *An Anthology of Contemporary Latin American Poetry*, de Dudley Fitts (Sur 102, Buenos Aires, marzo de 1943; *Borges en Sur, 1931-1980*. Buenos Aires, 1999, p. 263), Borges incluirá al chileno entre quienes practican “el *bric-à-brac* desinteresado”...

## LA PRIMERA RECEPCIÓN

*A fortiori*, puede aducirse además que ninguna publicación contemporánea afirma o presupone que los tres prologuistas hubieran hecho la

<sup>103</sup> No hay en *Ultra* (Madrid) ningún texto de Borges sobre Huidobro; el que Borges remitió a *Ultra* debe, pues, considerarse perdido. Por esta época, sólo *Ultra* 20 se ocupó de Huidobro, en forma positiva, en un artículo sin firma, que podría ser de Humberto Rivas, uno de los directores de la revista (aunque ésta propalaba que no tenía directores).

selección del material. Por el contrario, todas coinciden en afirmar que la compilación fue obra de Hidalgo, y casi todas en criticarla severamente.

En un noticia aparecida sin firma en la revista *El Hogar* (Buenos Aires, 30 de abril de 1926), el título es ligeramente distinto: “*Índice de la poesía americana*. Los talleres gráficos *El Inca* están ultimando la impresión de un libro antológico acerca de la nueva poesía de América. Se titulará *Índice de la poesía americana* y estará prologado por Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges. En dicha obra figurarán los siguientes poetas argentinos de vanguardia: Nora Lange, Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Andrés Caro, Keller Sarmiento, Oliverio Girondo, Brandán Caraffa, González Lanuza, Francisco Piñero, Ricardo Güiraldes y Francisco Luis Bernárdez”<sup>104</sup>. Nada se dice aquí acerca del autor de la recopilación, pero sí se hará en otros comentarios.

La positiva reseña del anónimo comentarista en el puneño *Boletín. Editorial Titikaka* (se trata seguramente de Alejandro Peralta; apareció en el número 6, de enero de 1927, p. 3) comienza con estas frases, cuya original grafía respeto:

Libro de múltiples pétalos con valores definitivos en algunos países. Es labor que hidalgo acometió i que ha salido en gran parte admirable.

El mordaz comentario de Emilio Suárez Calímano (*Nosotros*, Buenos Aires, marzo de 1927), que critica los tres prólogos, se ocupa también de Hidalgo:

Desde que apareció *Les Cinq Continents* [de Ivan Goll] teníamos la aprensión de que más de un hispano americano soñaba con pergeñar algo por el estilo. ¡Aquí tenemos *el doble!*

Exclusivista y unilateral como Ivan Goll, Alberto Hidalgo ha lapidado cinco o seis poetas de verdad, incluidos en su antología, al colocarlos al lado de los cincuenta y tantos restantes, que andan a la misma altura de los tres o cuatro mil versificadores producidos por Hispano-América –tierra fértil– en la venturosa época de nuestro romanticismo para maestras de escuela.

---

<sup>104</sup> Nótese que en esta lista no figura aún Macedonio Fernández. A cambio, se menciona en ella a Girondo, de quien finalmente no se recogió poema alguno.

En otra reseña, sin firma (*Inicial* 11, febrero de 1927; texto completo), se critica igualmente la selección, y se identifica expresamente al “culpable”:

Alberto Hidalgo ha compilado, para la Sociedad de Publicaciones *El Inca*, el *Índice de la nueva poesía americana*, que apareció recientemente y del cual adelantamos una breve selección en el número anterior de *Inicial*<sup>105</sup>. Casi trescientas páginas contiene este volumen y en las sesenta y tantas firmas que junta no hemos hallado, en verdad, un índice de la nueva poesía americana.

Ciertamente, el volumen ha sido realizado con un criterio fanático. Alberto Hidalgo es, literariamente, un escritor extremista. Y este volumen parece una justificación de su obra. Se ha tomado de cada autor lo más arbitrario de su obra, lo más impersonal e irrepresentativo. Y se han excluido nombres sin ninguna razón valedera, dando injusto lugar a escritores francamente pasistas. Oliverio Girondo, por ejemplo, no existe para el compilador, y, sin embargo, cree de su bando al redondillero J. Rubén Romero, al becqueriano Pereda Valdés, a Paco Luis Bernárdez, a Molinari, etc. Es claro que estos mismos aparecen con lo menos bueno de su obra, salvo alguna equivocación...

El trato de que lo hiciera objeto *Inicial* no obstó para que Hidalgo y Ortelli (co-director de *Inicial* y de la editorial y tipografía *El Inca*) planearan juntos, hacia 1929, una revista llamada *Creación*, proyecto que no parece haber prosperado<sup>106</sup>.

El arriba citado Francisco Soto y Calvo se tomaría en 1927 el trabajo de componer una sátira, titulada *Índice y fe de ratas de la nueva poesía americana*, para escarnecer la antología de Hidalgo (Borges reseñó críticamente este libro, sin mencionar el de Hidalgo que lo suscitó, en *Síntesis* 4, septiembre de 1927, pp. 143-144; *Textos recobrados*, 1997, p. 316; cfr. también p. 394).

El español Guillermo de Torre (amigo e inminente cuñado de Borges, y, por tanto, bien informado acerca de los entretelones), comentará así el *Índice* (*Revista de Occidente* XV.44, Madrid, febrero de 1927, pp. 269-

<sup>105</sup> En efecto, el *copyright* del libro era de *El Inca*. Hidalgo lo compiló por encargo de la editorial, que pertenecía al mismo grupo que editaba la revista *Inicial*.

<sup>106</sup> Sobre esta relación, véase mi “Hidalgo y Roberto A. Ortelli. Amistad y negocios (1925-1929)”, en: Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 283-292.

273; *cfr.* el texto completo en mi trabajo “Alberto Hidalgo y Guillermo de Torre (1920-1933)”, en este volumen):

Tras la antología nacional que hace pocos meses ordenó Julio Noé, he aquí una continental recopilada por Alberto Hidalgo. [...] Ecléctica y general, la primera; parcial y limitada, la segunda.

Torre considera prematura la selección, y echa de menos Bolivia, Paraguay y, a excepción de Nicaragua, “toda la América central y las Antillas”. Anota, además:

Pero en este conjunto se percibe una exclusión a todas luces injusta e imperdonable, ya que si no encontramos poemas originales del poeta excepculado, tropezamos con otros que delatan su huella: me refiero a la ausencia de Oliverio Girondo, figura de toda primacía en la transmutación de valores poéticos que viene operándose estos últimos años en la Argentina.

También Magda Portal, la zurda y aguerrida escritora peruana, amiga de Hidalgo, critica la exclusión de Girondo en su reseña del *Índice*<sup>107</sup>:

Para mí, Oliverio Girondo tiene un valor subido sobre los escaparates de Ramón, el desbordado, tumultuoso, verbóreo, desconcertante y genial Ramón Gómez de la Serna á quien muchas veces sobra minuciosidad en esta época que nadie se retrasa en comprender el valor subido, digo, de su sincretismo ajustado a la época aunque trate los mismos asuntos, que no me consta su lente de percepción es cien veces más fina y viselada que la del español. Girondo, Hidalgo, es uno de los buenos poetas en la reducida producción de poetas buenos que hay en Buenos Aires.

Como previendo esa objeción, Hidalgo mismo había explicado en su parte del prólogo por qué dejaba fuera a algunas personas:

Algunos desocupados están ahora practicando el espor de copiar a Gómez de la Serna, al cual lo usan disfrazado en una solución de Paul Morand más

---

<sup>107</sup> El pasaje pertinente de la reseña de Portal ostenta algunos problemas tipográficos que dificultan su comprensión. Intento solucionarlos con mi lectura y mi puntuación. (adoptada en Á. Sarco (ed.), 2006, pp. 279-280.) Portal critica también la falta de datos bio-bibliográficos y la omisión de mujeres en el volumen.

unas gotas de pornografía. No incluyo muestras de tales engendros para no dar al plagio carta de ciudadanía artística.

La alusión a Oliverio Girondo es clara. Por si el párrafo no bastara, Hidalgo retomará el asunto en el último cuento de su libro *Los sapos y otras personas* (1927), titulado “El plagiario”, del cual se desprende que el agredido es Girondo<sup>108</sup>.

Extraña esta aversión de 1926, ya que hasta mediados de 1925, cuando menos, Hidalgo mantuvo amistad con Girondo, y permitió que se los fotografiara juntos (*cfr.* la revista *Columbia*, Buenos Aires, 2-VI-25, 14).

Desconozco los motivos de esa ruptura, que puede haber sido una secuela de la que hubo a fines de 1925 entre Hidalgo y Evar Méndez, a raíz de la fundación de la *Revista Oral*, que originalmente había sido ideada por Hidalgo y Méndez en 1925, pero fue llevada a cabo por Hidalgo a partir de comienzos de 1926<sup>109</sup>.

Será precisamente Evar Méndez quien, en contestación a una encuesta titulada “Sobre la influencia italiana en nuestra cultura” intente disculpar el parentesco entre Girondo y Ramón<sup>110</sup>:

(Hay joven escritor, por ejemplo Girondo, que ha bebido en la misma fuente francesa que Gómez de la Serna: Rimbaud, Lautréamont, Laforgue, Schwob, Jules Renard, Max Jacob, Apollinaire, los antiliteratos dadaístas, los

<sup>108</sup> Al respecto, *cfr.* C. García: “Notas sobre ‘El Plagiario’”, en: Alberto Hidalgo: *Cuentos*. Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca. Lima: talleres tipográficos, 2005, pp. 118-124. Acerca de otras exclusiones en el *Índice*, véase Sergio Baur: “Marginales y excluidos” (Sarco (ed.), 2006, pp. 270-276).

<sup>109</sup> Ese entredicho debe haber llevado a que Méndez silenciara la participación de Hidalgo en la segunda parte de su artículo “Doce poetas nuevos” (*Síntesis 5*, Buenos Aires, octubre de 1927, p. 219): “Para concluir anotaré que la obra de estos nuevos escritores se contiene, aparte de sus libros señalados, en las revistas *Proa*, *Inicial*, *Martín Fierro*, la *Antología* del doctor Noé, la *Exposición de la actual poesía argentina*, de Vignale y César Tiempo, el *Índice de la poesía americana* y el libro en prensa, de próxima aparición, *La poesía de Buenos Aires*, por sus poetas de ayer y de hoy, con prólogo de Borges”. Vestigios de ese libro planeado por Borges, que no llegó a aparecer, pueden reconocerse en un ensayo suyo, titulado “La presencia de Buenos Aires en la poesía” (*La Prensa*, 11-VII-26; *Textos recobrados 1*, pp. 250-253). El “próximo ensayo” allí anunciado tampoco vio la luz.

<sup>110</sup> Publicada en *Nosotros* 225-226, Buenos Aires, febrero-marzo de 1928; reproducido en Alemany Bay 1998, pp. 154-158.

post-simbolistas, superrealistas, y que, es claro, ofrece analogía con el más importante literato español de espíritu moderno.)

Para cerrar el gran círculo trazado hasta aquí, remito al capítulo I del prólogo del libro. Leyendo atentamente el mismo, ya hubiera sido posible evitar el histórico malentendido. Allí, Hidalgo da a entender claramente que él mismo ha sido el editor (pp. 7-8):

Bolivia no tiene representación en este libro debido a que en mis afanosos viajes por los mares del mundo no me he encontrado con sus costas. ¿Es que no existe? Del Paraguay sé que no conoce ni de oídas la palabra arte. Allí sólo se dan loros y yerba mate. Prometo remendar las ausencias en futuras ediciones, si aparecen poetas por ahí, o si hay alguno que, demasiado tímido, no ha emprendido viaje a mi conocimiento.

He suprimido datos biográficos y bibliográficos, para no hacer una antología de vulgaridades y ripios. Quien quiera éstos, cómprese cualquier libro de los poetas que nos preceden; quien necesite aquellos, pídalos a los autores: ahí están sus direcciones<sup>111</sup>. Espero que esto me lo agradezcan, además, las admiradoras.

Louis Aragon dice que toda antología es obra de conciliación. Esta viene a desmentirlo. Yo no me caso con nadie, lo cual es bastante lógico en un hombre que ya no es soltero. Aquí no sobra ningún mal poeta, y es probable que no falte ninguno bueno. Mas confieso que para hacer menos estruendosa la presencia de los mejores, he dilatado el vacío de los pésimos.

En su estilo petulante, Hidalgo se vanagloria, obviamente, de la selección que ha hecho. Si bien puede reprochársele algún defecto menor (por ejemplo, la exclusión de algunos países, y de poemas en lengua brasileña, inglesa o francesa, así como el haber dejado fuera a las poetas), su obra constituye un hito insoslayable al estudiar el período de las vanguardias históricas.

## CONCLUSIÓN

Creo haber probado que el *Índice* fue obra exclusiva de Hidalgo. Ese trabajo hace de Hidalgo un precursor ineludible en la lucha por el canon.

---

<sup>111</sup> Hidalgo inauguró así una costumbre que sería continuada, en 1927, por la ya mencionada antología de Vignale y Tiempo.

El canon, paradójicamente, no lo incluye. Quizás debido a que pasó temprano a la Argentina, pero seguramente también a su hosco y aguerriido carácter y a sus posturas políticas (su antisemitismo en la década del treinta y un confuso izquierdismo antes y después), ninguna de sus patrias se ha ocupado hasta ahora de él como lo merecería.

En base a todo lo dicho hasta aquí, creo pertinente que en los repertorios bibliográficos y en la historia literaria de Hispanoamérica, sobre todo en las de Argentina y Perú, se dé por fin a Hidalgo el lugar que corresponde a su vasta y variada obra, que, aparte del *Índice*, incluye poemas, cuentos, textos teóricos, una novela, libelos y panfletos, obras de teatro y periodismo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY BAY, Carmen: *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica, 1927. Estudio y textos*. Alicante: Universidad de Alicante, 1998.
- BAUR, Sergio: “Marginales y excluidos”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 270-276.
- BORGES, Jorge Luis: *Textos recobrados, 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928)*. Prólogo: Joaquín Marco. Ordenamiento y notas: Carlos García. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores/Emecé, 1999.
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis: “Índice de la nueva poesía americana”, en: *La Gaceta Literaria* 14, Madrid, 15 de febrero de 1927, p. 22.
- CASSOU, Jean: “Índice de la nueva poesía americana”, en: *Revue de l’Amérique Latine* XV, Paris, 1 de abril de 1927, pp. 375-376; mencionado en *Nosotros* 215, Buenos Aires, abril de 1927, p. 144.
- ESCALANTE, Evodio: “La heteróclita vanguardia mexicana”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 262-269 [sobre los autores mexicanos incluidos en el *Índice*].
- FLEISCHER, Ariel: “Alberto Hidalgo: un vanguardista peruano en las Pampas”, en: *Esperando a Godot* 2, Buenos Aires, marzo de 2005.
- GARCÍA, Carlos (2000a): *El joven Borges, poeta (1919-1930)*. Buenos Aires: Corregidor, 2000.
- (2000b): *Correspondencia Macedonio-Borges, 1922-1939. Crónica de una amistad*. Buenos Aires: Corregidor, 2000 [sobre *Índice*, pp. 135-139].

- (2005a): *Las letras y la amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Guillermo de Torre, 1920-1958*. Valencia: Pre-Textos, 2005. [Anexo: “Manuel Maples Arce: Cartas a Guillermo de Torre, 1921-1922”.]
- (2005b): “Notas sobre *El Plagiario*”, en: Alberto Hidalgo: *Cuentos. [Los Sapos y otras Personas]*. Buenos Aires: El Inca, 1927.] Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca. Lima: talleres tipográficos, 2005, pp. 118-124.
- (2005c): “Evar Méndez y el final de *Martín Fierro*: leyendas y verdades”, en: *Esperando a Godot 6*, Buenos Aires, agosto de 2005, pp. 5-7.
- (2005d): “Macedonio y Mario Chabes”, en URL: <www.macedonio.net>, septiembre de 2005.
- (2006a): “Hidalgo y *Proa* (1925)”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 209-215.
- (2006b): “El Índice de Hidalgo (1926)”, versión previa del presente trabajo aparecida en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 219-255 (aquí actualizado y aumentado).
- (2006c): “Hidalgo y Roberto A. Ortelli: Amistad y negocios (1925-1929)”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 283-292.
- (2006d): “Alberto Hidalgo y Guillermo de Torre (1920-1933)”, en este volumen.
- (2006e): “Bibliografía comentada”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 583-646.
- (2007): “Notas sobre *España no existe* (1921)”, en este volumen.

GARCÍA, Carlos/GRECO, Martín: “Hidalgo en *El Mundo* (1940-1949)”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 409-439.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *La Sagrada Cripta de Pombo*. Madrid: s. n., 1924.  
[Reedición: Madrid: Visor, 1999.]

GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Carla Vanesa: “Borges, Huidobro e Hidalgo en *Amauta*”, en: Simposio internacional *Amauta y su época*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 3-6 de septiembre de 1997. Las Actas del simposio fueron editadas por Sandro Mariátegui Chiappe. Lima: Editorial Minerva, 1998. [No he visto este trabajo; ignoro, pues, qué tesis presenta la autora.]

HIDALGO, Alberto (ed.): *Índice de la nueva poesía americana*. Prólogo de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges. Buenos Aires: Sociedad de Publicaciones El Inca. Ediciones Especiales, 1926. [El prólogo tripartito fue reproducido sin comentarios en *Amauta 6*, Lima, diciembre de 1926, Libros y revistas, pp. 1-3 [Cfr. Schwartz, González Márquez.]

- (sin firma): “Antología próxima”, en: *Crisol*, 1 de enero de 1933.
  - “Historia natural de Picasso”, en: *La Gaceta Literaria* I.17, Madrid, 1-IX-27, p. 1 [reproducido luego en el diario argentino *Crisol* en 1934 y luego en *Diario de mi sentimiento*, 1937, cap. 109.]
- LAUER, Mirko: *9 libros vanguardistas*. [Alberto Hidalgo: *química del espíritu*. Juan Luis Velázquez: *El perfil de frente*. Juan Parra del Riego: *Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles*. Juan José Lora: *Diánidas*. Alejandro Peralte: *Ande*. Enrique Bustamante y Ballivián: *Antipoemas*. Magda Portal: *Varios poemas a la misma distancia / una esperanza y el mar*. César Alfredo Miró Quesada: *Cantos del arado y de las hélices*. Nicanor A. de la Fuente: *Las barajas y los dados del alba*.] Lima: El Virrey, 2001.
- LORENZO ALCALÁ, May: “El Futurismo rioplatense de Hidalgo”, en: Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 127-140.
- *El margen de la vanguardia*: en prensa [sobre antologías poéticas en Hispanoamérica].
  - *Norah Borges, la vanguardia enmascarada*: en prensa.
- NN: “Poesía americana de vanguardia”, en: *Incial* 10, Buenos Aires, mayo de 1926, pp. [28]-39. [Reproduce poemas de Pablo Neruda, J. Rubén Romero, Salvador Reyes, Gerardo Seguel, J. Moraga Bustamante, Vicente Huidobro, Ángel Cruchaga Santamaría, Alberto Hidalgo, Manuel Maples Arce, Manuel Hübner, Salvador Novo, Alberto Rojas Giménez y E. Bustamante y Ballivián.]
- NN: “Índice de la poesía americana. [sic] Prólogo de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges”, en: *Incial* 11, Buenos Aires, febrero de 1927.
- NN: “Índice de la nueva poesía americana”, en: *El Hogar*, Buenos Aires, 30 de abril de 1926 (Noticias de nuestro mundo literario).
- PERALTA, Alejandro: “Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges. Índice de la nueva poesía americana”, en: *Boletín. Editorial Titikaka* 6, Puno, enero de 1927, p. 3. [Aparecido sin firma bajo la rúbrica “Glosario de arte nuevo”, donde también se comentan breve y elogiosamente tres libros de Hidalgo: *Mi libro, química del espíritu y Simplismo*. Reedición facsimilar a cargo de Dante Callo Cuno. Arequipa: Centro de Artes Gráficas/EUNSA, 2004, p. 29.]
- PORTAL, Magda: “Índice de la nueva poesía americana. Huidobro e Hidalgo”, en: *El Comercio*. Edición de la tarde. Lima, sábado 13-XI-26, p. 3; [Reproducido en Álvaro Sarco (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006, pp. 278-280.]
- ROGGIANO, Alfredo A.: “La vanguardia en antologías. Papel de Huidobro”, en: *Revista Iberoamericana* XLV 106-107, Pittsburgh, enero-junio de 1979, pp.

205-211 [reproduce en p. 207 la carta de Hidalgo a Huidobro, del 11-I-26, cotejada con el original].

SARCO, Álvaro (ed.): *Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Lima: talleres tipográficos, 2006. [La más amplia recopilación de textos históricos y críticos sobre Hidalgo, de autores peruanos, argentinos y mexicanos.]

SCHWARTZ, Jorge: *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Madrid: Cátedra, 1991, pp. 328-339. [Reproduce, tras una breve introducción, el prólogo de Hidalgo, Huidobro y Borges.]

SUÁREZ CALÍMANO, Emilio: “*Índice de la nueva poesía americana*. Prólogos de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges”, en: *Nosotros* 214, Buenos Aires, marzo de 1927, pp. 423-424.

TORRE, Guillermo de: Literaturas europeas de vanguardia. Madrid: Caro Raggio, 1925.

- “Alberto Hidalgo: *Simplismo. Poemas inventados por A.H.*”, en: *Revista de Occidente* XIII.38, Madrid, agosto de 1926, pp. 253-256; texto completo en este volumen.
- “*Índice de la nueva poesía americana*. Prólogos de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges. (Sociedad de Publicaciones El Inca, Buenos Aires, 1926)”, en: *Revista de Occidente* XV.44, Madrid, febrero de 1927, pp. 269-273; texto completo en este volumen.
- “Revista literaria americana”, en: *Revista de las Españas* 5-6, Madrid, enero-febrero de 1927, p. 80 [mención del *Índice* como antología “recopilada por Alberto Hidalgo”]; texto completo en este volumen.
- “Revista literaria americana”, en: *Revista de las Españas* 9-10, Madrid, mayo-junio de 1927 (entre otros libros, reseña las siguientes antologías poéticas: Valentín de Pedro: *Nuevo parnaso argentino*; Pedro-Juan Vignale / César Tiempo: *Exposición de la actual poesía argentina*); menciona al pasar el *Índice* de Hidalgo). Citas de los pasajes sobre Hidalgo en este volumen.
- “Alberto Hidalgo: *Los sapos y otras personas*”, en: *La Gaceta Literaria* 12, Madrid, 15-VI-27, p. 4 [incluye retrato de Alberto Hidalgo]; reproducido parcialmente en Alberto Hidalgo: *Cuentos*. Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca, con notas de los mencionados y de Carlos García. Lima: talleres tipográficos, 2005, p. 114; texto completo en este volumen.

CARLOS GARCÍA  
(Hamburg, septiembre de 2005-marzo de 2006)



# BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE ALBERTO HIDALGO

*Arenga lírica al Emperador de Alemania. Otros poemas.* Prólogo: Miguel Ángel Urquieta. Arequipa: Tip. Quiroz Hnos., 1916.

*Panoplia lírica.* Pórtico de Luis Fernán Cisneros. Estudio crítico de Abraham Valdelomar (“Exégesis estética”, pp. XIX-XLIV). Notas marginales de Manuel González Prada, Manuel Ugarte, Castro Rojas y otros. Lima: Imprenta Víctor Fajardo III, 1917.

*Hombres y bestias. Bocetos críticos.* Arequipa: Tipografía artística Armando Quiroz Perea, 1918.

*Las voces de colores.* Arequipa: s. e., 1918. [Contiene un “Apéndice: fragmentos de cartas, notas y juicios sobre *Panoplia lírica y Hombres y Bestias*”.]

GUILLÉN, Alberto: *Prometeo.* Arequipa: Armando Quiroz Perea, 1918. “Prólogo” de Alberto Hidalgo. [El libro contiene también un prólogo de Miguel Ángel Urquieta.]

*Jardín zoológico. (Se prohíbe la entrada a los menores de edad).* Política, historia, humorismo, poesía, crítica, otros géneros, panfletos, elogios, crónicas, cartas, versos, pensamientos, notas, aforismos, anécdotas, paisajes. Arequipa: Tip. Armando Quiroz Perea, 1919.

*Joyería. Poemas escogidos.* Buenos Aires: Virtus, 1919. [Contiene poemas de *Panoplia lírica, Las voces de colores* y del inédito *La sombra de Hércules*.]

*Muertos, heridos y contusos.* “Prólogo” (pp. 8-9.). González Prada, Blanco-Fombona, Valle-Inclán, Lugones, Gómez de la Serna, Ricardo León, Vargas Vila, Pérez de Ayala, Ingenieros, Francisco García Calderón, Eduardo Marquina, Azorín, Julio Cejador, etc. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1920. [Contiene textos sobre Manuel González Prada; Rufino Blanco Fombona; Leopoldo Lugones; Ricardo Palma; José María Vargas Vila; José María Eguren; Emilio Bobadilla; Abraham Valdelomar; Miguel A. Urquieta; José Ingenieros; José de la Riva Agüero; Francisco García Calderón; Ramón Gómez de la Serna; Ramón del Valle-Inclán; Ricardo León; Ramón Pérez de Ayala; Eduardo Marquina; Antonio de Hoyos; Rafael Cansinos Assens; Azorín; Julio Cejador y Frauca.]

*España no existe. Conferencia leída en un café de Madrid, ante una veintena de amigos, el 25 de julio de 1920.* Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones, 1921.

*Tu libro.* Prólogo de Enrique González Martínez. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1922.

*química del espíritu.* Prólogo: Ramón Gómez de la Serna (“Prólogo del más grande de los grandes ramones de España: Valle-Inclán, Pérez de Ayala y Gómez de la Serna”, pp. 7-12). Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1923. [Lema en la antepartida: “Únicos libros del autor por los que debe juzgársele: / en la derecha / Panoplia Lírica. / Las voces de Colores. / en la izquierda / Tu libro. / química del espíritu”.]

*Simplismo. Poemas inventados por Alberto Hidalgo.* Buenos Aires: El Inca, 1925 (colofón: 15-VI-25). [Contiene poemas precedidos por un largo texto en prosa: “Invitación a la vida poética”: El mismo lema en la antepartida que en *química del espíritu*.]

*Índice de la nueva poesía americana.* Prólogos: Alberto Hidalgo, Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro. Buenos Aires: El Inca, 1926 (Sociedad de Publicaciones El Inca. Ediciones especiales). Contiene: ARGENTINA: Francisco Luis Bernández, Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa, Andrés L. Caro, Macedonio Fernández, Jacobo Fijman, Eduardo González Lanuza, Guillermo Juan [Borges], Ricardo Güiraldes, Eduardo Keller Sarmiento, Nora Lange, Leopoldo Marechal, Ricardo E. Molinari, Roberto A. Ortelli, Francisco M. Piñero. COLOMBIA: Luis Viales. CHILE: Fenelón Arce, Rubén Azocar, Ángel Cruchaga Santamaría, Rosamel del Valle, Pablo De Rocka, Humberto Díaz Casanueva, Juan Florit, Alejandro Gutiérrez, Manuel Hubner, Vicente Huidobro, Juan Marín, J. Moraga Bustamante, Pablo Neruda, Salvador Reyes, Alberto Rojas Giménez, Gerardo Seguel. ECUADOR: Luis Ángel León, Hugo Mayo. MÉXICO: Luis Cardoza y Aragón, Germán List Arzubide, Manuel Maples Arce, Salvador Novo, Carlos Pellicer, J. Rubén Romero, José Juan Tablada. NICARAGUA: Salomón de la Selva. PERÚ: Federico Bolaños, Enrique Bustamante y Ballivián, Mario Chabes [Chávez], Luis de la Jara, Alberto Hidalgo, Juan José Lora, Guillermo Mercado, Juan Parra del Riego, Alejandro Peralta, Magda Portal, Francisco Sandoval, Serafín del Mar, César A. Vallejo, Juan Luis Velázquez. URUGUAY: Alexis Delgado, Nicolás Fusco Sansone, Ildefonso Pereda Valdés, Fernán Silva Valdés. VENEZUELA: Antonio Arráiz.]

*Los sapos y otras personas.* [Cuentos.] Buenos Aires: Sociedad de Publicaciones El Inca, 1927, C.A.N.A.A.N. [Colección Artística Numerada de Autores Americanos Novísimos, 1].

*Descripción del cielo. Poemas de varios lados, construidos por Alberto Hidalgo.* Buenos Aires: El Inca, 1928 (Colección: Ediciones especiales).

*Actitud de los años.* Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1933.

*Diario de mi sentimiento, 1922-1936.* Buenos Aires: Edición del autor (Talleres Gráficos Excelsior), 1937 (con un Retrato del autor, óleo de Emilio Pettoruti).

*Dimensión del hombre.* Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1938.

- Edad del corazón.* Buenos Aires: Edición del Teatro del Pueblo, 1940.
- El ahogado en el tiempo. (Superpoema).* Buenos Aires: s. e., 1941.
- Tratado de poética.* Buenos Aires: Ed. Feria, 1944.
- Oda a Stalin.* Buenos Aires: El Martillo [Talleres gráficos Saturno], 1945.
- El universo está cerca.* Buenos Aires: Ed. Feria, 1945.
- Poesía de cámara.* Buenos Aires: Peuser Distribuidor, 1948 (Col. “El Castillo del Viento”).
- Diagnóstis de la poesía y su arquetipo.* Buenos Aires: El Ateneo, 1951.
- Anivegral.* Buenos Aires: Editorial Mia, 1952.
- Carta al Perú.* Buenos Aires: Librería El Ateneo Editorial, 1953.
- Espaciotiempo.* Buenos Aires: Editorial Bajel de Plata (Talleres Gráficos de J. Rossi e hijos), 1956.
- Aquí está el Anticristo.* Buenos Aires: Mafaga, 1957. [Novela; AH fue excomulgado por ella.]
- Odas en contra.* París [léase: Buenos Aires]: Editorial Tinta de Fuego, 1958.
- Biografía de Yomismo.* Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1959.
- Patria completa.* Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1960.
- Historia peruana verdadera.* Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1961.
- Poesía inexpugnable.* Buenos Aires: Editorial Conducta, 1962.
- Árbol genealógico.* Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1963.
- Persona adentro.* Comentario de Vicente Forte. Buenos Aires: Ismael Colombo, 1965.
- Su Excelencia el buey.* Buenos Aires: Ediciones del Carro de Tespis, 1965 (Colección Nuestro teatro, 20).
- La vida es de todos.* Buenos Aires: Ediciones del Carro de Tespis, 1965.
- Volcánida.* Buenos Aires: Kraft, 1967.
- Antología personal.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967 (Col. De Mar a Mar).
- Antología poética.* Selección: Odi González. Prólogo: Jorge Cornejo Polar. Arequipa: UNSALIBROS (Ed. Universidad San Agustín/Diario El Pueblo), 1997. [Contiene en pp. 333-349 una “Biografía de Alberto Hidalgo”, sin firma.]
- química del espíritu: 9 libros vanguardistas.* Prólogo: Mirko Lauer. [Contiene: Alberto Hidalgo: *química del espíritu*. Juan Luis Velázquez: *El perfil de frenete*. Juan Parra del Riego: *Himno del cielo y de los ferrocarriles*. Juan José Lora: *Diánidas*. Alejandro Peralta: *Ande*. Enrique Bustamante y Ballivián: *Antipoemas*. Magda Portal: *Varios poemas a la misma distancia*. César Alfredo Miró Quesada: *Cantos del arado y de las hélices*. Nicanor A. de la Fuente: *Las barajas y los dados del alba.*] Lima: El Virrey, 2001.
- De muertos, heridos y contusos. Libelos de Alberto Hidalgo.* Edición y epílogo de Álvaro Sarco. Prólogo: Fernando Iwasaki. Lima: Sur Librería Anticuaria, 2004.

*Cuentos*. Edición de Álvaro Sarco y Juan Cuenca. Notas de los editores y de Carlos García. Lima: talleres tipográficos, 2005.

*Alberto Hidalgo, el genio del desprecio. Materiales para su estudio*. Edición de Álvaro Sarco. Lima: talleres tipográficos, 2006. [Contiene numerosos trabajos de Hidalgo nunca recogidos en libro, y textos críticos sobre su obra, varios de los cuales fueron escritos especialmente para ese volumen, entre otros, por Álvaro Sarco, Carlos García, Martín Greco, May Lorenzo Alcalá, Ariel Fleischer, Evodio Escalante y Sergio Baur. Allí mismo una Bibliografía activa y otra pasiva de Hidalgo, con casi 300 entradas cada una, ambas a cargo de Carlos García.]

El autor agradecerá cualquier crítica, información, reseña, comentario o material sobre el tema que se le remita a la siguiente dirección:

Carlos García  
Tarpenbekstr. 59  
20251 Hamburg  
ALEMANIA  
Tel.: (004940) 513 13 303  
Fax: (004940) 2376 2411

Mail: carlos.garcia-hh@t-online.de





